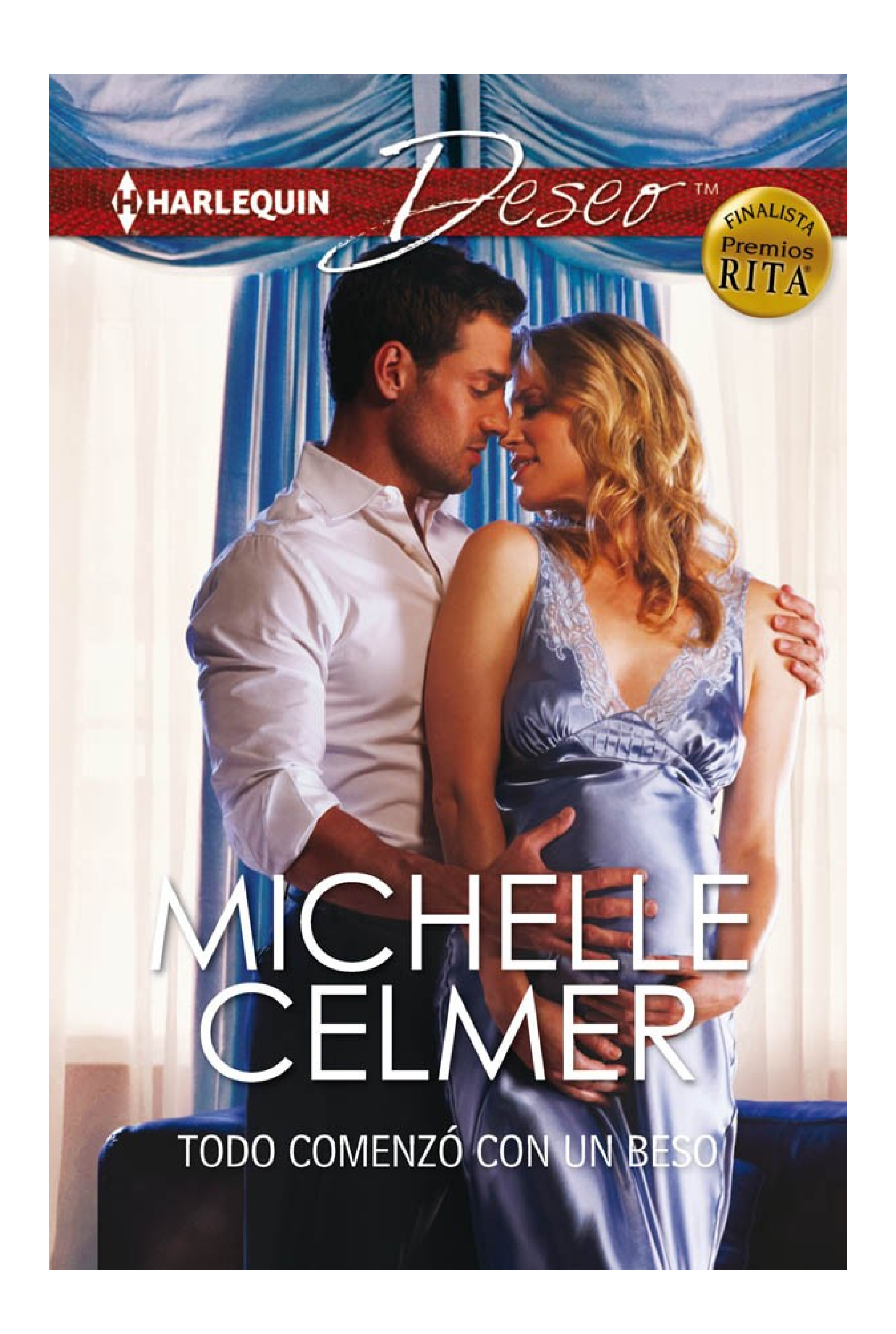


HARLEQUIN
Deseo™
FINALISTA
Premios
RITA®
MICHELLE
CELMER
TODO COMENZÓ CON UN BESO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Todo comenzó con un beso, nº. 1984-B - junio 2014
Título original: Caroselli's Baby Chase
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-4293-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

Una vez al año desde su muerte, en el día de su cumpleaños, el treinta de diciembre, Giuseppe Caroselli honraba a Angelica –su mujer durante sesenta y ocho años y madre de sus tres hijos– preparando su tarta favorita (frambuesas y almendras con cobertura de chocolate negro).

Chocolate Caroselli, por supuesto.

En menos de una hora su familia estaría allí para celebrarlo con él. Para ver fotos y compartir recuerdos. A petición suya, sus nietos Rob y Tony habían llegado temprano. Ambos estaban sentados en los taburetes de la isla de la cocina, observándole medir cuidadosamente los ingredientes, como hacían cuando eran pequeños.

Desde que eran niños, sus tres nietos: Robert, Antonio y Nicholas habían sido educados para hacerse cargo algún día de Chocolate Caroselli, el negocio que Giuseppe había levantado de la nada tras emigrar de Italia.

Con lo que no había contado era con su reticencia a continuar con el apellido Caroselli; si no sentaban la cabeza y tenían hijos, los Caroselli dejarían de existir. Al menos Nick ya se había casado.

–Como seguramente ya sepáis, Nicholas ha renunciado a su parte de los treinta millones de dólares.

–Ya nos lo dijo –respondió Tony con su ceño perpetuamente fruncido. Tenía que aprender a divertirse.

–Eso significa que tenéis quince millones para cada uno si os casáis y me dais un heredero varón –les dijo Giuseppe.

–Eso es mucho dinero –contestó Rob. Era el más ambicioso de los tres, el que sin duda ocuparía el lugar de Demitrio, su padre, como presidente ejecutivo de la empresa. Si Demitrio dejaba a un lado sus dudas y confiaba en su hijo.

–Sí que es mucho dinero –convino Giuseppe. Dinero que no tenía intención de darles. ¿Qué clase de hombre sería si escogía solo a dos de sus siete nietos? Y, como había sospechado, Nick estaba

tan feliz de estar casado, tan contento con su vida, que había renunciado a su parte.

Quedaban dos.

Y a Giuseppe no le cabía duda de que, al igual que su primo, Tony y Rob tomarían la decisión adecuada y le harían sentir orgulloso.

De hecho, contaba con ello.

Capítulo Uno

Al ver a su cita abandonar el bar del hotel del brazo de otro hombre, Robert Caroselli quiso sentirse furioso o indignado, o incluso ligeramente molesto, pero no tenía ganas. No había querido ir a aquella fiesta, pero había permitido que Olivia, la mujer con la que salía de vez en cuando, le convenciera en el último momento.

–No me apetece celebrar nada –le había dicho cuando Olivia le había llamado alrededor de las nueve. Ya había apagado la televisión y pensaba meterse en la cama y, con suerte, dormir durante los próximos tres meses. Era eso o enfrentarse diariamente al hecho de que su familia, dueña de Chocolate Caroselli, había perdido la fe en él como director de marketing.

Sí, las ventas del último trimestre habían bajado, pero estaban en recesión, por el amor de Dios. Contratar a Caroline Taylor, una supuesta diosa del marketing de Los Ángeles, no solo era un insulto, sino también una completa exageración en lo que a él respectaba. Pero, frente al resto de la familia, sus objeciones tenían poco peso.

Y, por si eso fuera poco, tenía la presión añadida de buscar esposa. Una mujer que le diera un heredero varón. A los treinta y un años, casi todos sus primos, y la mayoría de sus compañeros de universidad, estaban ya casados. Tampoco era que hubiese decidido conscientemente quedarse soltero. Su dedicación al negocio familiar le había mantenido demasiado ocupado como para sentar la cabeza. No podía negar que diez millones de dólares hubieran sido un incentivo tentador, pero ¿quince millones? Era difícil ignorar eso. Sobre todo porque significaba que, si él no conseguía su parte, su primo Tony se quedaría con los treinta millones.

Pero, si quería encontrar a una mujer que fuera su esposa y la madre de sus hijos, no sería en un bar. Y desde luego no sería Olivia. Razón por la cual había planeado quedarse en casa.

–¡No puedes quedarte solo en casa en Nochevieja! –le había dicho Olivia–. ¿Quién te besará a medianoche? No puedes empezar el año nuevo sin un beso a las doce. ¡Es antiamericano!

Sin embargo a Olivia no le había preocupado mucho a quién podría besar cuando había salido por la puerta con otro hombre. Aunque tampoco la culpaba por dejarle tirado. No había sido precisamente la alegría de la fiesta. Nada más llegar, sobre las diez, había encontrado una mesa alta con dos taburetes en un rincón y no se había movido de ahí desde entonces. Ahora iba por su tercer whisky y se sentía mucho más relajado que al llegar.

El alcohol corría alegremente en las reuniones de la familia Caroselli, pero él rara vez bebía. No disfrutaba con aquella sensación de pérdida de control provocada por la embriaguez. Aquella noche era una excepción.

–¡Disculpa!

Al oír aquel grito, Rob levantó la cabeza. Parpadeó varias veces, convencido de que debía de estar imaginándose al ángel que estaba de pie junto a su mesa. Un halo de rizos rubios le caía por la espalda hasta casi rozarle la cintura, y enmarcaba un rostro joven y saludable. Miró hacia abajo y comprobó que aquel ángel en particular tenía un cuerpo para el pecado. No debía de medir más de metro sesenta, pero tenía una bonita figura envuelta en unos vaqueros de pitillo y un jersey ajustado de color azul.

–¿El asiento está ocupado? –preguntó ella por encima de la música–. Y, que quede claro, no estoy ligando contigo. Llevo todo el día de pie y no queda un asiento libre en toda la sala.

Rob señaló el taburete situado frente a él.

–Puedes sentarte.

–Gracias –la chica se sentó en el taburete y suspiró con placer al levantar los pies del suelo–. Me has salvado la vida.

–No hay de qué.

–Carrie… –su apellido se perdió bajo los gritos de un grupo de personas.

–Hola, Carrie. Yo soy Rob –dijo él estrechándole la mano.

–Un placer conocerte, Ron –respondió ella.

Rob abrió la boca para corregirla, pero ella le dirigió una sonrisa tan dulce que podría haberle llamado como quisiera y le habría dado igual.

–¿Puedo invitarte a una copa?

Ella ladeó la cabeza y sonrió de nuevo.

–¿Estás ligando conmigo?

Rob nunca había sido de los que flirteaban, pero dijo:
–¿Habría algún problema si fuera así?
–Depende.
–¿De qué?
–De por qué un hombre como tú está aquí solo a las once y cuarto en Nochevieja.
–¿Un hombre como yo?
–No intentes fingir que no sabes lo bueno que estás. Las mujeres deberían estar tirándose a tus pies.
–Estoy solo porque mi cita se ha ido con otro.
–¿Estaba ciega o era estúpida?
Él se rio.
–Se aburría, creo. No estoy de humor para celebraciones.
Aunque parecía que la noche mejoraba.
–Debes de tener novia –dijo ella.
Él negó con la cabeza.
–¿Esposa?
Rob levantó su mano izquierda para demostrarle que no llevaba anillo.
–¿Eres homosexual?
–Soy hetero –contestó él con una carcajada.
–Vaya… –murmuró ella. Parecía confusa–. ¿Eres imbécil?
–Me gustaría pensar que no lo soy, pero supongo que todo el mundo tiene sus momentos.
–Sinceramente, me gusta. Mi respuesta es sí; puedes invitarme a una copa.
–¿Qué te apetece?
–Lo que estés tomando tú.
Rob miró a su alrededor, pero las camareras más cercanas estaban saturadas de clientes, así que pensó que sería más rápido ir directo a la fuente.
–Enseguida vuelvo –le dijo antes de dirigirse hacia la barra.
Le llevó unos minutos atravesar la multitud, y otros cinco o diez hasta que el camarero le sirvió. Mientras regresaba a la mesa, imaginaba que Carrie se habría marchado, y le sorprendió ver que seguía allí sentada, esperándolo.
–Aquí tienes –le dijo mientras dejaba la copa frente a ella.
–Has tardado mucho. Empezaba a pensar que te habías ido –

respondió ella.

–Y yo no estaba seguro de si seguirías aquí cuando regresara.

–No soy ciega ni estúpida –dijo ella con una sonrisa–. ¿Vives cerca?

–En Lincoln Park.

–¿Está lejos de aquí?

–No mucho. Deduzco que no eres de Chicago.

–Nací y me crie en la Costa Oeste. Estoy aquí por trabajo. Me hospedo en el hotel. Por eso he acabado en esta fiesta.

–Debes de tener a alguien en casa.

–No desde hace un tiempo.

–¿Los hombres allí son ciegos o estúpidos?

–Muchos hombres se sienten amenazados por una mujer fuerte de éxito.

Rob tenía a varias mujeres fuertes y de éxito en su familia y, comparada con ellas, Carrie no le parecía amenazadora. Su primer impulso cuando se había acercado a su silla había sido abrazarla.

–Además tengo tendencia a acercarme a hombres que son malos para mí.

–¿Malos en qué sentido?

–Me gustan los imbéciles. Es mi manera de sabotear la relación antes de que empiece –contestó Carrie antes de dar un sorbo a su copa–. Tengo problemas de intimidad.

–Si lo sabes, ¿por qué no sales con alguien diferente?

–Saber cuál es el problema no hace que sea más fácil de resolver.

–¿Cuándo tuviste tu última relación seria? –le preguntó Rob.

–En realidad, nunca he tenido una.

–¿De verdad? ¿Qué tienes? ¿Veinticuatro años? ¿Veinticinco?

Carrie se carcajeó.

–Qué bien me vienes para el ego. Tengo veintiocho años.

–Nunca había conocido a una mujer de más de dieciocho años que no hubiera tenido al menos una relación seria.

–Cosa que obviamente te resulta fascinante –contestó ella.

–Así es –en muchos sentidos. Era como la mujer perfecta: sexy, deseable, con sentido del humor y poco interesada en las relaciones.

–¿Y tú? –preguntó ella–. ¿Alguna vez has tenido una relación seria?

–He estado prometido, pero fue hace mucho tiempo. En la universidad.

–¿Qué ocurrió?

–Podría decirse que deseábamos cosas diferentes.

–¿Qué deseabas tú?

–Casarme, tener hijos… lo normal.

–Y ella, ¿qué deseaba?

–A mi compañero de piso, Evan.

–Vaya.

–Menos mal que descubrí cómo era antes de casarnos. Desde ese momento decidí centrarme en el trabajo.

–Entonces, ¿estás casado con tu trabajo?

–Más o menos.

–Yo a veces trabajo catorce horas seguidas, así que lo entiendo perfectamente.

Sería la primera mujer que lo entendía. Y de pronto Rob deseó que pudiera quedarse en Chicago más de unos pocos días. Era alguien a quien no le importaría conocer mejor.

Tras hablar durante unos minutos más, ambos habían apurado sus copas, así que llamó a una camarera para que les pusiera otras dos. Siguieron hablando y flirteando, sobre todo flirteando, y Carrie pidió una tercera copa. Para entonces era casi medianoche. Cuando faltaba un minuto, la música se detuvo y todos miraron hacia la enorme pantalla de televisión situada sobre la barra para ver las campanadas.

–Bueno –dijo Carrie–, ya que ninguno de los dos tiene a nadie a quien besar…

–A mí me han dicho que es antiamericano empezar el año sin un beso –contestó él.

–Supongo que eso no nos deja otra opción.

Con una sonrisa, Rob le ofreció la mano y ella la aceptó. Se bajó del taburete y no se resistió cuando la acercó a su cuerpo. Rob debería haber estado mirando el reloj, pero no podía apartar la mirada de su cara: su piel era perfecta y sus ojos de un gris tan claro que parecían no tener fondo. Se fijó entonces en su boca, sus labios parecían carnosos, suaves y deseables.

Una hora antes había estado temiendo la llegada del año nuevo, pero ahora estaba deseando que pasaran los treinta segundos.

Después fueron veinte y, cuando llegaron a diez, todos empezaron la cuenta atrás. Todos salvo Carrie y él. Ellos se miraban, y estaban tan cerca que Rob sentía su aliento en los labios. Esperaban ansiosos. Cinco… cuatro… tres… dos…

Incapaz de esperar un segundo más, la besó en la boca y todos a su alrededor empezaron a gritar, a aplaudir y a cantar. Ella abrió los labios. Él la oyó suspirar, hundió los dedos en su pelo y sintió que se derretía contra su cuerpo cuando la acercó. La suavidad y la dulzura de sus labios eran más embriagadoras que cualquier bebida. Y la deseaba, sabía que tenía que poseerla, aunque solo fuera por una noche.

No supo cuánto tiempo estuvieron besándose, abrazados pero, cuando al fin se apartó, estaban los dos sin aliento y Carrie tenía las mejillas sonrojadas.

–Aun a riesgo de sonar demasiado atrevida –le dijo ella–, ¿te apetecería subir a mi habitación?

Claro que le apetecía.

–¿Estás segura de que eso es lo que deseas?

–Ahora sí lo estoy –contestó ella con una sonrisa mientras le daba la mano–. ¿Por qué no empezar el año con un polvo?

Él sonrió también y le apretó la mano con fuerza.

–Allá vamos.

Capítulo Dos

«Empezar el año con un polvo, desde luego», pensaba Carrie mientras el taxi avanzaba entre el tráfico por las calles nevadas de Chicago. Dos días después el cuello aún le dolía, tenía un moretón en la espinilla tras habérsela golpeado con el cabecero de la cama y quemaduras en las rodillas, pero había merecido la pena. Hacía años que no tenía tan buen sexo, y tantas veces seguidas. Aquel hombre era insaciable y daba igual que recibía. Y, como ella había imaginado, era tan imponente desnudo como vestido. Se atrevería incluso a decir que había sido la experiencia sexual más satisfactoria y divertida de su vida. Pero después él lo había echado todo a perder al escabullirse en mitad de la noche sin ni siquiera despedirse.

No le había dejado su número de teléfono, el cual ella podría haber buscado si hubiera sabido su apellido. Pero todo apuntaba a que no quería ser encontrado. Ron podría no ser su verdadero nombre, y había estado allí sentado buscando a alguien como ella, alguien con quien acostarse en Nochevieja. Tal vez lo único que quisiera fuera sexo rápido.

Bueno. Al menos había sido un sexo rápido y bueno. Y en su defensa diría que ya había asaltado el minibar de la habitación antes de bajar a la fiesta, así que ya iba un poco borracha. Era posible que Ron ni siquiera fuera tan guapo como pensaba. O tan buen amante.

No sabía si eso debía hacerle sentir mejor o peor.

Llevaba en Chicago apenas cuarenta y ocho horas y ya había invitado a un desconocido a subir a su habitación, se había acostado con él y este la había dejado tirada después. Debía de ser un récord mundial.

Pero la culpa no era solo de Ron. Ella tenía tendencia a ser muy directa y, a veces, los hombres lo interpretaban mal. En circunstancias normales, era deslenguada. Si bebía un poco, solía decir cosas que no debía. Según su padrastro, su bocaza siempre

había sido su mayor problema. Y su cura para eso siempre había sido un manotazo en dicha boca con el reverso de la mano.

No recordaba todo lo que Ron y ella habían hablado esa noche, pero sí recordaba que algunas cosas habían sido muy personales.

–Ya estamos –anunció el taxista tras detener el vehículo frente a la sede de Chocolate Caroselli. En cuanto firmara el contrato y fijara los plazos, buscaría un apartamento que pudiera alquilar. No soportaba vivir en hoteles largos periodos de tiempo.

Le pagó, agarró su maletín, salió del taxi y caminó hacia la puerta giratoria. Al entrar en el vestíbulo y dirigirse a la garita del vigilante, el olor a chocolate desvió su atención hacia la tienda de regalos situada al otro extremo de la estancia.

–Caroline Taylor. Tengo una reunión –le dijo al vigilante.

–Buenos días, señorita Taylor. Están esperándola –el vigilante le entregó una chapa en la que ponía «visitante», que ella se colocó en la solapa de la chaqueta–. Tome el ascensor que está detrás de mí hasta el tercer piso y hable con la recepcionista.

–Gracias –Carrie caminó hacia el ascensor con la espalda recta y la cabeza levantada. Había cámaras de seguridad por todas partes y era vital causar buena impresión desde el principio.

Mientras subía en el ascensor, se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo. Cuando se abrieron las puertas, se encontró en otra zona de recepción. Una joven que, según anunciaba su placa, se llamaba Sheila Price, estaba sentada tras el escritorio. Junto a ella había un caballero atractivo vestido con un traje de diseño. Teniendo en cuenta su edad y la autoridad que transmitía, debía de ser uno de los tres hermanos Caroselli, hijos de Giuseppe, dueño de la empresa.

–Bienvenida, señorita Taylor –le dijo el hombre al verla–. Soy Demitrio Caroselli.

–Es un placer –dijo ella estrechándole la mano, un poco sorprendida de ver que el propio presidente ejecutivo se molestaba en recibirla.

–¿Me deja su abrigo? –preguntó Sheila.

–Sí, gracias –contestó ella antes de entregárselo.

–Los demás están esperándonos en la sala de reuniones –dijo Demitrio señalando hacia un pasillo rodeado de despachos–. Es por aquí. ¿Prefiere Caroline o señorita Taylor?

–Caroline o Carrie.

–Te agradecemos que hayas podido venir habiéndote avisado con tan poca antelación –le dijo Demitrio–. Y con las Navidades tan recientes.

–Estoy encantada de estar aquí –el trabajo que debía haber empezado aquella semana en Los Ángeles había sido cancelado porque la empresa había quebrado; de lo contrario, no habría estado disponible hasta mucho más tarde.

–¿Es la primera vez que vienes a Chicago?

–Sí. Por lo que he visto, es una ciudad preciosa. Aunque tardaré en acostumbrarme a la nieve –el pasillo estaba en silencio y casi todos los despachos a oscuras–. ¿Siempre está todo tan tranquilo?

–Técnicamente no terminamos las vacaciones de Navidad hasta el próximo lunes –respondió él–. Las Navidades son una época muy ajetreada para todos nosotros, así que les damos la primera semana libre.

Al llegar al final del pasillo abrió la puerta de la sala de reuniones y Carrie contuvo la respiración cuando entraron. Frente a la fila de ventanas que ocupaban todo un lateral de la habitación se encontraba una hermosa mujer que parecía sacada de una pasarela de moda. A un lado de la mesa de mármol se encontraban dos hombres de traje y, frente a ellos, otros dos hombres más jóvenes, e increíblemente sexys.

Dio por hecho que uno de ellos sería Robert Caroselli, el hombre cuyo departamento ella debía analizar. Dada su experiencia, eso no solía ir bien y normalmente generaba enfrentamientos. Sobre todo cuando la persona al cargo era un hombre.

–Caroline –dijo Demitrio–, estos son mis hermanos. Leo, nuestro director financiero, y Tony, nuestro director de operaciones.

Ambos se levantaron para estrecharle la mano.

–Es un placer conocerles, caballeros.

–Y esta es mi sobrina, Elana. Se encarga de la contabilidad.

Elana se acercó para estrecharle la mano con una sonrisa fría y sofisticada, pero con una mirada cálida y cercana. A Carrie le gustaba interpretar a la gente, y le daba la impresión de que Elana era una mujer muy inteligente, aunque a veces subestimada por culpa de su belleza.

–En este lado tenemos a mi sobrino, Nick –dijo Demitrio–. Él es el genio que hay detrás de nuestros nuevos proyectos.

Nick se puso en pie y le dio la mano. Era atractivo, y su sonrisa torcida indicaba que le gustaba flirtear, aunque la alianza de su mano izquierda señalaba que era inofensivo.

–Y por último, aunque no menos importante –anunció Demitrio–, este es Tony Junior, director de ventas y producción internacionales.

¿Y dónde estaba Robert?

Tony Junior era tan alto que, incluso con sus zapatos de tacón de seis centímetros, Carrie tuvo que echar el cuello hacia atrás para mirarle a los ojos. Su sonrisa distraída indicaba que tenía algo más en la cabeza aparte de los negocios.

–Por favor, siéntate –le dijo Demitrio señalando una silla vacía junto a Nick–. Estamos esperando a uno más. Entonces podremos empezar.

Apenas se había acomodado en su silla cuando oyó que la puerta se abría tras ella.

–Siento llegar tarde –dijo una voz profunda–. Mi secretaria no ha vuelto, así que he tenido que recoger estos informes de camino.

Algo en aquella voz hizo que se le pusiera el vello de punto. Sin duda la había oído antes. Pero ¿dónde?

Oh, no. No podía ser.

Le miró por el rabillo del ojo cuando se acercó a la mesa y, al verle la cara…

Apartó la mirada de inmediato y el corazón se le desbocó. Tenía los mismos ojos negros, aquella mandíbula firme y angulosa, los labios carnosos con los que la había besado. El parecido era asombroso, pero no podía ser él. ¿O sí?

Murmuró una disculpa al ponerle una carpeta delante. En la mano derecha llevaba un anillo idéntico al que había visto la otra noche y, cuando aspiró el olor de su loción de afeitado, el corazón le dio un vuelco al reconocerlo.

Carrie se quedó mirando la carpeta, incapaz de concentrarse. Apenas podía respirar.

Tenía la regla de no acostarse nunca con un compañero de trabajo. Sobre todo alguien cuyo trabajo ella iba a examinar con lupa. Ya había cometido ese error una vez, en su primer trabajo importante, con un antiguo cliente, y todo había acabado en desastre.

–Rob –dijo Demitrio–, esta es Caroline Taylor. Caroline, este es mi hijo Rob, nuestro director de marketing.

A Carrie no le quedó más remedio que levantar la mirada y, al hacerlo, la cabeza empezó a darle vueltas.

A no ser que Rob tuviera un hermano gemelo, aquel era Ron, su aventura de Nochevieja.

Rob parpadeó varias veces. Con aquel traje clásico que ocultaba un cuerpo de escándalo y ese peinado de abuela, estuvo a punto de no reconocer a Carrie. Pero aquellos ojos grandes y grises la delataron.

Lo primero que pensó fue que debía de tratarse de una broma. ¿Estarían tomándole el pelo Nick y Tony? Había fanfarroneado con ellos sobre la belleza rubia con la que había pasado la noche. Y sus primos sabían que aquello no era propio de él.

Miró a Nick y a Tony y esperó a que alguien dijera algo, a que todos empezaran a reírse. Y, cuando no lo hicieron, cuando se quedaron mirándolo, sorprendidos por su ausencia de respuesta, comenzó a tener un mal presentimiento.

–¿Rob? –dijo su padre–. ¿Va todo bien?

–Sí –contestó él con demasiado entusiasmo–. Es un placer conocerla –le dijo a la señorita Taylor.

Aunque no lo era. Cuando se había marchado de su cama, había sido con la intención de no volver a verla. Maldita su suerte.

Caroline asintió rígidamente con la cabeza. Era evidente que se alegraba tan poco de verlo como él de verla a ella.

–Bueno, ¿por qué no empezamos? –preguntó su padre, y los demás abrieron sus carpetas.

Rob intentó concentrarse mientras repasaban los contratos y hablaban de las credenciales de la señorita Taylor y de sus plazos de entrega, pero no podía evitar desviar la mirada hacia ella constantemente. Disimulaba su belleza en el trabajo, probablemente para ganarse el respeto de los hombres que, de lo contrario, podrían verla como una mujer demasiado guapa para ser lista. Pero él sabía lo que ocultaba bajo aquel traje sin forma. Un cuerpo de sirena y una piel de satén. Aunque algunas partes de aquella noche estuvieran borrosas, sabía que nunca podría borrar de su mente la

imagen de Carrie tumbada debajo de él, envuelta entre sus brazos y gimiendo mientras…

–¿Rob? –dijo su padre.

–Sí, perdón.

–Parece que ya lo hemos repasado todo. ¿Por qué no le das a Caroline una vuelta por el edificio mientras los demás tenemos una breve conversación? Te llamaré cuando estemos listos.

Lo habían repasado todo y él no había oído una palabra. Ahora tomarían la decisión final, e iban a hacerlo sin él. Había dejado claro desde el principio que consideraba la presencia de Caroline una pérdida de tiempo y de dinero. Aun así fue como una bofetada ver que le excluían.

Aunque tal vez quedarse con ella a solas unos minutos no fuera tan mala idea. Quizá así tuviera la oportunidad de hacerle entrar en razón. De que se diera cuenta de que su lugar no estaba allí.

Se levantó de la silla con una sonrisa y dijo:

–Si no le importa seguirme, señorita Taylor.

Ella se levantó también y les dirigió a los demás una sonrisa confiada, como si ya supiera que los tenía en el bote.

–Estoy deseando saber cuál es su decisión.

Rob le sujetó la puerta, salió detrás de ella y cerró.

–Creo que tenemos que hablar –le dijo en voz baja cuando estuvieron fuera.

–¿Tú crees, Ron?

–Mi despacho está por ahí –contestó él señalando hacia el pasillo.

Caminaron hasta allí en silencio.

–Me doy cuenta de que estás disgustada –le dijo a Carrie cuando llegaron a su despacho y hubo cerrado la puerta tras él.

–Disgustada –repitió ella–. No solo me mentiste con tu nombre, sino que además te fuiste en mitad de la noche sin decir nada.

–Primero, no te mentí con mi nombre. Dije que me llamaba Rob. Tú me llamaste Ron y no creí que tuviera sentido corregirte.

–No puedo creerme que no te dieras cuenta de la coincidencia. ¿Carrie Taylor, Caroline Taylor? ¿No sospechaste que pudiéramos ser la misma persona?

–Había mucho ruido en el bar. No oí cuál era tu apellido. Y no llegamos a hablar de nuestros trabajos. ¿Cómo iba a saber entonces quién eras?

–¿Y con respecto a lo de escabullirte en mitad de la noche?

–No fue en mitad de la noche. Era primera hora de la mañana y no quería despertarte. Estabas tan borracha que no sé si habría podido aunque lo hubiera intentado. Y no me escabullí. Me vestí y me marché, fin de la historia.

–Primero, no estaba tan borracha. ¿Y no se te ocurrió dejar al menos una nota?

–¿Por qué iba a hacerlo? Estuvimos de acuerdo en que no sería más que una noche. Se había acabado.

–No sabes nada sobre mujeres, ¿verdad? Podrías haberte despedido, haberme dicho que te lo habías pasado bien.

–Di por hecho que, en nuestro caso, lo que habíamos hecho significaba más que cualquier palabra.

Carrie no parecía tener respuesta para eso. No podía negar que ella también se lo había pasado bien.

–Lo que no comprendo es por qué estamos aquí –continuó Rob–, cuando deberías estar en la sala de reuniones diciéndoles que no puedes trabajar aquí.

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–Bueno, para empezar, a pesar de lo que piense mi familia, ninguno de mis empleados necesita ni desea tus servicios. Y, dadas las circunstancias, no creo que tu presencia aquí sea apropiada.

–¿Qué circunstancias son esas?

–Las que hemos estado discutiendo desde que hemos entrado aquí. No creo que ninguno de los dos pueda ser objetivo después de lo que ocurrió la otra noche.

–No sé tú, pero, ahora que sé lo machista e imbécil que eres, no va a ser un problema para mí. De hecho, creo que hasta me lo pasaré bien.

–¿Estás segura?

–Muy segura.

–¿Puedes ser completamente objetiva?

–Sí.

Rob no era de los que actuaban precipitadamente. Nunca hacía nada sin haber sopesado los pros y los contras. De modo que tal vez

fue el orgullo lo que le impulsó, o la satisfacción de demostrar que Carrie se equivocaba, la que le motivó para agarrarla de los brazos y besarla.

Carrie dio un grito ahogado de indignación y le empujó con las manos el pecho. Se resistió durante tres segundos, después le agarró la solapa de la chaqueta y abrió los labios.

Él la rodeó con los brazos y la acercó más a su cuerpo. En Nochevieja había sido igual; su cerebro se había apagado nada más besarla y su cuerpo había reaccionado por instinto con un deseo carnal imposible de dominar. Un deseo que nunca antes había sentido hacia otra mujer.

Carrie deslizó las manos por su pecho, enredó los dedos en su pelo y tiró de su cabeza hacia atrás para poder morderle el cuello. Él la empotró contra la puerta de su despacho y se estremeció al oír el golpe de su cabeza contra la superficie, amortiguado por el moño de su peinado.

–Te quiero justo aquí, contra esta puerta –dijo ella mientras deslizaba la mano entre sus cuerpos y agarraba su miembro erecto por encima del pantalón.

Él contuvo la respiración, le agarró el dobladillo de la falda y metió la mano por debajo. Empezó a deslizarla hacia arriba y notó que llevaba liguero. Acababa de alcanzar la cara interna del muslo, empezó a acariciar la costura de sus bragas y en ese momento le sonó el móvil.

Carrie murmuró algo incoherente cuando él sacó la mano de debajo de su falda y contestó al teléfono.

–Sí.

–Ya estamos preparados –contestó su padre.

–Enseguida vamos –colgó sin despedirse para que su padre no advirtiese su respiración entrecortada–. Ya están listos –le dijo a Carrie.

–Necesito un minuto para recuperar el aliento.

Rob se guardó el móvil en el bolsillo y se subió la cremallera del pantalón, que ella le había desabrochado.

–¿Ves a lo que me refiero?

–¿Que no tienes autocontrol? –preguntó ella mientras se alisaba las arrugas de la falda–. Ya me he dado cuenta.

–Tampoco he visto que tú me detuvieras.

Ella lo miró fijamente. Tenía el pintalabios corrido y la barbilla levantada.

–Disfrutas teniendo razón, ¿verdad?

–No siempre –en esa ocasión no. Tenían química, pero nada más. Con quince millones de dólares en juego, Carrie era justo lo contrario a lo que buscaba en una mujer. No solo la consideraba su enemiga, sino que ella misma había dicho que tenía problemas de intimidad y que nunca había tenido una relación seria. Rob necesitaba una mujer que deseara tener hijos, alguien con quien casarse. Ella no era esa mujer, y tenerla por allí iba a hacer que la situación fuese más difícil aún.

–Entonces, ¿ha quedado claro lo que quería decir? –le preguntó a Carrie.

–Desde luego que sí –respondió ella–. Deberíamos regresar a la sala de reuniones.

Recorrieron el pasillo en un silencio incómodo. No quedaba nada más por decir. Había sido divertido, pero se había acabado. Ella regresaría a California y él y su equipo encontrarían la manera de subir las ventas.

La sala de reuniones estaba en silencio cuando entraron. Carrie ocupó su asiento y él regresó al suyo.

–Sentimos haberte hecho esperar –le dijo su padre a Carrie.

–Lo comprendo –respondió ella.

Rob esperó a que Carrie diese la noticia, pero se quedó callada.

–Después de repasar las cifras –anunció su tío Leo–, nos complace decirte que aceptamos tus condiciones y que nos gustaría que empezaras el próximo lunes por la mañana.

Rob aguardó la gran decepción, preguntándose cómo se tomarían todos el rechazo.

–No salgo barata –dijo ella antes de mirarle directamente a él–, pero no decepciono.

Fue como si hubiera sacado una espada invisible y le hubiera desafiado a un duelo. Obviamente le había mentido. No tenía intención de rechazar el trabajo.

Si así era como quería que fueran las cosas, bien.

Después de firmar los contratos, todos salieron de la sala de

reuniones, felicitaron a Carrie y le dieron la bienvenida a la empresa. Rob observaba mientras recogía las carpetas, y empezó a impacientarse cuando Elana se detuvo para admirar el maletín de Carrie. Entonces ambas comenzaron a hablar sobre bolsos y accesorios. Cuando se había quedado sin excusas para estar allí, le preguntó directamente a Elana:

–¿Podrías dejarme a solas un minuto con la señorita Taylor?

–Claro, Robby –contestó Elana con una sonrisa perversa–. Te veo el lunes, Carrie.

Elana sabía que la mejor manera de fastidiarle era llamarle por su nombre de la infancia. Cuando Elana se marchó y cerró la puerta, Rob se volvió hacia Carrie, que estaba metiendo unos papeles en su maletín.

–¿Y bien?

–¿Pasa algo… Robby? –preguntó ella.

–¿Por qué me has mentido?

–¿Cuándo te he mentido?

–Habíamos acordado que, en vista de lo ocurrido, trabajar aquí sería una mala idea.

–No. Tú has dicho que trabajar aquí sería mala idea. Yo he dicho que te gusta llevar razón. En ningún momento he dicho que llevaras razón.

–¿Así que me estabas fastidiando?

Carrie apoyó las manos en la mesa.

–Igual que tú me estabas fastidiando a mí –respondió ella.

Ahí le había pillado. Y sería mejor que se fuera antes de decirle lo que realmente pensaba de ella.

–Te veré el lunes.

–Claro, Robby. Ah, por cierto, lo primero que haré será analizar tus datos de marketing. Tendré que pedirte algunas cosas.

–De acuerdo.

–Necesitaré todos los datos que tengas de los últimos veinte años.

–¿Veinte años?

–Eso es.

Rob se preguntó si realmente necesitaría todos esos datos o si estaría intentando convertir su vida en un infierno. Probablemente lo segundo. Pero a eso podían jugar dos.

–Podría llevarme un tiempo recopilarlo todo. Estamos digitalizando los archivos antiguos. Puede que algunos todavía estén en papel.

–Muy bien. Pues los quiero sobre mi mesa el lunes por la mañana.

–Por si no te has dado cuenta, no hay nadie aquí. Todos están de vacaciones hasta el lunes.

–Bien –contestó ella con una sonrisa–. Quién mejor para hacerlo que el propio director. Lo que me recuerda que te necesitaré a mi disposición a cualquier hora, por si tengo alguna pregunta.

Rob apretó los dientes, asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

–Ah, Robby.

Con la mandíbula apretada se giró de nuevo hacia ella.

–No soy el enemigo. Esto será tan productivo o tan difícil como tú quieras hacerlo. Descubrirás que puede ser muy agradable trabajar conmigo.

–Ya me he dado cuenta –respondió él deslizando la mirada por su cuerpo–. ¿Nos veremos en mi despacho para echar un polvo rápido todos los días, o solo una o dos veces por semana?

Ella suspiró y negó con la cabeza, como si sintiera pena por él.

–Robby, ¿eso es lo mejor que puedes hacer? ¿Crees que no he oído cosas peores? He visto de todo y, al final, siempre realizo mi trabajo. Y lo hago con dignidad –se colgó el maletín del hombro–. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Si quieres enfrentarte a mí, hazlo lo mejor que puedas. Pero debería advertirte de que siempre consigo lo que deseo, y no me importa jugar sucio.

Carrie salió de la habitación y se alejó por el pasillo. Él pensaba tratarla con máximo respeto, porque no le cabía duda de que se lo había ganado. Sin embargo, su cooperación era otra historia.

Entró en su despacho y se sentó ante el ordenador para enviarles un correo a sus empleados y a su secretaria y explicarles lo que Carrie necesitaría.

Llamaron a la puerta y, cuando levantó la mirada, vio allí a Tony y a Nick.

–Hola –les dijo con un gesto para que entraran. Nick cerró la

puerta tras ellos.

–¿A qué ha venido eso? –le preguntó Tony.

–Sí –añadió Nick–. ¿Qué diablos le has dicho cuando habéis salido de la sala de reuniones?

–Probablemente no me creeríais si os lo dijera –respondió él–. ¿Creéis que mi padre se ha dado cuenta?

–Tío, todos se han dado cuenta –dijo Nick–. Parecía que queríais mataros el uno al otro, o arrancaros la ropa.

–¿Recordáis a la mujer de la que os hablé? ¿La rubia del bar?

Tony asintió.

–¿Qué pasa con ella?

Nick empezó a reírse.

–No puede ser.

–Sí que puede.

–¿Estás diciendo que Caroline Taylor es Carrie la del bar? –preguntó Tony entre carcajadas.

–Me alegra que os resulte tan gracioso –respondió Rob.

–Es más irónico que gracioso –dijo Tony.

–Sí –convino Nick–. Pero aun así es gracioso.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó Tony.

–¿Qué puedo hacer? Ya le he pedido que se fuera, le he dicho que para ella sería un conflicto de intereses quedarse, y ya veis lo bien que ha ido.

–¿Has visto lo que vamos a pagarle? –preguntó Tony–. No puedes culparla por no querer marcharse.

–Bueno, pienso asegurarme de que se gane cada centavo.

–Sabes que, si la fastidias, tu padre se enfadará –le advirtió Tony.

–No, si no se entera.

–¿Y no crees que Caroline te delatará? –preguntó Nick.

–Solo si quiere que toda la familia sepa cómo nos conocimos. Si se descubre que busca hombres en los bares para tener una noche de sexo, su credibilidad quedará en entredicho. Cualquier cliente potencial en el futuro pensará que el contrato incluye un revolcón.

–¿No te parece un poco cruel? –preguntó Nick.

Si ella podía jugar sucio, él también.

–No soy yo el que ha declarado la guerra delante de toda la familia. Y puedo aseguraros que piensa desacreditarnos a mi equipo

y a mí en cuanto tenga la oportunidad.

–¿Estás seguro? Me parece lista y astuta, pero no vengativa.

Si Nick la hubiera oído en la sala de reuniones, pensaría de manera diferente.

–Nick y yo vamos a desayunar en la cafetería –le dijo Tony–. ¿Vas a quedarte trabajando o quieres venir?

Pensó en todo el trabajo que Carrie esperaba que tuviera terminado antes del lunes y sonrió.

–Lo del desayuno suena fantástico.

Estaba a punto de levantarse cuando sonó el teléfono del despacho. Era su hermana Megan.

–Dadme quince minutos y nos encontraremos en el ascensor.

–Vamos a por los abrigos –dijo Tony.

–Hola, Meggie –dijo Rob al contestar al teléfono–. ¿Qué tal?

–Acabo de recibir noticias del agente inmobiliario –dijo su hermana con entusiasmo–. ¡Han aceptado mi oferta! ¡El apartamento es mío!

–Enhorabuena –respondió Rob. Su hermana pequeña había pasado los últimos nueve meses buscando el lugar adecuado, pero le habían denegado los dos primeros–. ¿Y estás segura de que entra dentro de tu presupuesto?

–¡Esa es la otra gran noticia! ¿Conoces a Rose Goldwyn?

Rob la había visto en el trabajo y en algunas reuniones familiares. Había sido contratada recientemente. Era la hija de la mujer que había sido secretaria de su abuelo.

Rose parecía simpática, pero había algo raro en ella.

–¿Qué pasa con ella?

–Va a ser mi compañera de piso.

–Pero si apenas la conoces.

–Hemos estado hablando mucho últimamente. Tenemos mucho en común.

–¿No te saca como veinte años?

–¿Qué más da eso?

–No sé, Meg. Hay algo en ella que…

–¿Qué?

–No confío en ella.

–Robby, tengo veinticinco años. Ya no tienes que protegerme.

Su trabajo siempre sería protegerla. Era muy pequeña cuando

sus padres la adoptaron y, aunque él le sacaba seis años, siempre habían estado muy unidos. Había puesto a raya a sus compañeros de clase cuando se habían reído de ella por ser diferente al resto de su familia.

–Hazme un favor. Pídeles a los del departamento legal que la investiguen. Por si acaso.

–De acuerdo, si eso te hace feliz.

–Así es –en ese momento oyó un portazo en el pasillo y, tras unos segundos, unos gritos. Una de las voces era de su padre.

–Maggie, tengo que colgar. Te llamaré luego.

–¡Te quiero, Robby!

–Yo también te quiero.

Se levantó y salió al pasillo. En un extremo, junto a la sala de reuniones, estaban su padre y su tío Tony. Su padre parecía furioso.

–No tuve elección –estaba diciendo su padre.

–Renunciaste a eso cuando la abandonaste –respondió su tío Tony.

Su padre se puso rojo de rabia y le dio a su hermano un empujón que le hizo retroceder varios pasos hasta chocarse con la puerta de la sala de reuniones.

–¿Qué diablos está pasando? –gritó su primo Tony desde detrás de él.

Rob se dio la vuelta y vio que Nick y él corrían hacia los otros dos.

Demitrio y Tony Senior, ambos rojos, sin aliento y con los puños apretados, se detuvieron y le miraron.

–¿Qué diablos pasa, papá? –preguntó Tony–. ¿Qué sucede con vosotros últimamente?

–¿Por qué no se lo cuentas, Tony? –le preguntó Demitrio a su hermano.

–A mí también me gustaría saberlo –intervino Rob. La última vez que el tío Tony había ido a su casa, Rob se había encontrado a su madre llorando. Quería saber por qué.

–Chicos, esto es entre mi hermano y yo –contestó Tony Senior–. No tenéis por qué preocuparos.

–¡Papá! –exclamó Tony–. Estabais a punto de pegaros.

–No sería la primera vez que le pego –contestó Demitrio.

–Puede que cuando erais pequeños –dijo Rob–, pero ahora tenéis más de sesenta años. Podría daros un ataque al corazón.

–¿Me he perdido la diversión?

Rob se dio la vuelta y vio a Leo, el padre de Nick, caminando hacia ellos.

–Se están peleando –dijo Tony, como si aún no pudiera creérselo–. Peleando físicamente.

–No es nada de lo que debáis preocuparos, chicos –anunció Leo riéndose–. No creeríais la de veces que he tenido que intervenir para frenarlos cuando éramos pequeños. Es la maldición del hijo del medio, supongo –se colocó estratégicamente entre sus hermanos y les dio una palmadita en la espalda a cada uno–. Vamos, caballeros. Vayamos a mi despacho a aclarar esto –se volvió hacia Rob y sus primos–. Vosotros podéis marcharos. Yo me encargo.

Los tres primos se dirigieron a regañadientes al ascensor.

–¿A qué crees que ha venido eso? –le preguntó Tony.

–No lo sé –respondió él–, pero llevan así algún tiempo. Ha habido tensión durante un par de meses.

–No te olvides de que la madre de Tony estaba discutiendo con tu padre en Acción de Gracias –le dijo Nick a Rob. Sarah, la madre de Tony, salía con el padre de Rob antes de que este se alistara en el Ejército. El hecho de que Tony Senior se casara con ella poco después de que se marchara había sido causa de conflicto entre los tres durante años.

–Tony, no pensarás que tu madre y mi padre…

–Sinceramente, Rob, ya no sé qué pensar. Pero las cosas entre mis padres también están raras. Fui a la fiesta de Nochevieja con ellos y parecían… no sé, desconectados. Normalmente se muestran muy cariñosos el uno con el otro, y últimamente apenas les veo tocarse.

–Tal vez mi padre pueda ayudarles a resolverlo –dijo Nick.

–¿Tu padre sigue acostándose con tu madre? –le preguntó Rob.

–Sí –respondió Nick–. Ya es horrible saberlo, pero verlos mientras… ya sabes –se estremeció involuntariamente–. Eso sí que es marcar a una persona de por vida.

–Eso te enseñará a no entrar en casa de tu madre sin llamar –le dijo Tony.

–A mí me parece muy bien que, después de haber estado divorciados tanto tiempo, hayan vuelto a encontrarse –dijo Rob.

–Parecen felices –le dijo Tony a Nick–. En la fiesta de Nochevieja no podían quitarse las manos de encima y desaparecieron mucho antes de las campanadas.

–Siempre y cuando no tenga que volver a verle el culo a mi padre, pueden ser felices todo lo que quieran _dijo Nick.

–Bueno, ¿desayunamos? –sugirió Tony.

Aparcar en el centro era difícil, así que caminaron las tres manzanas hasta la cafetería. Cuando llegaron el local ya estaba lleno de gente. Todos los asientos estaban ocupados y había una fila de personas delante de ellos.

–¿Os apetece esperar? –preguntó Tony.

–Podríamos tardar un buen rato –contestó Rob.

–Yo digo que esperemos –dijo Nick–. Hace demasiado frío para volver a salir.

–¡Eh, Caroselli! –gritó alguien. Rob miró hacia el lugar de donde provenía la voz y maldijo al ver de quién se trataba.

Capítulo Tres

–¿Esa es Carrie? –preguntó Nick.

–Es ella, sí –confirmó Rob. Estaba sentada sola a una mesa en el fondo, y les estaba saludando con la mano. Llevaba aún aquel traje espantoso, aunque se había deshecho de la chaqueta. Además se había soltado el pelo, que le caía sobre los hombros y acariciaba una camisa rosada que se ceñía a sus curvas.

Tony se quedó con la boca abierta.

–Madre mí. No me extraña que te fueras con ella. Mírala.

–Sí –convino Nick–. Tiene un cuerpo…

Sí, así era. Y, aunque no quería, Rob no pudo evitar mirar. Igual que no había podido evitarlo en Nochevieja. Con ropa era despampanante, pero sin ella era una diosa. Una obra de arte. Pero ahí era donde terminaba la atracción.

–Parece que quiere compartir su mesa –dijo Nick.

–Yo preferiría esperar a que nos den una –respondió Rob.

–Deja de comportarte como un crío –le reprendió Tony dándole un empujón–. Tendrás que acostumbrarte a su presencia.

Pero no fuera del trabajo, pensó Rob mientras caminaba reticente hacia su mesa.

–Hola, caballeros –dijo ella con una sonrisa cuando se acercaron–. Os he visto entrar y he pensado que, en vez de esperar, tal vez queríais compartir mesa. Yo he tenido que esperar veinte minutos.

–Nos encantaría –dijo Nick. Tony y él se sentaron a uno de los lados de la mesa, lo cual no le dejó más remedio a Rob que sentarse junto a Carrie.

Los asientos no eran precisamente espaciosos y, con el maletín de Carrie junto a la ventana, estaban pegados el uno al otro. Tan cerca que Rob podía sentir su calor corporal y, cada vez que alguno de los dos se movía, sus brazos o sus hombros se chocaban.

El deseo de deslizarle la mano otra vez por el interior del muslo hasta alcanzar el liguero hizo que se moviera con inquietud en el

asiento.

Sin ni siquiera mirar la carta, los tres pidieron su desayuno habitual y, tras consultar la carta, Carrie pidió el especial, que era mucha comida para una mujer tan pequeña.

–Deduzco que venís aquí con frecuencia –les dijo.

–Es la mejor cafetería de Chicago –contestó Tony–. ¿Cómo has acabado tú aquí?

–Cuando salí, le pregunté a Dennis dónde podía tomar un desayuno decente –explicó ella mientras añadía edulcorante a su taza de café–. Me ha dicho que viniera aquí.

–¿Y qué te parece Chicago? –le preguntó Nick.

–Hace mucho frío. Y mucho viento.

–La llaman la Ciudad del Viento por una razón –añadió Tony.

–Estoy seguro de que estás deseando volver a la Costa Oeste –le dijo Rob.

–Creo que me gustará estar aquí –contestó ella–. Aunque estaré mejor cuando haga más calor.

–¿Dónde te alojarás? –le preguntó Nick.

–Espero encontrar un piso de alquiler. Supongo que no conoceréis a ningún agente inmobiliario que sea bueno.

–Mi cuñado, David, se dedica al derecho inmobiliario –explicó Tony mientras sacaba su móvil–. Seguro que puede darte algún nombre.

Encontró el número en la agenda y Carrie lo guardó en su teléfono.

–¿Y qué tipo de piso buscas? –le preguntó Nick.

–Un apartamento de dos dormitorios, preferiblemente amueblado, en un edificio con gimnasio y piscina, o cerca de una piscina. Me gusta nadar todas las mañanas.

–Creo que conozco el lugar idóneo –dijo Nick–. Mi esposa, Terri, tiene un piso que estaba pensando poner a la venta, pero probablemente perdería dinero. Antes había pensando en alquilarlo, pero ha oído tantas historias sobre malos inquilinos que se muestra reticente. Tiene todo lo que necesitas y hay un gimnasio con piscina a dos manzanas de distancia. Además, está cerca del trabajo.

Tampoco estaba lejos del *loft* en el que vivía Rob, lo cual no le entusiasmaba.

–Suena perfecto –contestó Carrie–. Puedo pagarle los tres meses

por adelantado.

–Hablaré hoy con ella y te llamaré.

–Fantástico –se intercambió el teléfono con Nick y aquello molestó más aún a Rob. ¿Encima tenía que hacerse la simpática con todos?

–Y, los pocos días que tenga libres –comentó Carrie–, ¿qué cosas me recomendáis hacer?

Sus primos le sugirieron el planetario, el acuario y el Museo de Arte Contemporáneo.

–¿Y tú? –le preguntó a él–. ¿Qué me sugieres?

–El Museo de Ciencia e Industria.

–¿En serio? Por alguna razón pensé que preferirías algo menos… académico. Como un museo de deportes.

–Y has supuesto eso porque… ¿me conoces muy bien?

La camarera dejó la comida sobre la mesa y, cuando Rob miró el plato de Carrie, sintió que se le obstruían las arterias. El especial estaba compuesto por tres huevos, cuatro salchichas, patadas, una tostada y una pila de tortitas de unos doce centímetros de altura.

–¿Y vivís los tres en la ciudad? –les preguntó y, cuando le rozó la pierna por debajo de la mesa, Rob pensó que había sido accidental, hasta que sintió su pie descalzo deslizándose por su tobillo.

La miró de reojo, pero ella estaba masticando y mirando a Nick mientras este le explicaba dónde vivía cada uno con respecto a Chocolate Caroselli.

Rob agarró su vaso de agua y se bebió la mitad de un trago.

–¿No tienes hambre? –le preguntó Carrie al ver su plato intacto.

–Estoy dejando que se enfríe –respondió, pinchó un poco de la tortilla, se la metió en la boca y se abrasó la lengua.

–Me da la impresión de que no solo sois primos, sino además buenos amigos –comentó Carrie.

–No tanto cuando éramos más jóvenes –aclaró Nick–. Sobre todo por nuestra diferencia de edad, pero nuestra familia está muy unida, así que nos veíamos mucho. Pero sí, ahora estamos muy unidos.

–Bueno, entonces supongo que Robby os habrá contado que en Nochevieja nos acostamos.

Rob dejó caer el tenedor, Nick se atragantó con el huevo y Tony

estuvo a punto de derramar el café.

–¿Qué te hace pensar que haría eso? –le preguntó Rob.

–Puede que nos lo haya mencionado –confesó Tony.

–Espero que también mencionara que no sabíamos quién era el otro hasta esta mañana.

–Eso era evidente –dijo Nick–. Y no tienes que darnos explicaciones.

–Prefiero dejar las cosas claras. No quiero que nadie se lleve una impresión equivocada.

–Claro que no –convino Tony.

–Carrie –dijo Rob, pero ella levantó una mano para silenciarlo.

–No estoy enfadada –dijo–. A los hombres les gusta hablar de sus conquistas, lo entiendo. A la mañana siguiente yo llamé a mi amiga Alice. Pero agradecería que no saliera de esta mesa.

–Yo no abriré la boca –prometió Tony.

–Yo tampoco –aseguró Nick–. Lo que hagáis en vuestro tiempo libre no es asunto de nadie.

–Ya que estamos siendo sinceros, ¿deberíamos contarles lo que ha ocurrido esta mañana en mi despacho?

–No es necesario –le dijo Tony.

–Querrás decir lo que no ha ocurrido –dijo ella, y se dirigió a Nick y a Tony–. Nos quedamos sin tiempo.

–Y no volverá a ocurrir –respondió él.

–Y yo lo comprendo –dijo ella–. Sé por experiencia que es muy mala idea tener una relación íntima con un compañero de trabajo, sobre todo si es un subordinado.

¿Subordinado? Ella era la subordinada, la consultora temporal.

–Me gustaría saber vuestra opinión sobre un asunto –les dijo Carrie a sus primos–. Imaginad que tenéis una aventura de una noche con una mujer. Ambos sabéis que nunca será nada más que eso. Ahora, en mitad de la madrugada, ella está dormida y decidís marcharos. ¿La despertáis para despediros, dejáis una nota u os vais sin decir palabra?

Nick miró a Rob.

–Yo la despertaría y me despediría.

Carrie se giró hacia Tony.

–¿Y tú?

–Yo al menos dejaría una nota.

Carrie se volvió hacia Rob y le miró como diciendo «ahí lo tienes».

–Vaya, mira qué hora es –dijo Nick tras mirarse la muñeca cuando, irónicamente, no llevaba reloj–. Tony, tenemos que ir a hacer eso que teníamos que hacer.

Por un momento Tony pareció confuso. Después dijo:

–Ah, sí. Claro, esa cosa. No debemos llegar tarde.

Nick alcanzó la cuenta que la camarera había dejado sobre la mesa.

–Espera, deja que te dé el dinero de lo mío –dijo Carrie mientras rebuscaba en su bolso.

–Oh, no, esto corre de mi cuenta –respondió Nick.

–Gracias –contestó ella–. Yo invitaré la próxima vez.

–Disfrutad del resto del desayuno –les dijo Tony.

En cuanto se marcharon, Rob se cambió al asiento de enfrente, lo cual resultó peor que estar sentado junto a ella. El escote de su camisa atrajo su mirada como una llama a una polilla.

–Bueno, ha sido divertido –dijo ella.

–Te lo has pasado bien, ¿verdad?

–Tony y Nick parecen muy simpáticos. Deduzco que Tony no está casado.

–No lo está.

–¿Soltero?

–¿Por qué? ¿Te interesa?

–¿Qué pasa? ¿Estás celoso?

–Acaba de salir de una relación y lo último que quiere es que alguien le líe la cabeza.

–¿Es eso lo que estoy haciendo yo? –preguntó ella apoyando un codo sobre la mesa y la barbilla en la mano. Entonces Rob volvió a sentir su pie ascendiéndole por la pantorrilla izquierda.

Cuando hubo llegado a la rodilla, y en vista de que no tenía intención de parar, Rob le agarró el pie y se lo apartó con una mirada de advertencia.

–Eso ha sido un golpe bajo.

–¿El qué?

–Yo no soy tu subordinado.

–¿Cuándo he dicho yo eso?

–Hace un minuto. Has dicho que estaba mal tener una relación

con un subordinado.

–¿Y por eso has dado por hecho que me refería a ti? ¿No se te ha ocurrido pensar que pudiera estar hablándote de mí? ¿O que quizá hablaba en términos generales?

De hecho eso no se le había pasado por la cabeza.

–¿Siempre estás a la defensiva?

–Nunca –solo cuando estaba con ella.

–Como ya he dicho, esto será tan duro o tan fácil como tú quieras hacerlo –arqueó las cejas ligeramente, pero, para cuando Rob reconoció aquella mirada perversa, ya era demasiado tarde. Contuvo la respiración al sentir de nuevo su pie descalzo en su regazo–. Duro, ya me doy cuenta.

–¿Quieres parar? –le dijo él apartándole el pie otra vez de su entrepierna–. ¿Así es como demuestras tu profesionalidad?

–Solo intento demostrar una cosa.

–¿Qué? ¿Que estás loca?

–Que, en lo referente a nuestra relación, laboral o de cualquier otro tipo, no siempre tienes tú el control. Porque, Robby, tienes serios problemas de control.

–¿Yo tengo problemas de control? Y lo dice una mujer que no puede quitarme el pie de la entrepierna.

Ella se limitó a sonreír, como si la situación le pareciera de lo más divertida.

–Me voy. Te veré el lunes a primera hora.

–Por desgracia sí, me verás.

Rob la vio salir de la cafetería y llamar a un taxi. Hasta que no estuvo dentro del vehículo, no pudo apartar la mirada de la ventanilla.

Impredecible. Eso era. Y, aunque él no era el maniático del control que ella había descrito, sí que prefería cierta previsibilidad.

Y, si su comportamiento de aquel día era un ejemplo de lo que estaba por venir, mantener el control de la situación sería su única opción.

Carrie estaba sentada en el bar del hotel tomándose un margarita para celebrarlo a las doce y cuatro minutos del mediodía. A pesar de que hubiese habido algunos imprevistos, consideraba

que la reunión de esa mañana había sido un éxito. Y, aunque tenía tendencia a ser una bocazas, pensaba que, dadas las circunstancias, había sido muy diplomática. Si obviaba la parte en la que Rob y ella se habían besado en el despacho.

Se estremeció al recordarlo. Pero había recuperado la compostura y había regresado a la sala de reuniones para dejar clara su posición.

Había descubierto que, en el mundo de los negocios, su naturaleza impulsiva podía ser una ventaja o una carga, sin término medio. Dio un sorbo a su copa y miró hacia el empresario sentado a tres taburetes de distancia, que parecía estar reuniendo valor para hablar con ella.

–¿Te invito a una copa? –preguntó en cuanto sus miradas se cruzaron.

No solo le doblaba la edad, sino que además llevaba una alianza de boda en la mano izquierda.

Negó con la cabeza y en ese momento le sonó el móvil. Agradecida por la interrupción, sacó el teléfono del maletín y sonrió al ver el número de Alice, su mejor amiga.

–¿Qué tal ha ido la reunión? –preguntó Alice.

Con su metro ochenta de estatura y sus sesenta kilos de peso, no era de extrañar que se ganara la vida como modelo de pasarela. Normalmente Alice la llamaría desde Milán, París o cualquier otra ciudad de la moda, pero un pie roto la mantendría alejada de las pasarelas hasta otoño.

–Han firmado el contrato –le dijo Carrie–. Así que me quedaré en Chicago tres meses.

–¡Eso es fabuloso!

–Tampoco han regateado con el dinero, que sabes que lo odio. En lo referente al negocio, la reunión no podía haber ido mejor.

–¿Pero?

–¿Qué te hace pensar que hay un pero?

–Es un presentimiento. Tengo razón, ¿verdad?

–Cuesta un poco creerlo.

–Cariño, viniendo de ti, me creería casi cualquier cosa.

–El tío del que te hablé, Ron.

–¿El del sexo salvaje del bar?

–Sí. Bueno, pues al parecer le entendí mal. En realidad se llama

Rob.

–¿Y cuál es el problema?

–Que se llama Rob Caroselli. Y es el director de marketing de Chocolate Caroselli.

Le contó el resto de la historia a su amiga, desde el momento en que Rob había entrado en la sala de reuniones hasta el desayuno, cuando le había puesto el pie en la entrepierna.

–Bueno, tenías razón en una cosa –le dijo Alice–, si cualquier otra me hubiera contado esa historia, no me la habría creído. Pero, con lo impulsiva que tú eres…

–No soy tan impulsiva –se defendió ella mientras le hacía gestos al camarero para que le sirviera otra copa–. Por otro lado, creo que ahora le tengo justo donde quiero.

–Hasta que acabes con él en la cama otra vez –dijo Alice.

–No puedo volver a acostarme con él.

–Quieres decir que no deberías volver a acostarte con él. Y aun así le has provocado esta mañana en su despacho, ¿me equivoco?

–Ha sido un momento de debilidad. Aún estaba recuperándome de la sorpresa de volver a verlo.

–¿Y en la cafetería?

–Ahí estaba demostrando algo.

–¿Y lo has demostrado?

–Desde luego que sí. ¿Por qué tengo la sensación de que voy a arrepentirme de haberte contado esto?

–Porque sabes que, si pienso que estás comportándote como una idiota irresponsable, te lo voy a decir.

–¿Y crees que estoy haciéndolo?

–Creo que podrías recaer. Ya no eres la chica solitaria que activa alarmas de incendio y se salta el toque de queda para llamar la atención. Eres una mujer madura que tiene el control de su destino.

–Lo sé. Lo raro es que ni siquiera me gusta mucho. Pero entonces me acerco a él y tengo ganas de arrancarle la ropa.

–Probablemente no sea buena idea. Ya sabes, Rex y yo teníamos mucha química.

El novio de Alice, Rex, era un diseñador de moda emergente que pasaba más tiempo fuera del país que dentro de él. Y, cuando estaba en la ciudad, Alice tampoco parecía verdaderamente feliz.

–¿Cuándo volverá a Nueva York? –preguntó Carrie.

–En dos semanas. Esta vez lo prometió.

Le había prometido muchas cosas, y hasta el momento no había cumplido ninguna. Alice era guapa, sofisticada y lista, pero tenía muy baja autoestima.

–¿Qué tal va tu pie? –le preguntó Carrie.

–Despacio. La fisioterapia me está ayudando. El médico me ha asegurado que podré volver a andar antes de que empiecen los desfiles del próximo otoño. Es increíble que un día estés desfilando por la pasarela, sin meterte con nadie, y de pronto, zas, todo cambia de la noche a la mañana.

El «zas» al que se refería era el mensajero en bicicleta que la había tirado del bordillo frente a un taxi en movimiento. Tenía suerte de estar viva.

–Y hablando de terapia –dijo Alice–. Tengo cita en una hora, así que debería colgar. Pero quiero que me prometas una cosa: si tienes la tentación de volver a abalanzarte sobre el hombre del sexo salvaje, quiero que me llames inmediatamente para que pueda hacerte entrar en razón. A cualquier hora del día o de la noche.

–De acuerdo.

–¿Lo prometes?

Ella suspiró.

–¿Carrie?

–De acuerdo, de acuerdo, lo prometo –dijo con la esperanza de que no fuera una de esas promesas de las que después se arrepentía.

Dos días más tarde Carrie se subió a un taxi para ir a reunirse con Terri, la esposa de Nick, en la casa que esperaba poder alquilar durante su estancia allí.

Le agradó ver que el taxi se detenía frente a una fila de casas adosadas de ladrillo con garajes de dos plazas.

Salió del taxi y caminó hacia la casa. Nada más llegar al porche, la puerta de entrada se abrió y apareció una mujer para recibirla.

–Hola. ¿Caroline?

–Carrie –dijo ella estrechándole la mano.

–Soy Terri. Adelante –al igual que su marido, Terri era alta y morena. Además era muy atractiva–. Deja el abrigo donde quieras y te enseñaré la casa.

La primera impresión de Carrie al entrar y quitarse el abrigo fue beis. Paredes beis, moqueta beis, muebles beis. Incluso las lámparas eran beis. Y el aire olía a pino.

–Como puedes ver, lo dejé casi todo aquí cuando me mudé a casa de Nick –dijo Terri–. No es nada sofisticado.

–Es bonito –contestó Carrie mientras dejaba el abrigo y el bolso en el sofá.

–Según Nick, decir que tengo el gusto decorativo de un ladrillo sería un insulto para los ladrillos.

–Yo tampoco soy buena con la decoración de interiores. En Los Angeles contraté a alguien para que decorase mi casa. Esta casa es sencilla. Elegante.

–Es aburrida –dijo Terri–. Y, si no te gusta, no tengas miedo de decirlo. No herirás mis sentimientos.

–Hasta ahora me gusta.

–¿Quieres ver más?

–Desde luego.

La habitación principal tenía algo más de color.

–Hay toallas, sábanas y todo lo que necesites en el armario de la ropa blanca. Acabo de cambiar las sábanas de la cama y he fregado el baño –comentó Terri.

El segundo dormitorio estaba convertido en despacho, con un escritorio, una librería, un archivador y una impresora. No era nada sofisticado, pero muy funcional. Y la ventana daba a un pequeño jardín.

–Es perfecto –le dijo a Terri–. Es justo lo que necesito.

–¿De verdad?

–Sí. ¿Puedo ver la cocina?

–Por supuesto. Es por aquí.

La cocina, que también estaba decorada en colores pálidos, estaba tan limpia y organizada como el resto de la casa, y separada del salón por una pared.

–Yo no cocino, así que no es gran cosa –le dijo Terri–. Tienes las cosas básicas. Sartenes, cacerolas, platos y cubiertos.

–Yo tampoco cocino muy a menudo –confesó Carrie–. Me gusta, pero no tengo tiempo. Normalmente trabajo ochenta horas a la semana.

–Yo antes también era así, pero mi ginecólogo piensa que el

estrés me afecta al ciclo, y estoy intentando quedarme embarazada; así que he reducido mis horas de trabajo.

–¿Cuánto tiempo lleváis casados?

–Menos de dos meses.

–Ah, así que todavía sois recién casados.

–Técnicamente. Pero somos amigos desde que teníamos nueve años. ¿Qué te parece entonces la casa? –le preguntó Terri–. Te repito que no me ofenderé si dices que no te gusta, o si quieres ver otras casas antes de tomar la decisión.

–Creo que me la quedo –contestó Carrie con una sonrisa.

–¿Estás segura? –preguntó Terri.

–Sí, muy segura. ¿Has traído el contrato de alquiler?

–Está en mi abrigo. Iré a por él.

Se sentaron a la mesa de la cocina y empezaron a rellenar los papeles.

–Estamos hablando del alquiler más la televisión por cable e Internet –dijo Terri.

–Dime un precio –contestó Carrie, y Terri le ofreció un precio que le pareció increíblemente bajo para todo aquello, sobre todo en una gran ciudad–. ¿Estás segura de que no quieres más? No espero ningún trato especial. Quiero pagar lo que sea justo.

–Nick y yo ya hemos hablado de ello. No pretendemos sacar beneficio, solo cubrir gastos.

–¿Estás segura?

Terri asintió.

–Así se hacen las cosas en la familia Caroselli. Son muy generosos, arrastran a la gente.

–¿Te parece bien un cheque?

–Si me lo devuelven, sabré dónde encontrarte –bromeó Terri.

Carrie extendió un cheque con el alquiler de los tres meses y se lo entregó a Terri.

–¿Estás segura de querer pagar los tres meses por adelantado?

–Para mí es más fácil así. Una cosa menos de la que preocuparme. Cuando has dicho que los Caroselli arrastran a la gente, ¿a qué te referías exactamente?

–No te preocupes, no es nada siniestro –le aseguró Terri–. Mírame a mí, por ejemplo. Cuando llegué a Chicago tenía nueve años. Había perdido a mis padres y vivía con mi tía, que no puede

decirse que estuviera encantada de hacer el papel de madre de una niña malcriada a la que no conocía. Supongo que podría decirse que yo era un alma perdida. Entonces me hice amiga de Nick, conocí a su familia y fue como si me adoptaran. Nick siempre bromea diciendo que, si su madre tuviera que elegir entre nosotros dos, me elegiría a mí.

–Qué bonito –dijo Carrie–. Todo el mundo debería tener familia.

–¿Tú tienes una familia grande?

–Tengo algunos primos y tíos dispersos por el suroeste, pero hace años que no los veo. Principalmente somos mi madre y yo.

–¿Estáis unidas? –preguntó Terri, pero se arrepintió al ver que no contestaba de inmediato–. Lo siento, no es asunto mío. Los Caroselli son también muy cotillas y supongo que se me ha pegado.

–No pasa nada. Es solo que la relación con mi madre es un poco… complicada. No nos vemos con frecuencia. Yo trabajo mucho y ella pasa casi todo su tiempo en una botella.

–Ah, entiendo.

–Hay mucho resentimiento por mi parte y apatía por la suya. Tengo las características típicas de una persona con una madre alcohólica –hizo una pausa–. ¿Es demasiada información?

–No. En absoluto. Ni siquiera sabía que hubiese características típicas. ¿Cuáles son? Si no te importa que te lo pregunte.

–Soy muy responsable y me tomo a mí misma demasiado en serio. La típica estudiante modelo. Cuando intento divertirme, siento que debería estar haciendo algo más constructivo. Pero, debido a mi falta de autoestima, siento que nada de lo que hago es suficientemente bueno. También tengo problemas de confianza, así que me cuesta desarrollar relaciones íntimas. Y contarte todo esto probablemente sea una manera inconsciente de alejarte de mí antes de poder hacernos amigas.

–Vaya, qué intenso –respondió Terri.

–Sí. Las clases de psicología que di en la universidad me abrieron los ojos. Hasta entonces, dadas las circunstancias, pensaba que estaba equilibrada, hasta que me di cuenta de que nadie como yo tenía derecho a tratar a la gente. Es una gran responsabilidad y no sabía si podría ser del todo imparcial. Así que cambié a marketing. Sigo utilizando lo que aprendí de la psicología, pero sin la posibilidad de fastidiar a nadie. Al menos no de forma negativa.

Simplemente les animo a comprar cosas.

–Parece que no estás tan mal de la cabeza como para no darte cuenta de que estás mal de la cabeza –comentó Terri–. ¿Eso tiene sentido?

–Sí que lo tiene.

–¿Tienes planes para mañana por la noche?

Lo primero en lo que pensó fue en Rob, lo cual estaba mal en muchos aspectos.

–No. No conozco a nadie en la ciudad.

–Van a venir unos amigos a casa y me encantaría que vinieras.

–¿De verdad? ¿Después de todo lo que te he contado?

–Oh, no te preocupes. Encajarás.

–En ese caso, iré encantada.

–Es a las siete –dijo Terri mientras le escribía la dirección–. ¿Tienes forma de llegar hasta allí?

–Puedo tomar un taxi.

–O podría pedirle a Rob que te recoja. Le pilla de camino.

–Creo que es mejor que tome un taxi.

–Si te preocupa llegar a casa sana y salva, Rob no bebe mucho. Ahora que lo pienso, no recuerdo haberle visto borracho nunca.

–La noche que yo le conocí bebió mucho –dijo Carrie sin darse.

–Sí, ya me he enterado –dijo Terri.

–¿Ah, sí?

–Un consejo. Si no quieres que yo sepa algo, no se lo cuentes a Nick. Somos de esas parejas que se lo cuentan todo.

–Es bueno saberlo. ¿Y se lo ha contado a alguien más?

–Lo dudo. Y no creo que Tony se lo cuente a nadie tampoco.

–Que conste que yo no suelo hacer eso –le aseguró a Terri.

–Pues que sepas que él tampoco suele hacerlo –confesó Terri–. Debiste de causarle una buena impresión. Personalmente creo que hacéis una pareja adorable.

–En absoluto. Lo de pareja, digo. Tengo por norma no salir con gente con la que trabajo. Si hubiera sabido quién era cuando le conocí en el bar…

–Carrie, lo entiendo. Créeme. Tal vez sea… el destino.

De ser así, el destino les había jugado una mala pasada a los dos.

–No podemos pegar menos.

–Hace seis meses, si me hubieras dicho que iba a estar casada

con Nick e intentando tener un bebé, habría pensado que estabas loca. Y sin embargo, aquí estamos.

–¿Qué ocurrió? ¿Qué cambió?

–Es una larga historia, y prometo contártela cuando vengas a la fiesta mañana.

–Allí estaré, pero iré por mi cuenta.

–Bueno, debería irme –anunció Terri–. Si necesitas algo, o si tienes alguna pregunta, llámanos a Nick o a mí. Te veré mañana.

Capítulo Cuatro

Carrie regresó al hotel a por sus cosas, tomó un taxi para volver a la casa e hizo lo posible por memorizar los nombres de las calles para cuando tuviera coche. Había empezado a nevar, así que le dijo al taxista que dejara sus maletas en el garaje, en vez de hacerle entrar en el salón y arriesgarse a manchar la moqueta.

Abrió la puerta, comprobó que todo estaba a oscuras y se maldijo a sí misma por no haber dejado una luz encendida. Palpó con la mano por la pared hasta encontrar un interruptor, pero, cuando se disponía a encenderlo, sintió una mano fría en la suya.

Dio un grito y apartó la mano. Cuando se encendió la luz, parpadeó varias veces y vio que allí no había nadie. Asomó la cabeza por una esquina y vio que solo había una puerta, que probablemente diese al sótano.

Tomó aliento para tranquilizarse. Había sido su imaginación. Allí no había nadie.

Se dio la vuelta para recoger las maletas y se chocó con una persona. Volvió a gritar y entonces se dio cuenta de que era Rob.

–¡Me has dado un susto de muerte! –exclamó.

–¿Estás nerviosa? –preguntó él con una sonrisa.

–¿Qué quieres?

–¿Qué te ha hecho gritar?

–¡Tú!

–No. Me refiero a la primera vez.

–Nada. Ha sido mi imaginación.

–¿Y qué has imaginado?

–Nada. No era real.

–¿El qué?

–Cuando estaba buscando el interruptor de la luz, juraría que alguien me ha tocado la mano, pero, al encender la luz, no había nadie.

–Debe de haber sido La Mujer del Sótano.

–¿Perdona?

–La llamamos La Mujer del Sótano. No todo el mundo la siente. Terri y Nick no la sentían, pero otras personas sí. A veces toca a la gente, y algunas personas la oyen subiendo y bajando las escaleras. Otros la oyen llorar. Yo huelo su perfume.

Carrie no sabía si hablaba en serio o si estaba tomándole el pelo.

–¿De verdad?

–Lo huelo desde que entro por la puerta del garaje hasta que llego a la cocina. Quizá solo sea un metro de distancia. Entonces, desaparece. La he sentido rozarse contra mí y una vez noté una mano en el hombro.

–No puede ser –Carrie se apoyó en la puerta y aspiró, pero solo captó el olor de la lejía y del limpiador de pino.

–Tienes que entrar –dijo Rob–. De lo contrario no funciona.

–Estás mintiendo.

–Hablo muy en serio. Compruébalo si no me crees.

O atravesaba aquella puerta o regresaba a la de la entrada, lo cual le haría parecer más ridícula todavía.

Se prometió a sí misma que no reaccionaría pasase lo que pasase, levantó un pie y cruzó el umbral. Después movió el otro pie y, en cuanto tocó el suelo…

Sintió una mano en el hombro y, aun sabiendo que era Rob, soltó un grito agudo.

Se dio la vuelta con el corazón desbocado y le dio un empujón.

–Eres imbécil.

–Y tú eres demasiado crédula –respondió él entre risas–. No puedo creerme que te lo hayas tragado.

–No creía que fuese posible, pero ahora me caes peor que antes.

–Ha merecido la pena con tal de ver la cara que has puesto.

Carrie entró en la casa y encendió la luz de la cocina. Él la siguió con dos de las maletas.

–¿Qué estás haciendo?

–¿Dónde quieres que las ponga?

Estuvo a punto de decirle que podía hacerlo sola, pero luego pensó que sería mejor que se acostumbrase a seguir sus órdenes.

–Todas en el dormitorio.

Obviamente Rob había estado allí antes, porque parecía saber dónde estaban las luces y las habitaciones.

Se quitó el abrigo y se preguntó si podría encontrar té en alguna

parte. En su segundo viaje hacia el dormitorio, Rob preguntó:

–¿Estás segura de que has metido suficientes cosas en las maletas? Pesan una tonelada.

–Intenta tú hacer el equipaje para tres meses –respondió ella–. Es mucho tiempo fuera de casa.

Dos de las maletas pequeñas tenían solo zapatos. Otra tenía ropa informal, aunque se daba cuenta de que no le serviría para el frío. Tendría que hacer algunas compras. Viviendo en un clima cálido, era difícil imaginarse cómo serían los inviernos allí.

–Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? –le preguntó–. ¿Y cómo sabías dónde estaba?

–He hablado con Nick.

Carrie le siguió hasta el dormitorio y le vio dejar las últimas maletas junto al armario.

–Lo cual no explica por qué estás aquí –insistió ella cruzándose de brazos.

–Porque quería darte esto –Rob se quitó los guantes, sacó un *pendrive* del bolsillo interior de su abrigo y se lo entregó.

–¿Qué es?

–Los informes financieros que le pediste a Elana.

–Ah. Podría habérmelos dado el lunes.

–Supuse que querrías ponerte con esto cuanto antes.

De hecho pensaba ponerse con ello el lunes, cuando empezara su contrato. Pero era interesante que Rob hubiese decidido llevárselo cuando no tenía por qué.

–Gracias –respondió ella, y cruzó la habitación para dejarlo en la mesita de noche. Pero, cuando se dio la vuelta, Rob ya no estaba junto al armario. Estaba frente a la puerta, bloqueando su única salida. Y tenía aquella mirada.

Carrie se acercó a las maletas y agarró una que estaba llena de zapatos. Entró en el vestidor con ella, encontró un buen lugar donde ponerlos y se agachó para abrir la maleta. Fue sacando los zapatos uno a uno y dejándolos emparejados en el suelo.

Oyó a Rob moviéndose por el dormitorio, frente al vestidor. Advirtió el roce de sus brazos por el forro del abrigo y supo que estaba quitándoselo. Pero eso no significaba que fuese a intentar algo.

Antes de que pudiera darse cuenta, notó sus manos en las

caderas y su miembro restregándose contra sus nalgas. Ya estaba notablemente excitado, y ella no estaba mucho mejor.

–En serio –murmuró Carrie–. Esto es todo un cliché.

–Mira quién habla –contestó él deslizándole los dedos por debajo del jersey para acariciarle la piel desnuda–. Además, la otra noche no parecía importarte.

Cuando Carrie se incorporó, él le deslizó las manos por el vientre para pegarla a su cuerpo. Resultaba agradable. Pero no tan agradable como cuando le agarró los pechos un segundo más tarde.

Ella suspiró y apoyó la cabeza en su pecho.

–Recuerdo que dijiste que esto no iba a volver a ocurrir. Y tenías razón.

–Bueno, he cambiado de opinión.

–No puedes hacer eso.

–Acabo de hacerlo –le apartó la melena a un lado y le besó el cuello.

–Somos compañeros de trabajo –le recordó ella.

–Técnicamente no lo somos. Aún no. Tu contrato no empieza hasta el lunes.

Tenía sentido. Y, dado que ya se habían acostado juntos, la relación prelaboral ya era una causa perdida, ¿no?

¿Qué tenía de malo hacerlo una vez más?

Rob tenía las manos bajo su jersey, abrasándole la piel con las palmas ardientes. Le mordió el cuello y después succionó.

No le hacían un chupetón desde que tenía quince años, pero era erótico pensar que estaba marcándola.

Se dio la vuelta para mirarle y le rodeó el cuello con los brazos.

–De acuerdo, pero solo esta vez y se acabó.

–Muy bien. A no ser que tengamos que hacerlo mañana otra vez, porque será sábado. Y luego viene el domingo, claro.

–Pero no más allá de lunes.

–Desde luego –la levantó del suelo y la llevó a la cama. No había mejor manera de convertir una casa en un hogar que teniendo sexo salvaje en ella.

Rob la dejó suavemente sobre el colchón y se quitó la camisa. Ella también se quitó el jersey y el sujetador.

–Que sepas que sigues sin caerme bien.

–Lo sé –respondió él mientras se desabrochaba los pantalones–. Quítate los vaqueros.

Carrie se los desabrochó y se los bajó mientras los de él caían al suelo, junto con los calzoncillos.

–Esto es solo sexo –le dijo mientras se bajaba las bragas–. No somos amigos.

–Desde luego que no –Rob se arrodilló en un extremo del colchón y comenzó a besarle las piernas y a subir mientras se las separaba. Cuando llegó al final de sus muslos, empezó a besar su sexo.

Carrie se había olvidado de que tuviera una lengua tan talentosa. Pero, por agradable que resultara, quería sentirlo dentro de ella cuando alcanzara el orgasmo, y él debía de estar pensando lo mismo; se colocó encima, entre sus muslos abiertos, y la aprisionó con su cuerpo contra el colchón.

Le agarró las manos y se las colocó por encima de la cabeza.

–Di que me deseas.

–Esto ha sido idea tuya –respondió ella–. O sea que eres tú el que me desea a mí.

Rob agachó la cabeza para lamerle un pezón y después succionar. Ella gimió y se arqueó hacia arriba.

–Di que me deseas –repitió él. Su mirada perversa indicaba que haría lo que fuera con tal de lograr su cooperación; como deslizar su erección contra su cuerpo o atormentarla con la punta hasta que se volviera loca de deseo.

–Está bien, te deseo –admitió Carrie.

Con una embestida rápida y feroz, Rob la penetró. Después se apartó, volvió a penetrarla y el placer le recorrió el cuerpo. Si seguía así, ella acabaría muy pronto. Contuvo la respiración y esperó la siguiente embestida, pero en su lugar Rob se detuvo y maldijo en voz baja.

–¿Qué sucede? –le preguntó.

–¿Estás usando algún tipo de anticonceptivo?

Carrie negó con la cabeza.

–Yo tampoco, así que, antes de que sea demasiado tarde…

–Sí, desde luego –contestó ella dándole un empujón para quitárselo de encima–. Por favor.

Si hubiera un récord mundial de velocidad a la hora de ponerse un preservativo, estaba segura de que Rob lo batió en aquel momento. Pero en esa ocasión, cuando se tumbó sobre ella, se tomó las cosas con más calma. Deprisa, despacio, a Carrie no le importaba, siempre y cuando estuviera tocándola.

–Eres preciosa –le dijo mirándola a la cara como si estuviera intentando memorizar hasta el más mínimo detalle. El calor fue creciendo en su interior con cada embestida. Iba a decirle que tenían que ir más despacio, pero ya era demasiado tarde. Todo su cuerpo se vio envuelto en un torbellino de placer. Rob gimió y se puso rígido al alcanzar el clímax.

Y, por muy agradable que fuera, Carrie casi lamentó que hubiera terminado, que no hubiera durado más. Claro que, si aquello iba a ser como la noche del hotel, no había hecho más que empezar.

Capítulo Cinco

Carrie se despertó a la mañana siguiente y se incorporó en la cama, desorientada al encontrarse en aquella habitación desconocida. Pero entonces recordó. Y la noche anterior…

Miró junto a ella y comprobó que la cama estaba vacía. El muy maleducado había vuelto a irse sin decir nada.

Se puso la bata y fue a la cocina a preparar café. Pegada a la puerta del frigorífico con un imán había una nota escrita a mano.

Lo siento, tenía que trabajar. Anoche me lo pasé muy bien. Me he ido a las siete de la mañana, así que no me he escabullido en mitad de la noche. ¿Quieres que volvamos a no ser amigos esta noche después de la fiesta?

Era absurdo, pero el hecho de que se hubiera acordado de dejar una nota hacía que le despreciara un poco menos. Y eso le daba miedo; ¿y si empezaban a gustarse de verdad?

Se duchó y se vistió, y estaba en la cocina preparándose para llamar a un taxi que la llevase al centro comercial más cercano cuando oyó un crujido, como si alguien hubiese abierto la puerta interior del garaje. Se asomó por la esquina, pero la puerta seguía cerrada.

Entonces miró hacia la puerta del sótano y se dio cuenta de que estaba abierta. La noche anterior, cuando entraron, estaba cerrada con el pestillo. Recordó la sensación de aquella mano sobre la suya y el corazón le dio un vuelco.

La explicación más lógica era que no estuviera echado el pestillo y la puerta se hubiera abierto sola.

Tiró del picaporte y se aseguró de dejarla bien cerrada. Después llamó al taxi y se fue a comprar. Encontró algunas prendas bonitas.

No se acordó de la puerta del sótano hasta esa tarde, cuando estaba en la cocina preparándose una taza de té y tuvo la sensación de que alguien estaba observándola.

Sabía que estaba dejándose llevar por su imaginación, pero aun así se asomó y comprobó con alivio que la puerta seguía cerrada.

Claro que seguía cerrada, y la mano que había sentido había sido su imaginación. Se sentía estúpida por haber creído que pudiera ser otra cosa.

Apagó el hervidor cuando el agua estuvo lista. Se sirvió una taza y, justo cuando estaba a punto de dar el primer sorbo, lo oyó. El crujido de una puerta.

No podía ser. Tenía que estar imaginándoselo.

Se obligó a regresar y a volver a asomarse por la esquina de la pared.

–Maldita sea –murmuró. La puerta del sótano estaba abierta de nuevo.

Rob llamó a la puerta de Carrie a las siete menos diez.

Ella abrió ligeramente y parpadeó sorprendida.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Recogerte para ir a la fiesta.

–Estoy confusa.

–La fiesta en casa de Nick y de Terri. Vas a venir, ¿no?

–Sí, pero le dije a Terri que iría por mi cuenta.

–Bueno, yo no he hablado con Terri.

–¿Por qué estás aquí entonces?

–Para ahorrarte el taxi. Porque me pillaba de camino. Para ser amable –se encogió de hombros–. Elige la razón que quieras.

–Para echar un polvo.

–Eso también –contestó él, y golpeó los pies contra el suelo para que la sangre no se le congelara en las venas–. Lo que sea con tal de que me dejes entrar antes de que se me congelen los pies aquí fuera.

–No somos amigos.

–Eso ya lo sé.

Carrie por fin se apartó y le dejó entrar. Se quedó sin habla cuando vio lo que llevaba puesto. Una minifalda vaquera con botas altas de tacón de aguja y un jersey rosa ajustado. Obviamente no le daba vergüenza mostrar su figura.

–Vaya. Estás asombrosa.

–¿No crees que es demasiado?

Aunque lo fuera, pagaría para que se lo dejara puesto. Siempre que pensaba que no podía verla más sexy, lograba superarse.

–Si llegamos a la fiesta juntos, la gente pensará que somos pareja –dijo ella.

–¿Y te importa lo que piensen los demás?

–Para ti es distinto. Tú eres hombre. Si tú te acuestas con una mujer del trabajo, eres un semental. Si lo hago yo, soy una zorra.

–¿En serio? ¿Hay alguna mujer del trabajo en la que estés interesada?

–Ya sabes a lo que me refiero.

–Podemos decirle a la gente la verdad: que te he recogido porque me pillaba de paso. O, si te hace sentir mejor, tú puedes entrar primero y yo unos minutos más tarde.

–Eso podría funcionar –respondió ella–. Y, aunque la gente sospeche que estamos juntos, se llevarán la impresión de que no nos caemos bien.

–Exacto. Ve a por tu abrigo.

–Antes de irnos, tengo que preguntarte una cosa, pero tienes que prometerme que no te reirás de mí.

–De acuerdo. Lo prometo.

–Cuando me contaste ayer eso de la mujer del sótano, estabas de broma, ¿verdad?

–Claro que estaba de broma. ¿Por qué? ¿Has vuelto a sentir la mano?

–No. Pero… Al principio pensé que era casualidad… La puerta del sótano ha estado abriéndose sola.

Rob la miró con incredulidad.

–Hablo en serio. Yo la cierro y, cuando vuelvo a mirar un rato más tarde, se ha abierto dos o tres centímetros.

–Probablemente no la cierres bien.

–Sí que la cierro bien.

–Entonces no tendría por qué abrirse.

–¿Estás sugiriendo que no soy capaz de cerrar una puerta?

Eso era más plausible que el hecho de que la puerta se abriera sola.

–Vamos a echarle un vistazo –Carrie le siguió hasta la puerta del sótano, que estaba abierta unos dos centímetros.

–¿Lo ves? –dijo ella–. La he cerrado hace menos de quince

minutos.

Rob cerró la puerta y se aseguró de que tuviera el pestillo echado. Intentó abrirla sin girar el picaporte y no lo consiguió. Era imposible que se abriera sin que alguien lo girase.

–Muy bien –le dijo–. Veamos cómo se abre.

–No funciona así. Antes he estado mirándola como quince minutos y no se ha movido, así que me he marchado. Cinco minutos más tarde, estaba abierta otra vez.

–Entonces, vamos a la otra habitación.

–Tengo que terminar de arreglarme.

–A mí me parece que estás bien.

–Si quieres llevarme, tendrás que esperar.

Rob se quitó el abrigo y se acomodó en el sofá. Pasados unos segundos le pudo la curiosidad. Se levantó y fue a la cocina para mirar la puerta, que seguía justo como la había dejado. Intentó abrirla, pero estaba bien cerrada.

Regresó a sentarse al sofá para esperarla y comprobó la puerta en un par de ocasiones más con el mismo resultado. Seguía cerrada.

Carrie volvió a salir varios minutos más tarde y se puso el abrigo. Si había cambiado algo más en su apariencia, él no se dio cuenta.

–¿Has ido a mirar la puerta? –le preguntó.

–Tres veces. No se ha movido.

–Tenemos que irnos. Quiero salir por la puerta del garaje para llevarme el mando. Si vamos a volver a no ser amigos esta noche después de la fiesta, quiero que metas tu coche en el garaje.

–¿Por qué?

Ella se quedó mirándolo. Obviamente no quería que nadie supiera que él estaba allí.

–Está bien.

Mientras atravesaban la cocina en dirección a la puerta del garaje, Carrie se detuvo tan abruptamente que se chocó con ella.

–Rob, no tiene gracia –dijo mirando hacia la puerta del sótano. En esa ocasión la puerta no estaba abierta dos o tres centímetros. Estaba abierta del todo.

–¿Se abre sola? –preguntó Terri, que parecía tan escéptica como

Rob cuando le había contado lo de la puerta del sótano. Estaban en la cocina de Terri y de Nick con varios de sus amigos, incluyendo a Elana, la hermana de Tony, y a un tipo llamado Mark, que no disimulaba el hecho de que Carrie le parecía atractiva. Era mono dentro de la media y, aunque se había pasado con la loción de afeitado, parecía simpático, aunque ligeramente descarado en cuanto a sus intenciones. Pero, cuando estaba junto a ella, no había electricidad en el aire, el corazón no se le aceleraba y no se le ponía la piel de gallina cuando le tocaba el brazo. En otras palabras, no era Rob.

Carrie ya tenía pensada una excusa para rechazarle en caso de que Mark la invitara a salir, cosa que parecía inevitable.

–¿No ocurría cuando vivías allí? –le dijo a Terri.

–Si ocurría, yo no me di cuenta nunca. Que yo recuerde, la puerta siempre estaba cerrada. Apenas bajo al sótano. Lo uso como almacén.

–Para almacenar ¿qué? –preguntó Elana–. ¿Restos humanos?

–Muebles viejos –respondió Terri.

–¿Muebles encantados? –preguntó Lisa, que trabajaba en el departamento de Nick.

–No que yo sepa. Pero algunos son muy antiguos. Cosas que tenía mi tía en su ático cuando murió. Cosas que llevan en mi familia doscientos años. Dudo que alguna vez las utilice, pero me parecía mal venderlas.

Carrie miró hacia el salón, donde Tony, Rob y una mujer asiática muy atractiva que aún no le habían presentado estaban hablando junto al sofá. La mujer había llegado tarde a la fiesta y, fuera quien fuera, Rob parecía embobado con lo que estaba diciendo.

De pronto, como si hubiera sentido su mirada, Rob la miró y, al ver que ella también estaba mirándolo, sonrió.

Aunque habían llegado juntos, no se habían dirigido más de diez palabras en las dos horas que llevaban allí. Alguna vez, al pasar junto a ella, le había rozado el brazo, y en otra ocasión, al meter la mano en el cuenco de patatas fritas al mismo tiempo, sus dedos se habían tocado. Él le había dirigido aquella mirada y, desde entonces, Carrie no había dejado de pensar en que después regresarían a su casa para pasar toda la noche no siendo amigos.

Le había parecido ver que Rob llevaba con la misma copa desde que habían llegado, hecho que confirmaba lo que Terri le había contado. Ella, por otra parte, iba por su cuarta copa de vino. Cada vez que se terminaba una, Mark se la rellenaba automáticamente.

–¿Y ha ocurrido algo más? –le preguntó Terri.

–Una cosa más. Yo estaba en el garaje y empecé a palpar por la pared en busca del interruptor de la luz. Y entonces sentí que una mano se posaba sobre la mía. Una mano muy fría.

–Vaya –dijo Elana frotándose los brazos–. Me acabas de poner la piel de gallina.

–A mí también –agregó Terri–. Yo nunca experimenté nada parecido y, de haberlo hecho, probablemente me habría mudado. De hecho, si quieres buscar otra casa, lo comprendo.

–La idea de que haya algo o alguien allí es un poco espeluznante –admitió Carrie–, pero no capto vibraciones negativas. No me siento amenazada, ni siquiera asustada.

–¿Has bajado al sótano? –le preguntó Mark.

–No sé si soy tan valiente –confesó.

Él le pasó un brazo por los hombros, sonrió y dijo:

–Yo te protegeré.

Carrie esperó a que apartara el brazo, pero lo dejó allí. No resultaba horrible, solo un poco incómodo. Y nada estimulante sexualmente. Aquello le hizo mirar a Rob, que estaba muy cerca de la mujer asiática. En ese momento se rio de algo que ella dijo y le pasó el brazo por los hombros.

Carrie intentó ignorar los celos que sintió. No era asunto suyo con quién ligara o dejara de ligar Rob en una fiesta. Aunque, tal como iban las cosas, tal vez tomara un taxi a casa y pasara la noche sola. De hecho probablemente fuese mejor que lo hiciera.

–Deberíamos llamar a una médium –propuso Elana–. Como esa que sale en la tele y que habla con los muertos.

–He visto el programa –dijo Terri–. Pero ¿no vive en Nueva York?

–En Long Island –contestó Elana–. Me pregunto si habrá alguna buena en Chicago.

–O tal vez un exorcista –bromeó Mark.

–Sea lo que sea, no creo que sea malo –explicó Carrie, intentó cambiar de posición y notó que Mark se apoyaba con más fuerza en

ella. Miró a Rob, pero este se rio de algo que dijo la otra mujer y le dio un beso en el cuello.

Sí, definitivamente esa noche se había quedado sola. Intentó no sentirse muy decepcionada. En cualquier caso habría acabado el domingo.

–Deberíamos hacer una sesión de espiritismo –sugirió Elana–. ¿Siguen vendiendo tablas de güija? Yo tenía una cuando era pequeña. Hasta que la abuela la encontró y se asustó. Era muy supersticiosa.

–¿Y alguna vez hablaste con los espíritus? –preguntó Lisa.

–Fingíamos que sí para asustarnos entre nosotros, pero estoy segura de que todos movían la cosita de plástico con el dedo.

–Sea lo que sea lo que hay en el sótano, tal vez sea mala idea molestarle –dijo Terri.

–Estoy de acuerdo –añadió Carrie–. No me importar compartir casa, siempre y cuando se quede en el sótano. No me interpondré en su camino si esa cosa no se interpone en el mío.

Tuvo la sensación de que alguien la observaba, pero cuando se giró para mirar a Rob, él estaba centrado en su acompañante. Todo el tema de los fantasmas y lo sobrenatural empezaba a volverla paranoica.

El peso de Mark apoyándose en su hombro no solo resultaba incómodo, sino que empezaba a ponerla nerviosa, y su olor estaba dándole dolor de cabeza. Se agachó por debajo de su brazo.

–¿El baño? –le preguntó a Terri. No tenía ganas, pero necesitaba un par de minutos para relajarse.

–Por el pasillo a la izquierda –respondió Terri–. Y, si ese está ocupado, hay uno en mi despacho y otro en el dormitorio principal, pasando por el vestidor –entonces bajó la voz–. Si Mark te está molestando, dile que te deje en paz. Es un tío decente cuando no bebe. Por desgracia, eso no sucede con mucha frecuencia.

–Gracias, así lo haré.

Mientras caminaba por el pasillo, comenzó a sonarle el móvil. Miró la pantalla y vio que era Alice. Otra vez. Había estado evitando sus llamadas porque se sentía culpable. Hablaría con ella la próxima semana, cuando pudiera decirle con total sinceridad que no estaba acostándose con Rob. Era demasiado complicado de explicar.

El primer cuarto de baño estaba ocupado, así que fue al final del pasillo y se encontró en el dormitorio principal. Atravesó la habitación y el vestidor hasta llegar al baño. Entró y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, alguien desde el otro lado la empujó. Se asustó por un instante al pensar que era Mark, pero fue Rob quien entró.

–Me has asustado –dijo Carrie con una mano en el pecho.

–¿Estabas esperando a Mark? –le preguntó mientras cerraba la puerta tras él–. Parecía que os lo estabais pasando muy bien.

Ella se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

–¿Estás celoso?

–En absoluto, porque ambos sabemos que no es ni la mitad de hombre que yo.

–Tal vez yo crea que sí lo es –dijo ella, pero sus ojos le traicionaron, igual que en la cocina, cuando Mark estaba apoyado en ella.

–No es verdad. Por eso no podías quitarme los ojos de encima.

–¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar fuera hablando con tu novia?

–No te preocupes, ella vendrá en seguida. Habría sido demasiado evidente que desapareciéramos los tres al mismo tiempo.

–Más te vale que sea una broma.

–¿Cuál es el problema? –preguntó mientras caminaba hacia ella con una sonrisa–. ¿No te gusta compartir?

–No tiene gracia.

–Mi novia es Megan.

–Muy bien.

–Megan Caroselli. Mi hermana.

–Ah –contestó ella con aparente confusión.

–Mi hermana adoptiva.

–De acuerdo –dijo Carrie, como si de pronto todo tuviera sentido.

Él se acercó más y la acorraló contra el lavabo.

–Pero me gusta que estés celosa.

–No estaba celosa.

–Me deseas.

–¿Podrías ser más arrogante?

Rob sonrió, le acarició la mejilla con la palma de la mano y

deslizó el pulgar por su labio inferior. Lo único en lo que había pensado desde que se presentara en su casa esa tarde era en quitarle la ropa y llevársela a la cama. Había sido una tortura mantenerse alejado de ella toda la noche, fingiendo que no la deseaba. Y al parecer no había logrado disimular sus sentimientos; al menos frente a su primo Nick.

Nick le había acorralado hacía una hora y le había dicho:

–¿Por qué no vas a hablar con ella?

–¿Con quién?

–Ya sabes con quién. No podéis quitaros los ojos de encima.

–No quiere que la gente crea que estamos liados.

–Cualquiera con ojos y medio cerebro se dará cuenta de que os deseáis. La temperatura de la habitación sube varios grados cuando os acercáis.

Rob no se había dado cuenta de que fuera tan evidente, sobre todo porque llevaba una hora sin mirarla ni acercarse a ella. Sin embargo, resultaba que, cuanto más la ignoraba, más la deseaba.

–No podemos hacer esto aquí –le dijo Carrie. Sin embargo, cuando él se agachó y le besó el cuello, no puso ninguna resistencia–. Alguien puede oírnos.

–No haremos ruido –respondió él–. Hueles bien.

–Rob, para.

Le dio la vuelta para ponerla de cara al espejo.

–Dilo como si lo pensaras de verdad y entonces pararé.

–Lo digo de verdad –le aseguró ella, pero era evidente que no era cierto.

Rob le agarró los pechos y los apretó. Ella gimió y cerró los ojos.

La presionó contra su cuerpo y restregó su erección contra sus nalgas. Al ver que Carrie aún no se entregaba, le deslizó las manos por debajo del jersey. Le quitó el sujetador y, cuando acarició sus pechos desnudos, ella perdió el control. Gimió y levantó las manos para enredarlas en su cuello y tirar de él para besarlo. Rob le levantó la minifalda por los muslos y gimió al ver su trasero desnudo y darse cuenta de que no llevaba bragas.

–No tenía ningunas limpias –dijo ella, cosa que ambos sabían que era mentira.

–Seguro –murmuró él. Deslizó la mano por entre sus muslos y la vio reflejada en el espejo mientras la acariciaba y sus mejillas se

sonrojaban–. ¿Sigues queriendo que pare?

Obviamente Carrie había perdido la voluntad de resistirse, y simplemente restregó sus nalgas contra sus vaqueros.

–Hazlo rápido, antes de que alguien se dé cuenta de que nos hemos ido.

Rob se desabrochó los pantalones, sacó un preservativo que llevaba en el bolsillo y se lo puso. La inclinó sobre el lavabo, le agarró las caderas y la penetró. Ella gritó, echó la cabeza hacia atrás y apoyó las manos en el borde del lavabo para recibir sus embestidas. Nunca antes Rob había sido tan brusco con una mujer. En su cabeza, las mujeres eran criaturas suaves y delicadas que necesitaban la máxima sensibilidad. Pero con Carrie… ni siquiera sabía cómo expresarlo en palabras. Deseaba dominarla y… poseerla. Hacer que gritara de placer, someter su cuerpo y su mente. Su alma. Y, cuanto más se resistía, más decidido estaba a conseguirlo.

Su diferencia de estatura estaba haciendo que se le agarrotaran las pantorrillas y perdiera la concentración. Le dio la vuelta a Carrie, la levantó del suelo y la aprisionó contra la pared junto a la ducha. Ella le rodeó las caderas con las piernas y clavó las uñas en sus hombros mientras la embestía. Murmuraba palabras de aliento como «más fuerte» o «más deprisa», y algunas otras que él nunca habría usado delante de la gente. Le hacía saber lo que deseaba y cómo lo deseaba. Y él no habría podido parar ni aunque su vida dependiera de ello. Un instinto animal y primario se había apoderado de él y le estaba haciendo sobrepasar la barrera del decoro. Deseaba recorrer su cuerpo con las manos, hacer que se retorciera, que gritara y le rogara más. Había estado con muchas mujeres en su vida, pero, hasta la noche en su habitación de hotel, no había sabido que el sexo pudiera ser tan erótico. Que podía no solo desear a una mujer, sino también necesitarla. Cuando estaba a punto de perder el control y alcanzar el éxtasis, Carrie soltó un gemido contra su hombro, comenzó a estremecerse entre sus brazos y le arrastró con ella al clímax. Su orgasmo fue tan intenso que se le quedaron las piernas temblorosas y tuvo que bajarla al suelo por miedo a dejarla caer.

Ambos estaban sudorosos y sin aliento.

–¿Qué es lo que nos pasa? –preguntó Carrie mientras se recolocaba la falda–. Acabamos de tener sexo en el cuarto de baño

de tu primo.

–Lo sé –contestó él mientras se limpiaba y se abrochaba de nuevo los pantalones.

–¿Y no crees que tenga nada de malo?

–Me siento tan confuso como tú.

–¿Y qué vamos a hacer al respecto?

–Bueno, ahora yo voy a regresar al salón. Dentro de un minuto o dos, tú me seguirás. Me dirás que no te encuentras bien y me pedirás que te lleve a casa. Yo me haré el indignado y después nos iremos a tu casa. Y, cuando lleguemos allí, volveremos a hacerlo, pero entonces podremos hacer todo el ruido que queramos.

Carrie se detuvo a pensarlo durante unos segundos, y debió de parecerle buen plan, porque le dio un empujón en dirección a la puerta y dijo:

–¿A qué estás esperando? Vuelve ahí fuera.

La experiencia sexual más intensa de su vida había finalizado oficialmente.

O eso habían acordado Rob y ella esa mañana, antes de que él se fuera a casa para vestirse para ir a trabajar. Ahora, mientras Carrie caminaba desde el taxi hacia el edificio Caroselli, tras pasar casi veinticuatro horas en la cama con él, tendrían que hacer creer a todo el mundo que no eran más que compañeros de trabajo. Al principio no había creído que pudiera ser un problema, porque no le caía bien, cosa que le hacía más atractivo. Por norma no salía con tipos amables. Salía con imbéciles. Hombres que la trataban mal.

Rob parecía tener mucho potencial para ser un cretino, pero entonces todo había cambiado. No solo ardían entre las sábanas, sino que empezaba a sospechar que podía ser un tipo amable. En circunstancias normales, no volvería a verle. Sin embargo, con Rob eso no sería fácil, teniendo que interactuar con él a diario durante los próximos tres meses.

Rob se había ofrecido a recogerla para llevarla al trabajo porque le pillaba de camino, y ella había tenido que recordarle amablemente que no debían verlos juntos fuera de la oficina.

Dennis la saludó cuando pasó frente a él en dirección al ascensor. Cuando llegó a la recepción del tercer piso, Sheila la

saludó con una sonrisa y dijo:

–Rob quiere verte cuanto antes.

–Gracias –respondió ella. ¿Acaso Rob no se daba cuenta de que, hasta que no le diera un lugar en el que trabajar, no tenía otro sitio donde ir salvo su despacho?

Recorrió el pasillo y entró en su despacho externo, donde había una secretaria de aspecto severo. Levantó la mirada del ordenador, la miró de arriba abajo y pareció decidir que no le gustaba, o eso insinuaba con su expresión.

–Adelante, está esperándola.

–Gracias, señorita… –aunque el nombre de la secretaria aparecía bien visible en la placa de su mesa, no le vendría mal romper el hielo.

–Señora White –contestó la mujer con frialdad.

–Es un placer conocerla, señora White. Yo soy Caroline Taylor, pero todos me llaman Carrie.

–Señorita Taylor –contestó la secretaria con un seco asentimiento de cabeza.

Aquella sería un hueso duro de roer, pero Carrie lo conseguiría.

Llamó a la puerta de Rob, entró y se derritió al verlo sentado a la mesa, escribiendo en el teclado del ordenador y con una taza de café humeante junto a él.

–¿Querías verme? –preguntó ella.

Él asintió sin apartar la mirada de la pantalla.

–Enseguida estoy contigo.

Carrie se quedó allí de pie mientras tecleaba un poco más. Solo podía ver la parte trasera del monitor, así que no sabía en qué estaba trabajando. Ni siquiera sabía si se trataba de trabajo.

Cuando Rob pareció quedar satisfecho con lo que había escrito, metió la bandeja del teclado y se levantó.

–Buenos días –le dijo en un tono muy profesional.

–Siento no haber llegado antes –respondió ella–. El taxi ha llegado tarde a recogerme.

–No hay problema.

–¿Qué hay programado para esta mañana?

–Tenemos una reunión dentro de cinco minutos –Rob se fijó entonces en su abrigo, que llevaba colgado del brazo, y en su maletín–. Pero primero te enseñaré tu despacho.

Mientras la conducía por el pasillo hacia la sala de reuniones, el aroma de su perfume resultaba embriagador. Carrie se imaginó que, cuando estuvieran en su despacho, cerraría la puerta y la estrecharía entre sus brazos. La besaría y le diría que no podía quitarle las manos de encima, que no podía vivir sin ella y que se moriría si no podía volver a acostarse con ella.

Cuando llegaron al final del pasillo, Rob giró a la izquierda y señaló la primera puerta a la derecha.

–Es aquí.

No solo no la estrechó entre sus brazos, sino que tampoco entró en el despacho con ella. Esperó en el pasillo mientras echaba un vistazo

–¿Será suficiente? –le preguntó.

Era un despacho más pequeño que el de él, con un escritorio, una librería y un archivador metálico. Las paredes eran blancas y la moqueta gris. No era nada especial, pero sí funcional.

–Está bien.

–Fantástico. Estaré en la sala de reuniones mientras te acomodas.

–Rob, espera –le dijo ella antes de que se diera la vuelta para marcharse.

–¿Sí?

Carrie deseaba decir algo, pero no sabía qué.

–Necesitaré algunas cosas, como la contraseña del wifi, y acceso a una impresora.

–Hablaremos de eso en la sala de reuniones. ¿Algo más?

Sí, había algo más, pero no sabía cómo explicarlo con palabras. No sin parecer patética y desesperada. Se obligó a sonreír y negó con la cabeza.

–No, nada.

–Entonces te veré ahora.

Carrie colgó el abrigo en un gancho situado detrás de la puerta y metió el bolso en el cajón inferior del escritorio. Necesitaría lo que llevaba en el maletín para la reunión, así que se quedó con él.

Nunca antes se había cuestionado su habilidad para realizar su trabajo, pero, mientras caminaba hacia la sala de reuniones, los nervios empezaron a apoderarse de ella. Tal vez la causa fuera su complicada relación con Rob. Sí, habían puesto fin a su relación

sexual, pero seguía habiendo sentimientos. Tardarían algún tiempo en desaparecer por completo. Y tal vez fuera un poco tarde para pensar en eso, pero ¿y si Rob había utilizado los últimos días con ella para descubrir cuáles eran sus debilidades? Tal vez utilizara esa información en su contra para desacreditarle delante de la gente de su departamento.

Era una posibilidad que debería haber tenido en cuenta antes de entregarse a él en cuerpo y alma.

Se detuvo frente a la puerta de la sala de reuniones, convencida de pronto de que había cometido un terrible error. De que, al dejarse dominar por sus emociones, estaba a punto de entrar en su peor pesadilla.

Tomó aliento y entró en la sala con la cabeza alta y los hombros estirados. Rob y tres de sus empleados estaban sentados a la mesa. Su primera sorpresa fue que no estuviera presidiendo la mesa. Su segunda sorpresa fue que todos la recibieran con sonrisas cuando Rob dijo:

–Chicos, esta es Caroline Taylor. Espero que, durante los próximos tres meses, pueda contar con vuestra plena cooperación.

¿Plena cooperación? ¿No iba a hacérselo pasar mal como la semana anterior? ¿Iba a comportarse civilizadamente? ¿Y por qué aquello le hacía parecer mil veces más atractivo?

Sería mejor si se comportara como un imbécil. Aunque era pronto para saberlo. Todavía tenía tiempo de soltarle algún comentario hiriente. Disponía de tres meses enteros para demostrar lo cretino que era realmente.

Le presentó a su equipo: Alexandra «llámame Al»; Lujack; Will Cooper y Grant Kelley. Todos parecían tener veintimuchos años.

–Toma asiento –le dijo Rob señalando a la presidencia de la mesa. Maldición, estaba siendo más amable de lo que pensaba.

En su lugar, Carrie eligió la silla junto a Al y sacó de su maletín lo que necesitaba.

–Primero, me gustaría decir que estoy encantada de estar aquí y deseando trabajar con todos vosotros. Quiero que sepáis que no tengo intención de llegar y hacerme cargo del departamento o de quitarle autoridad a nadie. Creo que el trabajo en equipo es la única manera de cumplir los objetivos, y eso significa que me gusta oír ideas de todos. Las primeras seis u ocho semanas las pasaremos

analizando datos, después hablaremos de nuestros hallazgos y juntos estableceremos un plan viable. ¿Os parece bien a todos?

–¿Tardaremos tanto tiempo? –preguntó Grant con escepticismo.

–Sí, si lo hacemos con precisión. Y tened en cuenta que vamos a retroceder veinte años.

En ese momento hubo miradas de sorpresa.

–¿Por qué tanto? –preguntó Al–. Yo creí que los datos tan antiguos serían irrelevantes.

–En absoluto. Hay muchos factores que hemos de tener en cuenta y no quiero arriesgarme a que se nos pase nada. Aquí se explican mis métodos –les pasó las carpetas que había preparado, donde había resaltado los datos que necesitarían y por qué.

Pasaron varios minutos revisando el material.

–Con la precisión que buscas, recopilar datos tan antiguos podría ser complicado.

–Tengo fe en todos.

–Yo también –añadió Rob.

Pasaron el resto del día en la sala de reuniones y pidieron comida. Carrie no sabía qué tipo de líder sería Rob, pero, a juzgar por lo que había visto hasta el momento, era firme, pero justo, y resultaba evidente que sus empleados le respetaban. Y, aunque tal vez no confiaran en ella, sí confiaban en él. No sabía si Rob confiaba en ella, pero al menos le daba el beneficio de la duda.

Capítulo Seis

La reunión terminó a las seis y todos se fueron a casa, o eso imaginó ella. Pensaba trabajar una hora más e irse a casa, pero cuando volvió a mirar el reloj eran casi las ocho y media.

–¿Piensas quedarte toda la noche?

Sobresaltada, levantó la mirada y vio a Rob apoyado en la puerta, sin la chaqueta y con la corbata aflojada. La sombra de barba en su mandíbula le proporcionaba un aspecto increíblemente sexy.

Probablemente no quedara nadie más en el edificio…

–Creí que todo el mundo se había marchado ya –dijo Carrie. Rob intentó mirarla a la cara y no fijarse en los pechos que asomaban por el escote de la camisa de nailon que llevaba bajo la chaqueta, que estaba colgada en el respaldo de su silla. El traje era completamente diferente al de la semana pasada. Mientras que aquel era insulso y poco favorecedor, este tenía una chaqueta ajustada de cintura estrecha y una falda que le llegaba hasta medio muslo. Llevaba el pelo recogido, pero en esa ocasión parecía más suelto y más sexy. O tal vez fuese igual y él estuviera viéndola de manera distinta.

Resultaba profesional y sexy al mismo tiempo.

Había sido una tortura, pero había logrado no ponerle las manos ni los ojos encima en todo el día. Bueno, tal vez los ojos no, pero se cuidaba de no ser demasiado evidente.

–Yo me quedo aquí hasta las ocho o las nueve casi todas las noches –le dijo Rob.

–No me extraña que no tengas novia –respondió ella cerrando el portátil.

–Me voy a casa y pensé que tal vez querías que te llevara. No hay nadie que pueda vernos juntos en mi coche. A no ser que esa no sea la verdadera razón por la que has rechazado mi oferta esta mañana.

–Claro que es esa la razón –contestó Carrie indignada–. ¿Qué

otra razón podría haber?

Él se encogió de hombros. Esa era la pregunta del millón de dólares.

Carrie había insistido en que debían poner fin a su aventura, que era la única manera de mantener un entorno laboral civilizado y que no tendría problemas con los incómodos sentimientos residuales que pudieran quedar. Porque, aunque admitía que eran buenos en la cama, seguía diciendo que no le caía bien. Pero, cuando él le había preguntado cómo podía acostarse con alguien que no le caía bien, ella había admitido que en realidad no le despreciaba. Tenía la impresión de que le gustaba más de lo que dejaba ver.

Rob podía decir con total sinceridad que nunca había conocido a nadie como ella. Y, dado que sentían una atracción sexual tan intensa y ninguno buscaba un compromiso más allá del dormitorio, no entendía por qué no podían seguir tonteando durante los tres meses que ella estuviera allí, o hasta que se cansaran el uno del otro. Pero había decidido cumplir sus deseos y mantener la distancia. En su mayor parte.

–Si no hay otra razón, entonces no puedes negarte a que te lleve a casa.

–Supongo que no pasaría nada, siempre y cuando solo sea eso.

–¿Qué más iba a ser?

Ella le dirigió aquella mirada incrédula.

–En ese caso, te veré en el ascensor dentro de diez minutos.

–Que sean quince –dijo él, solo para hacerse el difícil.

–De acuerdo, quince –convino Carrie.

Rob regresó a su despacho y terminó algunas cosas. Unos veinte minutos más tarde, se dirigió hacia el ascensor. Ella ya estaba allí esperándolo, pero no resaltó el hecho de que llegara tarde, aunque era evidente que deseaba hacerlo.

Bajaron en el ascensor hasta el garaje y, cuando se abrieron las puertas, les recibió una ráfaga de aire frío.

–Creo que nunca me acostumbraré a este frío –dijo ella con un escalofrío.

–Prueba a llevar gorro –sugirió él–. E invierte en unas buenas botas.

–Puede que lo haga –contestó ella mientras caminaban hacia el

coche, que resultaba fácil de distinguir ya que era el único que quedaba allí.

Una vez dentro, con los cinturones puestos y el motor en marcha, Carrie se volvió hacia él.

–Quería darte las gracias por lo de hoy.

–No hay de qué –respondió él mientras se dirigía a la salida–. ¿Qué es lo que he hecho hoy?

–Has mostrado aceptación cuando he entrado en la sala de reuniones y has confiado en mí. Al hacerlo, el equipo trabajará mejor. Ha sido muy amable por tu parte.

–No lo he hecho para ser amable –respondió él. Lo había hecho para acostarse con ella.

–Fuera o no a propósito, lo has conseguido.

–Sigo sin estar convencido de que no sea una gran pérdida de tiempo y de dinero. Tus métodos…

–Nunca me han fallado. Pregúntales a mis anteriores clientes.

–Sin embargo –continuó él–, estás aquí y es evidente que no vas a marcharte hasta que termines el trabajo, así que no hay razón para no cooperar.

–Para ser sincera, es un poco molesta.

–¿El qué?

–Tu amabilidad.

–Podría comportarme como un imbécil si eso te hace feliz.

–Esa es la cuestión. No creo que sepas actuar como un imbécil.

–¿Y eso te molesta?

–Un poco.

Rob la miró como si creyera que estaba un poco loca. Tal vez mucho.

–Entonces, ¿prefieres a los hombres que no son amables?

–Yo no he dicho eso. He dicho que tu amabilidad es molesta. Probablemente porque no estoy acostumbrada a ella. Salgo con muchos imbéciles.

–¿Y por qué haces eso?

Ella se encogió de hombros.

–Simplemente lo hago. Son el tipo de hombres que me atraen por naturaleza. Es un rasgo heredado. Con excepción de mi padre biológico, mi madre tenía muy mal gusto con los hombres, y también su madre.

–¿Por qué crees que es eso?

–Creo que el alcohol no ha ayudado. Aunque mi abuela lleva sobria desde que yo era pequeña.

–¿Y tu madre?

–Ella bebe todos los días. Mi padre murió en la Guerra del Golfo, y ahí fue cuando mi madre empezó a beber de verdad. Por mucho que la quiera, siempre ha sido muy frágil. Cuando perdió a mi padre, no pudo soportarlo. Terminamos mudándonos a vivir con mi abuela porque mi madre no podía estar sola. Se iba al bar después de cenar y se quedaba hasta la hora del cierre. Dormía hasta que yo volvía a casa del colegio. Luego, después de la cena, otra vez al bar. Fue así hasta que conoció a mi padrastro, Ben. Era mayor que ella, con una exmujer y dos hijos adultos en Arizona.

–¿Y era un imbécil? –preguntó Rob.

–Al principio era una bendición divina. Cuidaba de mi madre y me prestaba atención a mí. Me llevaba al cine y a comer helado, y me ayudaba con los deberes. Llevaban juntos solo un mes cuando nos fuimos a vivir con él. Fue entonces cuando las cosas empezaron a cambiar.

–Deduzco que a peor.

–Él también era alcohólico, pero en activo. Solo bebía después del trabajo y los fines de semana, pero, cuando bebía, bebía mucho. Y era un borracho malo. Lo descubrí la primera vez que le respondí.

–¿Qué te hizo?

–Me dio en la boca.

–¿Te pegó?

–Fue con el revés de la mano, lo justo para que me escociera un poco. Pero, como seguramente ya hayas notado, no soy de las que se guardan las opiniones, así que ocurría con frecuencia.

–¿Y tu madre no se lo impedía?

–Lo intentó una vez, pero se enfadó tanto que nunca volvió a decir nada.

–¿A ella también le pegaba?

–No era necesario. Hacía lo que le pidiera sin rechistar. Supongo que, en ese aspecto, era la esposa perfecta.

–¿Se lo contaste a tu abuela?

–No. Se quedó muy aliviada cuando apareció Ben. Estaba enferma con frecuencia y no tenía energía ni paciencia para cuidar

de mi madre. Pensaba que Ben era un ángel caído del cielo. Yo sabía que, si le contaba cómo era realmente, se preocuparía. Pensaba que podía manejarlo yo sola. Y normalmente lo conseguía. Mi bocaza hacía que tuviera problemas con mis profesores en ocasiones, pero era una estudiante excelente. Fue mi manera de salir de allí.

–¿Así que te quedaste hasta que te graduaste?

–No exactamente. Cuando tenía dieciséis años, Ben y yo tuvimos una pelea terrible. Llegué a casa tres horas más tarde del toque de queda un día de diario y me recibió en la puerta.

Rob frunció el ceño, como si esperase algo desagradable.

–¿Y?

–Nos dijimos cosas y yo me dejé llevar por mi boca, como de costumbre. No negaré que le dije algunas cosas horribles. Aunque todo era cierto. Él estalló. Me dio una bofetada con la mano abierta. Se me partió el labio y me quedó la marca de su mano en la cara. Le dije que iba a llamar a la policía. Él sabía que había ido demasiado lejos, así que se montó en su coche y se fue. Estuvo fuera toda la noche. La policía apareció en torno a las seis de la mañana y nos dijo que había tenido un accidente. Se estrelló contra un árbol y murió en el acto. Había una botella de alcohol abierta en el coche, así que dieron por hecho que había sido por los efectos del alcohol, pero después la autopsia reveló que había sufrido un ataque al corazón. Y además tenía cirrosis avanzada. Habría muerto en un par de años de todos modos.

–¿Cómo se lo tomó tu madre?

–Sorprendentemente bien. Ayudó el medio millón de dólares que le pagó el seguro. Además Ben tenía otros cincuenta mil dólares en inversiones. Mi madre vendió la casa, se compró otra junto a la playa y, que yo sepa, ahora es feliz.

–¿Que tú sepas?

–Como puedes imaginar, hay mucho resentimiento por mi parte y, tal como soy yo, me cuesta ponerle filtro. Así que, cuando hablamos, ella acaba sintiéndose culpable y eso le hace beber más. Lo cual hace que yo me sienta mal. Ambas estamos mejor si no hablamos mucho y, cuando lo hacemos, mantenemos conversaciones cortas. No es la situación ideal, pero nos funciona.

–Yo no podría imaginarme sin hablar con al menos uno de mis

padres a diario –comentó Rob mientras se detenía en un semáforo–. Pero supongo que eso es lo que tiene formar parte de un negocio familiar.

–¿Hace cuánto tiempo que trabajas para Chocolate Caroselli?

–Prácticamente desde que nací. Pero no me contrataron oficialmente hasta que cumplí los trece años y empecé a trabajar a media jornada en una de las tiendas. Cuando terminé la universidad, me trasladé a las oficinas centrales.

–¿Qué hacías entonces?

–Comencé en la sala del correo, después ascendí al departamento de marketing.

–¿Tenías una titulación en Marketing y te pusieron a trabajar con el correo?

–Todos los miembros de la familia pagan sus deudas. No hay tratos especiales y es un negocio muy competitivo. Eso incluye el salario. Yo podría dejar la empresa y entrar en una empresa de marketing cobrando casi el doble. La mayor parte del dinero la gano con las acciones.

–¿Hay alguien en la familia que no trabaje en la empresa?

–Christine, la hermana de Tony, es madre y ama de casa. Lo mismo pasa con Jessica, la hermana de Nick, pero ambas ayudan en las tiendas cuando les falta personal, o en las fiestas en las que se vende chocolate.

–Navidad, Acción de Gracias, Halloween, Semana Santa y San Valentín –supuso ella.

–Eso es.

–Hago mis deberes. Te sorprendería saber lo mucho que sé de la industria chocolatera.

Rob aparcó frente a la entrada de su casa y enseguida Carrie se dio cuenta de que algo pasaba. Le llevó varios segundos darse cuenta de lo que era.

–La luz del salón está encendida.

–Es verdad. ¿La tienes con temporizador?

–No. Y no estaba encendida cuando me he marchado esta mañana.

–¿Estás segura?

–Claro que estoy segura –contestó ella mientras sacaba del bolso el mando de la puerta del garaje–. Pensaba salir por el garaje, así

que dejé la luz de la cocina encendida.

–Tal vez la haya encendido el fantasma –murmuró él, y se encogió de hombros al ver su mirada reprobatoria–. O tal vez no.

–Sé que te parece divertido, pero no lo es.

Probablemente fuera un ladrón, lo cual le daba más miedo aún.

Apretó el botón de la puerta del garaje, pensando que, fuera quien fuera, al oírlo saldría corriendo por la puerta.

Pero no salió nadie. Aun así, le daba miedo entrar en la casa. ¿Y si había alguien allí esperándola? Alguien demasiado estúpido como para apagar la luz que podría alertarla de su presencia. El hecho de que fuera estúpido no significaba que no fuera peligroso.

–Pareces preocupada –dijo Rob.

–¿Tú no lo estarías?

–No, si tuviera un *poltergeist* viviendo en mi sótano. ¿Quieres que entre contigo por si acaso?

Carrie vaciló un instante. Lo último que quería era que Rob entrara en su casa y esparciera su atractivo por todas partes. Cierto, había sido un caballero durante todo el día, pero ¿y si decidía que aquella relación platónica ya no le satisfacía e intentaba algo con ella?

Pero ¿y si dentro de la casa había un psicópata esperándola para hacerla pedazos y dárselos de comer a su serpiente pitón? ¿Qué era peor? ¿La muerte y mutilación o un sexo maravilloso?

Difícil pregunta.

–¿Te importaría? –le preguntó–. Solo por si acaso.

–Si me importara, no me habría ofrecido. Aunque, si realmente hubiera alguien ahí, al oír la puerta del garaje se habría asustado.

–Creo que no estoy dispuesta a correr ese riesgo.

–Vamos –apagó el motor y ambos salieron del coche–. Deja que yo vaya primero –dijo mientras atravesaban el garaje. Ella se mantuvo pegada a él, tan cerca que, cuando se detuvo, estuvo a punto de chocarse contra su espalda–. La llave.

–Ah, sí –Carrie buscó en el bolso y sacó la llave. También sacó el móvil, por si acaso tenía que llamar a la policía.

Rob abrió la puerta. La luz de la cocina estaba encendida, como ella la había dejado, y por supuesto la puerta del sótano estaba abierta. Siguió a Rob hasta dentro y la cerró al pasar. Aunque no fuese a servir de nada. Cuando volviera a pasar, se habría abierto de

nuevo.

Al entrar en la cocina, lo primero en lo que se fijó fue en la botella de vino medio vacía abierta sobre la encimera.

–¿Has dejado tú eso ahí? –preguntó Rob.

–Sí, claro. Siempre me tomo una copa de vino para desayunar. Estaba en el frigorífico.

Rob se quitó uno de los guantes de cuero y tocó la botella.

–Sigue fría.

¿Quién iba a colarse en su casa para beberse una copa de vino?

–Supongo que no has empezado a fumar –dijo él.

–Pues no, ¿por qué?

Señaló hacia la mesa de la cocina, donde había un paquete de tabaco y un Zippo de plata. Hacía unos ocho años que no veía aquel mechero. Suspiró aliviada al saber que no corrían peligro. Al menos él. Pero ella sospechaba que estaba a punto de enfrentarse al sermón de su vida.

–¡Alice! –gritó–. Ven aquí.

¿Alice?

Rob se quedó mirándola. ¿Quién diablos era Alice?

Antes de que pudiera preguntarlo, apareció en la puerta de la cocina una mujer. Era casi tan alta como él y extremadamente delgada. Era más llamativa que guapa; el tipo de mujer que destacaría entre una multitud.

–Rob, esta es mi mejor amiga, Alice –explicó Carrie. Recordó que había mencionado a una amiga con ese nombre el día de la cafetería, pero no sabía que viviera en Chicago.

–¿Rob? –preguntó Alice–. ¿Rob Caroselli, también conocido como mister Nochevieja?

–El único e inimitable –respondió él y, cuando se acercó para ofrecerle la mano, se dio cuenta de que caminaba con una ligera cojera.

–¿Qué estás haciendo aquí? –preguntó Carrie.

–No te localizo desde hace días y daba por hecho que te proponías algo, lo cual… –miró directamente a Rob– obviamente es cierto.

–Acaba de traerme a casa. Todavía no he podido alquilar un

coche.

–¿Y siempre te acompaña hasta dentro?

–¡Pensábamos que alguien se había colado! Y, por cierto, ¿cómo has entrado?

–¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? –preguntó Alice–. Siempre guardas una llave de repuesto cerca de la puerta. Solo era cuestión de encontrarla.

Rob se quedó mirándola.

–¿Guardas una llave de repuesto junto a la puerta de entrada?

Ella negó con la cabeza y dijo:

–Ahora no, por favor.

–Me lo prometiste –dijo Alice cruzándose de brazos.

Rob se preguntaba a qué se referiría.

–Veo que has vuelto a fumar –respondió Carrie.

–Me han dejado –contestó Alice–. ¿Cuál es tu excusa?

Fuera lo que fuera a lo que se refería, parecía que Carrie no tenía excusa. O no se le ocurría ninguna.

–Ya me lo parecía a mí –continuó Alice–. Obviamente necesitas supervisión.

–Se acabó –contestó Carrie antes de mirarle–. Dile que se acabó.

Rob se quedó mirándolas y, aunque creía saber de lo que estaba hablando, dijo:

–Me niego a contestar porque eso podría incriminarme.

–¿De verdad Rex te ha dejado? –preguntó Carrie.

–Supongo que debería haberlo visto venir –respondió su amiga con un golpe de melena–. Nunca estaba en casa. Y, cuando estaba, era como si no estuviera. Cuando le dije que mi carrera de modelo se había acabado oficialmente, debió de pensar que se había acabado lo de la gallina de los huevos de oro.

–¿A qué te refieres con que se ha acabado? –preguntó Carrie–. Creí que solo necesitabas tiempo para que se te curase.

–Puede que estuviera siendo demasiado optimista cuando te lo conté. Dijeron que cabía una mínima posibilidad de que no recuperase toda la movilidad. Pero la fisioterapia no me está ayudando y el médico cree que tendré que volver a operarme.

–Oh, cariño –dijo Carrie mientras se quitaba el abrigo–. Lo siento mucho.

–Sigo pudiendo hacer trabajo de catálogo y de cara, siempre y

cuando no pase demasiado tiempo de pie o se me hinchará el tobillo izquierdo.

Carrie se giró hacia él.

–Alice es una modelo de pasarela con mucho éxito.

–Era –dijo Alice.

–¿Cuánto tiempo te quedarás?

–Supongo que eso depende del tiempo que quieras que me quede.

–Quédate todo lo que quieras. Puedo convertir el despacho en un dormitorio.

–No tienes por qué. Puedo dormir en el sofá. Será como cuando estábamos en la universidad. ¿Vamos a volver a usar la cinta del pelo? –preguntó mirando a Rob de arriba abajo.

–¿La cinta del pelo? –preguntó él.

–Cuando éramos compañeras de habitación, teníamos un sistema –explicó Carrie–. Si una de nosotras llegaba con un chico, poníamos una cinta del pelo en la puerta. Pero aquí no necesitaremos la cinta del pelo porque, como ya he dicho, se ha acabado. ¿Te importa decirle a Alice que se ha acabado?

–¿Así que te llevabas a muchos chicos a la habitación cuando estabas en la universidad?

–Así no me ayudas –contestó ella frustrada.

–No sé –intervino Alice–. Ahora que le veo, tal vez debas volver a acostarte con él. Podría ser mucho peor.

–Cierto –admitió Carrie–. Pero es… amable.

La mirada horrorizada de Alice indicaba que tenía las mismas ideas distorsionadas sobre los hombres que Carrie.

–Creo que iré a maltratar a algún gatito o algo –murmuró él–. Alice, ha sido un placer conocerte. Carrie, te veré mañana en el trabajo.

–Gracias por entrar conmigo –dijo ella mientras le acompañaba al garaje. Rob recordaba que ella había cerrado la puerta del sótano al entrar y, sin embargo, estaba abierta de nuevo.

–No hay de qué. ¿Estás segura de que no quieres que te recoja mañana por la mañana?

–Estoy segura, gracias.

Deseaba darle un beso de despedida, pero no lo hizo. Aunque estaba seguro de que no se habría quejado. Pero la próxima vez iba

a ser ella la que se le lanzara y, cuando estuviera lista, lo haría. Solo debía tener paciencia.

Una cosa estaba clara: tener cerca a alguien como Alice iba a ser muy interesante.

De camino a la sala de descanso para tomar un café, Carrie tenía que pasar por delante del despacho de Rob y, aunque se había prometido a sí misma que no iba a esforzarse por verlo a no ser que fuera completamente necesario, le parecía una descortesía no pasar a darle las gracias por entrar con ella a casa la noche anterior.

De modo que, en vez de recorrer el pasillo directamente, giró a la derecha y entró en el despacho externo, donde se sentaba la señora White. Solo que no era la señora White la que se encontraba allí aquel día. Aquella mujer era mucho más joven, de unos cuarenta y pocos años, y muy guapa. Tal vez la señora White estuviese enferma y ella estuviera sustituyéndola.

–Busco a Rob –le dijo Carrie.

–Ya somos dos –contestó la mujer con un ligero acento francés–. ¿Nos peleamos por él?

Carrie parpadeó.

En ese momento sonó el teléfono de la mesa y Carrie esperó a que contestara, pero lo ignoró.

–Tenía que hablar con él un momento –continuó Carrie–. Puedo volver más tarde.

–¿Eres Caroline Taylor? –preguntó la mujer.

–Así es.

–He oído hablar mucho de ti. ¿Has venido a salvar la empresa?

–Lo voy a intentar. Cuando vea a Rob, dígale que… bueno, da igual. No era importante.

–Solo estaba bromeando. Está con su padre. Volverá en cualquier momento –señaló una silla situada frente al escritorio–. Siéntate y le esperamos juntas.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, Rob entró en la habitación.

–Ah, hola. Veo que ya os conocéis.

–Bueno, de hecho no…

–¿Tu padre ya está listo? –le preguntó la mujer.

–Ha dicho que necesita unos minutos más.

–Siempre son unos minutos más –dijo ella con un suspiro–. Maridos, siempre te hacen esperar.

¿Maridos? Si Demitrio era su marido, entonces ella era la madre de Rob. Carrie nunca lo habría imaginado de una mujer tan rubia.

–Perdona, ¿querías algo? –le preguntó Rob.

–No.

«Entonces, ¿por qué estás aquí?», pareció querer decir con la mirada.

–Solo quería hablar contigo un momento. No es nada que no pueda esperar –de hecho no debería haber ido a su despacho.

–Podéis hablar –les dijo la madre de Rob poniéndose en pie–. Creo que iré a ver si puedo arrancar al padre de Robby de su trabajo. Ha sido un placer conocerte –le dijo a Carrie mientras le daba la mano. Después le dio un beso a Rob en la mejilla y se fue.

–Deduzco que era tu madre –comentó Carrie aun a riesgo de quedar como una idiota.

–¿No te ha dicho quién era?

–Me ha preguntado si quería pelearme por ti.

Rob sonrió y negó con la cabeza.

–Tiene un curioso sentido del humor.

De pronto a Carrie se le pasó una idea terrible por la cabeza. Si la madre de Rob sabía quién era ella, ¿sabría también lo que habían hecho?

–No lo sabe, ¿verdad?

–¿Saber qué?

–Lo de Nochevieja –contestó ella en voz baja, por si acaso había alguien en el pasillo–. Lo nuestro.

–¿De verdad crees que le cuento a mi madre mis conquistas sexuales?

–No sé… espera. ¿Conquista sexual? ¿Es eso lo que era?

–Ya sabes a lo que me refiero, y no, no le he contado nada.

–Perdona. Pensaba que los franceses eran más abiertos con esas cosas.

Rob se sentó en el borde del escritorio.

–No es francesa. Es de Quebec.

–Lo mismo me da que me da lo mismo.

–Da igual. La cuestión es que no se lo he contado. Nunca le

cuento esas cosas. Que yo sepa, sigue pensando que soy virgen.

–Estoy segura de que sabe que no lo eres.

–¿Me has dicho el motivo de tu visita? Porque recuerdo que dijiste que, cuando estuviéramos en el trabajo, debíamos fingir que no nos caemos bien. ¿Has cambiado de opinión? ¿Habías venido a ver si podíamos no ser amigos un rato?

–Era algo relacionado con el trabajo –contestó ella, aunque la otra opción sonaba muy tentadora–. Pero se me ha olvidado lo que era.

–Creo que me echabas de menos.

–Ya te gustaría –dijo Carrie, y odiaba el hecho de que llevara razón.

–Bueno pues, cuando te acuerdes de lo que era, ya sabes dónde encontrarme. O para cualquier otra cosa que necesites de mí.

–Gracias –dijo ella.

Rob estaba sentado a la mesa de reuniones tres días más tarde con Will y con Al, esperando a Carrie y a Grant para poder hablar de los datos recopilados y pensando en lo que habían dicho Carrie y Alice sobre los tipos amables. No sabía por qué aquello le molestaba tanto, pero seguía intrigándole.

–¿Vosotros diríais que soy tipo amable? –les preguntó a Will y a Al.

–Claro –respondió Will.

–Eh… –dijo Al–. No estás mal.

Rob la miró fijamente.

–Estoy de broma. Claro que eres amable.

–¿Y en qué circunstancias consideraríais que eso es algo malo?

–¿Por qué iba a ser algo malo? –preguntó Al.

–Eso es lo que yo me pregunto –respondió él–. ¿Por qué una mujer iba a preferir salir con un imbécil antes que con un tipo amable?

–¿Tiene esto algo que ver con Carrie? –preguntó Will.

–¿Por qué dices eso?

–Por vuestra aventura.

–¡Will! –exclamó Al dándole un empujón.

–¿Nick o Tony os han comentado algo? –les preguntó Rob tras

recuperarse de la sorpresa.

–No les hizo falta –contestó Al.

–Sí –convino Will–. Es más que evidente.

–¿Evidente por qué? Si apenas nos dirigimos la palabra.

–Exacto –le dijo Will.

–Lo que creo que Will intenta decir es que Carrie y tú os esforzáis demasiado por hacer que os caéis mal. Pero, cuando os miráis…

–¿Qué?

–Sube la temperatura.

Antes de que Rob pudiera confirmar o negar sus sospechas, entró Grant aún con el abrigo puesto.

–Perdón por llegar tarde. El tráfico es un infierno esta mañana.

–No importa –contestó Al–. Carrie todavía no ha llegado.

–De hecho ha entrado justo detrás de mí, así que llegará en cualquier momento –Grant se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla–. Probablemente haya pasado antes por su despacho.

–Estábamos hablando de la aventura de Rob y Carrie –le dijo Will.

–¿Qué pasa con eso? –preguntó Grant mientras tomaba asiento.

En respuesta a la cara de sorpresa de Rob, Will dijo:

–Como ha dicho Al, sube la temperatura.

Si tan evidente les resultaba a ellos, ¿qué opinarían los demás?

–¡Buenos días! –dijo Carrie al entrar por la puerta, y todos se quedaron callados. Dejó su café y su carpeta sobre la mesa y se sentó.

–¿Ocurre algo? –preguntó al darse cuenta de que nadie hablaba.

Nadie parecía saber qué decir. Incluido Rob.

Así que dijo lo peor que podría haber dicho dadas las circunstancias.

–Al parecer todos aquí saben que tenemos una aventura.

–¿Perdón? –preguntó ella.

–No solo nosotros, Rob –aclaró Al–. Básicamente todo el mundo lo piensa.

–¿Por qué iba a pensar eso la gente? –preguntó Carrie.

–Estoy seguro de que no te has hecho tú misma el chupetón del cuello –dijo Will.

–¡Will! –exclamó Al.

Carrie se llevó la mano al cuello y miró a Rob.

–Debo de haberme quemado con el rizador de pelo –contestó ella, pero era evidente que nadie se lo creía.

–Incluso aunque no fuera por eso, el cambio de actitud de Rob ha hecho que resulte evidente –comentó Will.

–¿El cambio de actitud?

–No era ningún secreto que al principio pensaba que no necesitábamos tus servicios –explicó Will–. Pero de pronto parece encantado de tenerte aquí.

Carrie se quedó muy quieta y se puso roja. Rob sabía lo que Will estaba insinuando, igual que lo sabía Al, la cual le dio un codazo a su compañero.

Will se limitó a encogerse de hombros, como si no supiera lo que había dicho.

–El descerebrado de mi compañero –le dijo Al a Carrie– no pretende insinuar que intentabas ganarte el favor de Rob acostándote con él. ¿Verdad, Will?

–Oh, Dios… Carrie, no. No era eso lo que quería decir –le aseguró Will, que se había quedado pálido–. En absoluto.

–No te preocupes –le dijo Carrie, pero Rob se dio cuenta de que habían herido sus sentimientos y su orgullo.

–No habíamos visto a Robby tan feliz en mucho tiempo –intervino Grant–. Simplemente dimos por hecho que tendría algo que ver contigo, ya que tu presencia es lo único que ha cambiado en su vida. Me disculpo profundamente si hemos sido impertinentes.

–Entonces dejad que os diga que Rob y yo no estamos teniendo una aventura –contestó Carrie con aparente calma, aunque se notaba la ira contenida en su voz.

–Por favor, ¿podríais dejarnos unos minutos a solas? –preguntó Rob.

–Desde luego –contestó Al, y prácticamente salieron corriendo de la sala.

Rob se puso en pie, cerró la puerta tras ellos y, cuando se volvió de nuevo hacia la mesa, Carrie estaba levantada junto a la ventana, mirando a la calle.

–Bueno –dijo–, eso ha sido increíblemente humillante.

–Lo siento mucho. No debería haber dicho nada.

–No, me alegra que lo hayas hecho. Siempre es bueno saber que la gente se ríe a tus espaldas.

–No es eso lo que estaban haciendo.

–¿Lo entiendes ahora? –preguntó mientras se daba la vuelta para mirarlo–. ¿Ves por qué no quería que nadie lo supiera?

–Sinceramente no creo que Will quisiera decir eso. Tiene la tendencia de ser un poco bocazas.

–Tal vez no quisiera decir eso ahora, pero sabes que en algún punto todos lo han pensado. Así funcionan los negocios para una mujer de éxito. Nadie se cree que hayas llegado aquí por mérito propio.

–Eres muy buena en tu trabajo, y todo el mundo lo sabe. Me han dicho que es evidente que hay química entre nosotros, y es así como lo supieron.

–Fantástico –contestó ella.

–Tienen razón.

–Ya sé que la tienen. Y no podemos hacer absolutamente nada al respecto.

–Lo sé –si realmente le importaban sus sentimientos, si se preocupaba por ella, daría marcha atrás. Y eso era justo lo que pensaba hacer. Aunque fuese una pena, porque sinceramente pensaba que podrían haber tenido algo realmente bueno si Carrie pudiera bajar la guardia. Tal vez incluso pudiera haber acabado siendo la madre de su heredero de quince millones de dólares.

–Aún podríamos ser amigos –dijo él.

–No, no podemos, porque la gente siempre se preguntará si hay algo más.

–Entonces ¿qué? ¿Tanto importa lo que piense la gente?

–A mí sí me importa. Sé que a ti te parecerá una tontería, pero yo no puedo evitarlo. Soy complaciente. Va en mi naturaleza. No espero que alguien como tú lo entienda.

–¿Alguien como yo?

–Tú eres rico, guapo y tienes éxito. Además eres simpático. Y fantástico en la cama. Eres lo más cercano al hombre perfecto que he conocido jamás. ¿Tienes idea de lo mucho que intimida eso? ¿De lo inferior que me hace sentir?

–Eso es ridículo.

–Sí, lo es. Y lo sé, pero es como me siento.

–No –dijo él sacando su cartera–. Lo que quiero decir es que es ridículo pensar que soy perfecto. No lo soy. Ni de lejos.

Sacó un montoncito de fotos que siempre llevaba encima. Las fotos que miraba cada vez que se veía tentado a llevarse algo poco saludable a la boca o saltarse el entrenamiento matutino. Era una manera de recordar lo lejos que había llegado, y lo poco que deseaba volver a ser aquella persona patética.

–Mira –le dijo ofreciéndole las fotos–, ese niño no es perfecto.

Mientras las miraba, Carrie se quedó con la boca abierta.

–Dios mío, ¿este eres tú?

–Robby el orondo. Así es como me llamaban.

–Estabas…

–¿Gordísimo?

–Yo iba a decir regordete.

–No. Hasta que empecé la universidad, pesaba entre diez y veinte kilos de más. Estaba gordo.

–¿Metabolismo lento?

–No. Me gustaba la comida. Aún me gusta. Pero por entonces no tenía autocontrol y no me interesaba el ejercicio. Era el chico impopular y fuera de lugar con el que se metían en el colegio y al que elegían el último en clase de gimnasia. En el instituto aprendí que podía hacer que los demás se rieran conmigo contando chistes sobre mi peso, lo cual no hacía que me sintiera menos triste. Pero convencí a mi familia y amigos de que estaba feliz de ser así. Fingía que no me importaba que las chicas que me gustaban salieran con mis amigos, mientras que conmigo solo querían ser amigas.

–Pero sí que te importaba.

–¿A qué adolescente no le importa?

–¿Alguna vez intentaste perder peso?

–Supongo que siempre estaba intentando perder peso. Siempre había alguna nueva dieta relámpago que probar. Me iba bien durante unas semanas, perdía cinco o siete kilos, pero siempre volvía a los malos hábitos y engordaba de nuevo. Me odiaba a mí mismo por ser tan débil. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que las dietas no funcionan. De que siempre fracasaría y de que perder peso significaría cambiar por completo mi estilo de vida. Volverme sano.

–Y mírate. Tienes un cuerpo asombroso. Debes de estar

orgulloso.

–Desde luego que sí, pero el trabajo no termina cuando llegas a tu peso ideal. No hay un solo día en el que no me esfuerce. El niño gordo y patético sigue ahí dentro.

–El exterior no cambia lo que eres por dentro. Eso es lo que importa.

–Dime una cosa con sinceridad. Si nos hubiéramos conocido en el instituto y yo tuviera el aspecto de entonces, ¿habrías estado interesada en salir conmigo?

–Ya te he dicho que solo salgo con imbéciles. Pero, si decidiera juzgar a la gente por su apariencia o su peso, ese sería mi problema, no el de ellos. Y perdón por juzgarte y decir que eres perfecto antes de saber toda la historia.

–Me han llamado cosas peores.

–Te das cuenta de lo buen tipo que eres, ¿verdad? Y no hablo solo del físico. Lo tienes todo. Y te lo dice alguien que ha conocido a muchos idiotas. Sería la mujer más afortunada del mundo si estuviera contigo.

–Y aun así no vas a estar conmigo.

–La verdad es que te mereces algo mejor. Al final yo la fastidiaría. Siempre lo hago. Te haría daño y no quiero que eso ocurra.

Para ser una mujer tan sensata, que parecía saber lo que deseaba, su falta de seguridad en sí misma era asombrosa. Y lo último que deseaba era ser responsable de que se sintiera peor aún.

–Me encargaré de que todos sepan la verdad sobre nuestra relación –le dijo–. No creo que nadie se meta contigo por eso, pero, si alguien lo hace, me encargaré de ello.

–Eso solo empeorará la situación. Si hay algún problema, me encargaré yo.

–Lo que tú quieras. ¿Les decimos a los demás que entren para empezar la reunión? A mi padre y a mi tío Tony les gustaría que les enseñáramos algo al final del día, y no quiero fastidiarles en este momento.

–Probablemente no sea asunto mío –dijo ella–, pero noto que hay muchas discrepancias entre tu padre y tu tío Tony.

–Siempre ha habido cierta animosidad entre mis tíos y mi padre, pero, en los últimos dos meses, no sé. Algo pasa. Mi padre no hace

más que decir que no ocurre nada, pero es evidente que mi tío Tony y él están mal.

–¿Por qué hay animosidad, si no te importa que te lo pregunte? Las relaciones familiares disfuncionales son mi especialidad.

–Cuando mi padre era pequeño, era la oveja negra de la familia. Siempre se metía en problemas en el colegio y después con la ley. Mi abuelo Giuseppe vino de Italia y se trajo consigo muchos valores tradicionales. Mi padre se rebelaba contra todos ellos y no quería saber nada del negocio familiar. Al final el abuelo se hartó. Cuando mi padre tenía veinticinco años, fue arrestado después de una pelea y el abuelo le dio a elegir: o la cárcel o se alistaba en el Ejército. Y eligió el Ejército.

–Es evidente que a tu padre le vino bien.

–Sin duda. Fue a la universidad y fue el primero de su promoción. Después vino a trabajar a Chocolate Caroselli y la cosa mejoró. Cuando el abuelo se jubiló, nombró a mi padre presidente ejecutivo, lo cual a sus hermanos no les gustó. Además siempre ha habido cierta tensión añadida entre mi padre y Tony. Cuando mi padre se fue al Ejército, Tony se casó con su novia, Sarah.

–Vaya.

–Sí. La historia de mi familia no es muy alegre.

–Suele pasar. Pero, con lo unida que está tu familia, estoy segura de que todo se resolverá.

Rob esperaba que tuviese razón. O todo aquello por lo que su abuelo había trabajado podría derrumbarse a su alrededor.

Capítulo Siete

A Carrie le encantaba su trabajo. Desde que era consultora, rara vez se había levantado por la mañana temiendo la jornada laboral, aunque en el pasado había habido ciertos individuos con los que temía trabajar.

Normalmente lo que le gustaba era el desafío de salvar la empresa. Resolver el misterio. Pero en las últimas dos semanas había empezado a darse cuenta de que, en esa ocasión, era más que eso. En esa ocasión se preocupaba por las personas que trabajaban en la empresa. Era como una gran familia y, por mucho que intentara mantener la distancia, la habían arrastrado con ellos.

Como compañeros de trabajo, Rob y ella se llevaban increíblemente bien. Sus estilos de gestión eran similares, y las diferencias que pudieran tener se complementaban en vez de chocar. Era como si él pudiera anticipar sus movimientos, y estaban tan conectados que habían empezado a terminarse las frases. Si alguna vez tuviera que elegir su encargo favorito, sin duda sería aquel. Aun así, estaba dividida entre su amor al trabajo y el miedo a involucrarse demasiado.

Cuando no estaba trabajando, pasaba casi todo el tiempo libre con Alice, la cual no era tan indiferente a su ruptura con Rex ni a su cambio de trabajo como había insinuado. Pero en ocasiones deseaba poder estar con Rob. A veces en el trabajo estaban cerca y sentía la necesidad de tocarlo, o él la miraba de aquella manera y hacía que le temblaran las rodillas. Echaba de menos la intimidad de su relación, y no solo el sexo. Echaba de menos estar tumbada con él en la cama, con los dedos entrelazados, hablando.

Había empezado a pensar que, al fin y al cabo, no estaba tan mal que Rob fuese un tipo amable y que, si había algún hombre capaz de soportarla, ese podría ser él. Lo cual le daba muchísimo miedo. Alice la había acusado en una ocasión de tener miedo a ser feliz, y había empezado a preguntarse si tal vez su amiga podría llevar razón. Tal vez le preocupara que, con la felicidad, existiera la

posibilidad de perder esa felicidad. Era mucho más fácil no tener expectativas y así sufrir menos cuando llegara la inevitable decepción.

–Eres idiota –le dijo Alice cuando colgó el teléfono tras mantener una conversación telefónica con Rob, supuestamente de trabajo, que se había convertido en una conversación de dos horas que nada tenía que ver con informes de marketing.

Carrie levantó la mirada de los papeles que tenía extendidos por la cama.

–Somos amigas desde hace más de diez años, ¿y te das cuenta ahora?

–¿De verdad no ves lo bien que estáis? ¿Lo mucho que se preocupa por ti? Lo digo en serio. Acabáis de hablar durante dos horas. Yo tenía suerte si lograba que Rex hablase diez minutos seguidos.

–Se merece alguien mejor que yo.

–¿Eso no tendrá que decidirlo él?

–Somos compañeros de trabajo –dijo Carrie–. No salgo con compañeros de trabajo.

–Tú misma me dijiste lo bien que trabajáis juntos, así que esa excusa patética ya no te sirve.

–Yo vivo en Los Ángeles y él en Chicago. Eso sí que es una relación a distancia.

–Además de tu madre, con la que apenas hablas, ¿qué tienes realmente en Los Ángeles que te impida estar aquí?

Debería haber respondido de inmediato, y le sorprendió darse cuenta de que no tenía respuesta. ¿Qué tenía en Los Ángeles además del trabajo, cosa que podría hacer en cualquier parte? Su mejor amiga vivía al otro lado del país y ella trabajaba tanto que no tenía tiempo para hacer más amigos. O al menos eso era lo que se decía a sí misma.

–Estoy cansada de dormir en el sofá –anunció Alice de pronto.

–Ya te dije que podía convertir el despacho en dormitorio.

–¿Todavía no te has cansado de mí?

–Claro que no. Esperaba que te quedaras aquí conmigo hasta que regresara a Los Ángeles.

–En ese caso, probablemente debería comprar algunos muebles para el dormitorio.

–Alquilarlos sería mucho más barato.

–Por mucho que me guste comprar, probablemente tengas razón. Hasta que decida qué hacer con mi vida, debería controlar mis gastos.

–Llamaré a Terri mañana y le preguntaré si le parece bien.

–Yo buscaré en Internet algún sitio de alquiler de muebles.

Carrie llamó a Terri desde el trabajo la tarde siguiente.

–Claro que puedes convertir el despacho en dormitorio –contestó Terri–. Guarda lo que hay allí en el sótano.

–¡Perfecto! Gracias, Terri.

–Y, por cierto, iba a llamarte yo. El próximo fin de semana tenemos una fiesta. Nos encantaría que pudieras venir.

Y a ella le encantaría estar allí, razón por la cual no debería ir. Estaba involucrándose demasiado. Se suponía que aquel era un viaje de negocios.

–Mi amiga Alice está de visita y me sentiría mal dejándola sola.

–Pues tráela contigo.

–El caso es que acaba de salir de una relación y no creo que esté preparada para salir todavía. Pero se lo preguntaré.

–Espero verte.

Alice llamó pocos minutos después de colgar con Terri.

–¿Has hablado con Terri?

–Ha dicho que le parece bien, que podemos mover los muebles que hay allí al sótano.

–Ya he seleccionado los muebles. Creo que me los traerían el lunes. Podemos mover los muebles del despacho mañana. A no ser que pienses trabajar también este fin de semana.

–Creo que me he ganado un sábado libre –era difícil creer que aquel viernes marcase el final de su cuarta semana en Chicago, y su tercera en Chocolate Caroselli. Y aún les quedaba mucho trabajo por hacer.

Tras colgar el teléfono, se puso a trabajar hasta que Rob apareció en su puerta. Llevaba la camisa remangada y la corbata aflojada. Ella deseaba desnudarlo y recorrer con su lengua cada centímetro de su cuerpo.

–Tony y yo nos vamos ya y pensábamos ir a tomar una

hamburguesa –le dijo–. ¿Quieres venir?

Carrie miró el reloj y le sorprendió ver que ya eran más de las siete.

–No puedo.

–No seguirás preocupada por que la gente piense que somos pareja, ¿verdad?

–No, ya no –a todos parecía haberles quedado claro. Aunque no haría falta gran cosa para volver a poner el rumor en circulación–. Voy a tomarme el fin de semana libre, así que quiero terminar este informe antes de irme. Me queda por lo menos una hora o dos.

–¿Estás segura? Invito yo a la cena.

–Tal vez la próxima vez.

–De acuerdo. Te veo mañana.

–Nos vemos.

Pasado un rato se dio cuenta de que ella no estaría allí al día siguiente, así que no le vería, probablemente fuese lo mejor. Se cuidaba mucho de no cruzar la frontera que se había autoimpuesto.

Trabajó hasta las nueve y, cuando estaba recogiendo sus cosas, le pareció oír pisadas en el pasillo. Era raro que alguien trabajara hasta más allá de las seis un viernes y, por un segundo, se preguntó si Rob habría vuelto.

Se levantó de la silla y asomó la cabeza por la puerta justo a tiempo de ver a alguien doblar la esquina al final del pasillo, donde se encontraba el despacho de Demitrio. Era una persona demasiado pequeña para ser Rob o cualquier otro hombre.

Recorrió el pasillo sin hacer ruido y se asomó. Fuera quien fuera, estaba manipulando la puerta del despacho externo.

«¿Qué tenemos aquí?», se preguntó.

–Disculpe –dijo ella, y la mujer en cuestión dio un grito de sorpresa y dejó caer lo que tenía en la mano. Cuando el objeto cayó al suelo de granito, Carrie se dio cuenta de que era un clip de plata grande que había sido estirado.

¿Estaría intentando forzar la cerradura?

La mujer se dio la vuelta y Carrie a reconoció al instante.

–¿Rose?

–Carrie –dijo ella llevándose una mano al pecho–. Me has asustado. Creí que no quedaba nadie.

Carrie solo conocía a Rose de la sala de descanso y, aunque le

parecía un poco rara, nunca había tenido un problema con ella. Pero era evidente que algo pasaba.

–¿Qué estás haciendo?

–Ya sé lo que parece –dijo Rose mientras se agachaba a recoger el clip–, pero no es lo que piensas.

–Estás intentando forzar la cerradura del despacho del presidente ejecutivo.

–La secretaria de Demitrio tiene una carpeta llena de informes antiguos que tengo que digitalizar. Se ha marchado temprano, pero dijo que estaba en la esquina de su escritorio. He perdido la noción del tiempo y, cuando he venido a buscarla, Demitrio se había ido y había cerrado con llave. He intentado localizar a la secretaria, pero no lo he conseguido y me ha entrado el pánico. Pensaba que podría forzar la cerradura.

Parecía sincera, pero Carrie tenía la impresión de que mentía.

–¿Quieres que llame a Rob? Tal vez él tenga la llave del despacho de su padre.

–¡Oh, espera! Me suena el móvil. Disculpa.

Carrie no oyó ningún teléfono, pero supuso que Rose lo habría puesto en silencio.

Se apartó varios pasos antes de responder.

–Hola –dijo–. Oh, gracias a Dios que has visto mis mensajes. ¿Estás segura de que puede esperar? –hizo una pausa–. De acuerdo, te veo el lunes –colgó y se volvió hacia Carrie mientras se guardaba el móvil en el bolsillo–. No pasa nada. Ha dicho que puedo hacerlo el lunes.

A Carrie le parecía demasiado oportuno que la secretaria hubiese llamado en ese preciso momento. Además Mary, la secretaria de Demitrio, era muy habladora. Nunca habían tenido una conversación que durase menos de diez minutos.

–¿Te importaría que esto quedase entre nosotras? –preguntó Rose sonrojada–. Me avergonzaría que alguien supiera lo que he hecho.

–Claro –contestó Carrie, aunque pensaba contárselo todo a Rob la próxima vez que le viera.

A mediodía del día siguiente, cuando se suponía que Alice y ella

iban a mover los muebles al sótano, Carrie se la encontró tirada en el sofá y medio dormida.

–¿Estás preparada? –le preguntó.

–¿Preparada para qué?

–Para mover los muebles del despacho.

–¿Con mi tobillo mal? No podría.

–Entonces, ¿por qué me dijiste que lo harías?

–Nunca dije que fuera a hacerlo personalmente.

–Necesito ayuda.

–No te preocupes –contestó Alice, se incorporó y se estiró como un gato–. He pedido refuerzos.

–¿Refuerzos?

En ese momento sonó el timbre. Alice apoyó el pie en el suelo y puso cara de dolor al intentar levantarse del sofá.

–¿Te importaría abrir a ti?

Carrie se dirigió hacia la puerta preguntándose por qué Alice estaría actuando de forma tan extraña. Abrió y le sorprendió encontrar allí a Rob. Tony estaba tras él.

–Aquí estamos –anunció Rob.

–Eso ya lo veo. ¿Por qué estáis aquí?

Los dos hombres se miraron confusos y después Rob la miró.

–Alice me llamó. Dijo que necesitabas ayuda para mover los muebles.

–¿De verdad? –Carrie se volvió para mirar a su amiga, pero el sofá estaba vacío–. Adelante –les dijo a Rob y a Tony. No podía dejarlos ahí fuera mientras asesinaba a Alice. Además, sí que necesitaba su ayuda–. Si me disculpáis un minuto, tengo que hablar con mi compañera de piso.

–¿Quieres que empecemos? –le preguntó Rob.

–No –respondió por encima del hombro mientras se alejaba por el pasillo–. Enseguida vuelvo.

La puerta de su dormitorio estaba cerrada y, cuando intentó abrirla, descubrió que tenía el pestillo echado.

–¡Alice! Abre la puerta.

–Me duele mucho la cabeza –contestó Alice desde el otro lado–. Tendrás que apañártelas sin mí.

–¿Va todo bien? –preguntó Rob.

–Sí. Alice está… descansando en mi habitación.

Lo último que quería era que Rob supiera que aquello era una encerrona.

–De hecho se está escondiendo –dijo ella en voz baja–. Está muy mal después de la ruptura y todo lo del trabajo.

–A Tony también le han dejado recientemente –le informó Rob.

–Tío, ¿en serio? –dijo Tony–. Díselo a todo el mundo, ya que estás.

Rob sonrió y Carrie se preguntó si sería su venganza por los antiguos chistes sobre gordos.

–Alice dijo que ibas a vaciar el despacho –continuó Rob.

–Vamos a convertirlo en dormitorio –explicó ella mientras la seguían por el pasillo–. Aquí es –dijo al entrar en el despacho–. Tiene que desaparecer todo. Terri me dijo que lo pusiéramos en el sótano.

–¿El sótano encantado? –preguntó Tony.

–Sea lo que sea lo que hay en el sótano, es inofensivo –le aseguró Carrie.

Rob y Tony levantaron el escritorio, lo sacaron de la habitación y lo llevaron por el pasillo.

–¿En qué parte del sótano lo quieres? –le preguntó Rob.

–Donde haya sitio –respondió ella.

–¿En ningún sitio en concreto?

–Me da igual.

Rob se detuvo frente a la puerta del sótano y sonrió.

–Nunca has bajado, ¿verdad?

–¿Por qué dices eso?

Tony miró hacia las escaleras y luego se giró hacia ella.

–¿Has bajado?

–Sí –respondió indignada–. Más o menos.

–¿Más o menos? –preguntó Rob.

Una vez había llegado hasta la mitad de las escaleras, pero, al oír el crujido de la puerta tras ella, había vuelto a subir corriendo.

–Incluso aunque haya algo ahí abajo, no puede hacernos daño.

–Entonces no te importará ir la primera –le dijo Rob.

Incapaz de admitir lo nerviosa que estaba, Carrie levantó la barbilla, le miró a los ojos y dijo:

–Por supuesto que no me importa.

–Nosotros iremos detrás –respondió Rob.

Carrie encendió la luz y miró hacia abajo. En el peor de los casos, podría ver u oír algo extraño. Y, dado que lo que fuera que abría la puerta del sótano no tenía intención de salir de allí, no tenía nada de lo que preocuparse.

Comenzó a bajar y cada vez iba teniendo más frío. No quería agarrarse a la barandilla por miedo a sentir de nuevo la mano sobre la suya. El corazón le latía desbocado cuando llegó al último escalón y puso el pie en el suelo de cemento.

Se dio cuenta con gran alivio de que lo único que había allí eran cajas y muebles viejos. Muebles muy viejos. Piezas de finales del siglo XIX. Debían de valer una fortuna.

–Creo que deberíamos poner las cosas del despacho en ese lado –dijo señalando hacia la única zona relativamente vacía.

–¿Vas a subir con nosotros? –le preguntó Rob después de dejar el escritorio en un rincón.

–Creo que me quedaré aquí –contestó ella. Su curiosidad era más fuerte que su miedo.

–De acuerdo. Enseguida volvemos.

Carrie se abrió paso entre el laberinto de muebles. Algunos eran sencillos y prácticos, otros recargados y de aspecto frágil.

Pasó la mano por la superficie de un aparador y le sorprendió ver que no tenía polvo.

–¿Has encontrado al fantasma? –preguntó Rob cuando Tony y él reaparecieron con un archivador.

–No exactamente. Pero ¿no te parece que esto está extrañamente limpio? No hay una mota de polvo en los muebles.

–Terri es un poco maniática con la limpieza –le recordó Rob.

–Sí, pero ¿un sótano?

–Nos queda por traer la librería y habremos acabado –agregó él.

–De acuerdo –contestó ella distraídamente.

Carrie oyó un suave crujido y lo que parecía ser el llanto lejano de un bebé.

No podía ser. Debía de ser algo que Alice estuviera viendo arriba en la tele.

–¿Habéis oído eso? –les preguntó, pero al parecer ya habían vuelto arriba.

Escuchó con atención y le pareció que el sonido procedía del otro extremo del sótano, donde estaban almacenados los muebles de

dormitorio. Justo debajo de los dormitorios de la casa.

Se abrió paso entre los muebles y, cuanto más se acercaba, más lejano se oía el sonido, como si viniese del piso de arriba. Finalmente llegó al otro extremo del sótano y, detrás de una cómoda, encontró una cuna que parecía tallada a mano. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo verla mejor, se le puso el vello de punta y el corazón le dio un vuelco.

La cuna estaba meciéndose.

Parpadeó varias veces, pensando que los ojos estarían jugándole una mala pasada. Pero la cuna se movía de verdad. No solo eso, sino que el llanto del bebé se había vuelto más intenso, como si estuviera justo delante de ella. Oía los llantos a su alrededor, pero en realidad era como si estuvieran en su cabeza. Se quedó allí de pie, viendo la cuna mecerse de un lado a otro, y estiró el brazo para tocarla. Justo en ese momento sintió una mano en el hombro y soltó un grito de terror.

–¡Soy yo! –dijo Rob cuando Carrie se dio la vuelta. Perdió el equilibrio y se chocó contra la cómoda detrás de la que estaba mirando.

–¿Quieres que me de un ataque al corazón? –preguntó dándole un empujón.

–Lo siento. Te he llamado tres veces y no respondías. He venido para ver qué estabas mirando, pero me he tropezado con la pata de una mesa.

Rob oyó pisadas en las escaleras detrás de ellos, se dio la vuelta y vio que Tony bajaba los escalones de dos en dos. Detrás de él iba Alice, vestida completamente de negro.

–¿Qué diablos ha ocurrido? –preguntaron Tony y Alice al mismo tiempo.

–Nada –dijo Rob–. La he sorprendido.

–¿Sorprenderme? Casi me matas del susto.

–Ya te he dicho que he tropezado.

–¿Lo has visto? –preguntó ella.

–¿Ver qué?

–La cuna se estaba moviendo. Y juraría que he oído a un bebé llorar.

–¿Qué cuna?

–Aquí detrás –Carrie señaló el punto situado detrás de la cómoda.

Él se asomó y, aunque había poca luz, pudo ver la silueta de algo pequeño y bajo en el suelo, situado entre el mueble y la pared.

–¿Sigue moviéndose? –preguntó ella.

Que él pudiera ver, no se movía.

–Déjame ver si puedo… –se inclinó sobre la cómoda e intentó alcanzar la cuna.

Agarró un lateral y la levantó del suelo. Pesaba muy poco y era tan pequeña que parecías más un juguete que un mueble de verdad. Pero, cuando la orientó hacia la luz, vio que estaba hecha a mano y que era muy antigua.

Carrie regresó hacia donde estaban Tony y Alice y le hizo gestos para que la siguiera.

–¡Tráela aquí!

Rob levantó la cuna por encima de su cabeza y atravesó el laberinto de muebles. Cuando llegó al otro lado, donde le esperaban los demás, la dejó en el suelo. Era sencilla, pero práctica, y parecía estar en buen estado a pesar de su antigüedad.

–¡Mírala! –exclamó Carrie–. Te juro que se estaba moviendo sola. Y he oído a un bebé llorar.

–¿Un bebé humano? –preguntó Rob.

–Por supuesto que un bebé humano –respondió ella–. ¿Nadie más lo ha oído?

Rob negó con la cabeza y ambos se giraron hacia Tony y Alice, que estaban ignorándoles mientras se miraban el uno al otro. Rob se dio cuenta entonces de que aún no les habían presentado.

–Tony, esta es la amiga de Carrie, Alice, de Nueva York. Alice, este es mi primo Tony.

–Un placer –dijo Alice estrechándole la mano con una sonrisa.

–El placer es todo mío –respondió Tony.

–¿Te apetece una copa? –preguntó Alice sin dejar de mirarle.

–Me encantaría –contestó Tony mientras señalaba hacia las escaleras–. Detrás de ti.

–¿Qué diablos acaba de pasar? –le preguntó Carrie cuando se quedaron solos en el sótano.

–Supongo que les ha gustado lo que han visto –respondió él.

–En ese caso, tal vez hayas hecho bien en asustarme –se quedó mirando a la cuna, pero no se movía–. Me parece que contigo no se va a mover.

–Esperemos a ver.

Se quedaron en silencio contemplando la cuna durante varios minutos, pero no ocurrió nada.

–Te juro que se estaba moviendo.

–Te creo. Si las puertas pueden abrirse solas, ¿por qué no iba a mecerse sola una cuna?

–O eso o me estoy volviendo loca.

–Era un poco raro que no me contestaras. Al principio he pensado que estabas enfadada por algo. Después he pensado que te encontrabas mal. Pero, al acercarme, parecía como si estuvieras en trance.

–Supongo que era algo así. Y, cuando te has tropezado conmigo, creo que estaba a punto de tocar la cuna. Pero no estaba haciéndolo de manera consciente. ¿Eso tiene sentido?

–No mucho.

–Veía que mi brazo se movía, pero no era capaz de controlarlo.

–¿Quieres decir que estabas poseída?

–Puede ser. Desde luego sentía algo raro.

Si se hubiera tratado de otra persona, habría pensado que estaba loca o que buscaba llamar la atención, pero Carrie no era así. Era una de las personas más racionales y cuerdas que había conocido jamás. Estaba adorable con aquellos vaqueros ajustados, la sudadera y el pelo recogido en una coleta que saltaba cuando caminaba. Seguía deseándola. Él no se merecía a nadie mejor que ella, porque no había nadie mejor. El problema era hacer que se lo creyese.

–Creo que deberíamos volver arriba –anunció ella.

–¿Quieres que suba la cuna?

Carrie se quedó mirando la cuna.

–Súbela –respondió ella–. La limpiaré. Quizá alguien pueda utilizarla.

Rob levantó la cuna del suelo y, al hacerlo, sintió una ráfaga de aire frío a su alrededor. Obviamente eran imaginaciones suyas.

Siguió a Carrie escaleras arriba con la cuna y, cuando cruzaron el umbral de la puerta, ella la cerró tras él.

Justo en ese momento, le pareció oír no a un bebé, sino a una

mujer llorando en el sótano.

–Se han marchado –dijo Carrie mientras le enseñaba la nota que había encontrado pegada al frigorífico: «Hemos ido a tomar una copa. Luego volvemos».

–Creo que a Tony se le ha olvidado que hemos venido en su coche –dijo Rob.

A Carrie no le entusiasmaba la idea de quedarse allí con Rob y, aunque fuese una encerrona, no podía enfadarse con Alice. Llevaba metida en casa tres semanas. Le iría bien salir un poco y relacionarse. Lo necesitaba. Y tal vez Tony y ella congeniaran.

De pronto se imaginó que Alice y ella se instalaban en Chicago y que se celebraba una boda doble con Rob, con Tony y con ellas.

¿Una boda doble? ¿En serio? ¿De dónde diablos había salido esa idea?

–No creo que tarden –le dijo a Rob.

–¿Dónde quieres que ponga la cuna?

–En el salón, supongo, hasta que decida qué voy a hacer con ella. No me parecía bien dejarla en el sótano.

–Sé lo que quieres decir –contestó él mientras la llevaba al salón.

–¿Lo sabes?

–Curiosamente sí –dejó la cuna junto al sofá y se sentó.

Ella se sentó en la silla.

–¿Te gustan los muebles antiguos?

–No especialmente.

A ella tampoco. No le disgustaban, pero prefería cosas más modernas. Sin embargo la cuna tenía algo que…

–Tal vez por eso no dejaba de abrirse la puerta –dijo Rob–. Quizá lo que haya ahí abajo quería que la encontraras y la subieras aquí. A lo mejor por eso te tocó la primera noche.

–¿Hablas en serio o te estás riendo de mí?

–Yo también lo he oído.

–¿Al bebé llorando?

–Justo cuando cerrabas la puerta del sótano. Pero no era un bebé. Parecía una mujer.

A Carrie se le puso el vello de punta.

–Eso sí que da miedo.

–He de admitir que sí.

–Hablando de miedo –dijo Carrie–. Anoche ocurrió algo en el

trabajo y pensé que debía comentártelo.

–No me digas que allí también se abren solas las puertas.

–De hecho es más bien sobre una puerta que no se abría.

Le contó que había pillado a Rose intentando entrar en el despacho de su padre.

–¿Crees que mentía? –le preguntó Rob.

–Normalmente se me da bien interpretar las reacciones de la gente, y me dio esa impresión. Pero eso no significa que tenga razón. Solo pensaba que debía contártelo.

–Me alegra que lo hayas hecho. Entre tú y yo, hay algo en ella que me inquieta.

–¡A mí también! Es tan callada… no es que la gente callada sea mala, pero siempre parece que se propone algo o que oculta algo. ¿Sabes a lo que me refiero?

–Sí. Mi hermana y ella se han hecho buenas amigas. Megan ha comprado un apartamento y Rose se va a mudar con ella a finales de mes.

–¿Te preocupa?

–Sí. Su madre trabajó en Chocolate Caroselli durante años como secretaria de mi abuelo, así que, cuando se presentó buscando trabajo, mi tío Leo se vio obligado a contratarla.

–¿En qué puesto?

–Al principio eran cosas de oficina, pero después se ofreció a digitalizar todos nuestros archivos antiguos y ese ha sido su trabajo desde entonces.

–Así que tiene acceso a mucha información de la empresa.

–¿Crees que es una espía?

–A veces ocurre.

–Creo que investigaré un poco. A ver qué encuentro –miró el reloj–. Si Tony regresa alguna vez.

Era evidente que Rob no quería seguir allí, y ella no sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

–Puedo llevarte a casa.

–¿No te importaría?

–Considéralo mi manera de darte las gracias por mover los muebles –así no tendría que estar allí hasta que su primo regresara–. Iré a por mi abrigo.

Estaba nevando ligeramente cuando salió del garaje con el coche. No le gustaba mucho conducir bajo la nieve, pero no era tan malo como había imaginado, y el utilitario que había alquilado se manejaba bien.

–¿Sabes si va a nevar mucho? –le preguntó a Rob.

–Dijeron que esta noche caerían unos quince centímetros.

–¿Es la media?

Él se rio y negó con la cabeza.

–Eso es lo que he oído.

No le habría importado tener quince centímetros esa noche. O, en el caso de Rob, dieciocho o veinte.

¿Qué? ¡No! ¿De verdad acababa de pensar eso? Tenía que dejar de flirtear con él. Por eso no le gustaba verle fuera del trabajo. Se olvidaba de cómo comportarse.

–Gira a la izquierda aquí –dijo Rob–. Mi edificio está a dos manzanas.

No debían de haber recorrido más de ochocientos metros desde su casa.

–Sabía que vivías cerca, pero tanto.

–Si no hiciese tanto frío, habría vuelto andando.

La zona era una mezcla de edificios nuevos y otros restaurados. El de Rob era un almacén reformado.

–Qué edificio tan bonito –dijo ella–. ¿Cuál es tu piso?

–El ático.

–Suena bien.

–Es un espacio abierto. Muy moderno. ¿Quieres subir a verlo?

–Eh… claro. ¿Tienes compañero de piso? –le preguntó.

–No, ¿por qué?

–Por curiosidad.

Tenía que inventarse una excusa para no subir con él. Pero, cuando Rob señaló un hueco de aparcamiento a unos metros de distancia, fue como si el coche se dirigiera allí por voluntad propia.

Aquello era una mala idea. Pero eso no le impidió salir del coche y caminar con él hacia el edificio.

–¿Cuánto hace que vives aquí? –le preguntó mientras esperaban al ascensor.

Al salir del ascensor, se encontraron en un rellano con solo dos

puertas. Rob señaló la de su derecha.

–Esta es la mía.

Abrió la puerta, se echó a un lado y, cuando ella entró, se quedó sin aliento.

El apartamento era un gran espacio abierto con una cocina, un comedor y un salón muy acogedor. Una mezcla de vigas de madera y de acero se entrelazaban sobre sus cabezas, y una escalera de caracol ascendía al dormitorio, que era tipo loft. Uno de los laterales de la estancia estaba compuesto por enormes ventanales que parecían los originales del edificio.

–¡Es precioso! –exclamó.

–Quítate el abrigo.

–Oh… no puedo quedarme.

Él se quitó su abrigo y lo colgó de la puerta.

–¿Tienes que irte?

–Bueno… no, pero…

–Entonces quédate unos minutos. No tienes de qué preocuparte, no voy a intentar nada contigo.

Como si necesitara ánimos por su parte. Si alguien iba a intentar algo, probablemente sería ella. Se quitó el abrigo y lo colgó junto al de él.

–Te enseñaré la casa.

Le mostró todos los rincones de la casa, pero a ella le costaba trabajo concentrarse. No dejaba de mirarle el trasero, que tenía un aspecto apetitoso bajo los vaqueros. Mantuvo las manos metidas en los bolsillos para no verse tentada a utilizarlas y, mientras subían las escaleras hacia el dormitorio, no pudo evitar pensar que estaba cometiendo un gran error.

–El dormitorio es mi estancia favorita.

Carrie no preguntó por qué. No quería saberlo, pero, cuando se acercaron a la ventana, resultó evidente.

La vista desde abajo era bonita, pero desde arriba era increíble. Se veía todo el vecindario y, en la distancia, los rascacielos del centro.

–Es asombroso –comentó, consciente de que él estaba a solo unos centímetros detrás de ella. Tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo y oler su loción de afeitado. En una silla junto a ella estaba la ropa que Rob había llevado al trabajo el día anterior, y

tuvo que contener el deseo de agarrar la camisa y llevársela a la nariz para aspirar el aroma de su piel.

–Puedo tumbarme en la cama y ver los fuegos artificiales del muelle Navy.

–Qué bonito –contestó ella, aunque se le ocurrían otras cosas que podrían hacer en la cama. Podrían crear sus propios fuegos artificiales.

–¿Va todo bien? –le preguntó él–. Estás muy callada.

–Supongo que no tengo mucho que decir.

–Tú siempre tienes algo que decir.

Carrie se dio la vuelta para mirarlo y vio el deseo en sus ojos oscuros. Un deseo que hizo que le temblaran las rodillas.

–Te deseo –le dijo, y se arrepintió al instante de sus palabras.

–Lo sé.

–Pero no puedo. No puedo desearte.

–Eso también lo sé.

–El caso es que tú eres más grande que yo. Si me agarraras y me lanzaras sobre la cama, no habría mucho que yo pudiera hacer para detenerte.

–¿Para poder tener a alguien a quien culpar después? Ni hablar. Esto no es un juego. Al menos no para mí. Ya no.

–Lo sé.

–Entonces tienes que decidirte. O me deseas o no.

–Te deseo, pero…

–Nada de peros. O estamos juntos o no lo estamos.

–¿Y qué pasa con el trabajo?

–El trabajo es el trabajo. Seremos profesionales. No es asunto de nadie lo que hagamos fuera de la oficina.

–No puedes contárselo a nadie. Ni siquiera a Nick y a Tony –hizo una pausa–. Bueno, supongo que no tendría nada de malo que se lo contaras. No quiero que les mientas. Pero a nadie más.

–Entonces, ¿me olvido del anuncio que pensaba publicar en el periódico del domingo?

Ella sonrió. Rob siempre le hacía sonreír. Le hacía sentir… feliz. ¿Por qué iba a privarse de eso?

«Porque te gusta, idiota», se dijo a sí misma. En toda su vida nunca había conocido a nadie con quien quisiera tener algo a largo plazo y, sin embargo, allí estaba, pensando en bodas dobles. Era

una experiencia nueva para ella. ¿Y si se implicaba demasiado? ¿Qué haría cuando se acabara? ¿Realmente deseaba pasar por eso?

Pero ¿y si en esa ocasión era diferente? ¿Y si no había una decepción? ¿Y si realmente había alguien para cada persona y Rob era ese alguien? ¿No merecería la pena al menos descubrirlo?

–Te deseo –repitió.

–¿Pero?

–Nada de peros. Esta vez no.

–¿Estás segura?

–Muy segura –le rodeó el cuello con los brazos, se puso de puntillas y le besó.

Capítulo Ocho

–¿Está dentro? –le preguntó Carrie a la señora White.

–Ya se ha ido a la sala de reuniones –respondió la secretaria con menos frialdad que ocho semanas atrás.

Por muy fría e impersonal que fuera, desde el primer día Carrie la había saludado con una sonrisa y la había tratado con respeto. Había tardado en darse cuenta de que solo era una mujer reservada e introvertida. Además de una buena secretaria y leal a Rob. Él le había contado que, cuando era niño, ella trabajaba en una de las tiendas y era una mujer completamente diferente. Pero entonces el hijo de la señora White murió en un accidente y ella no volvió a ser la misma.

Así que Carrie y ella nunca serían amigas, pero al menos su relación laboral era cordial.

–¿Ha recibido mi informe? –le preguntó la señora White.

–Sí. Se lo ha llevado consigo.

No debía estar nerviosa, pero lo estaba. Después de recopilar todos los datos, había elaborado un plan que creía que podría solucionar la caída en las ventas de Chocolate Caroselli. Aquel día lo presentaría ante el resto del equipo y esperaba que estuvieran de acuerdo con su punto de vista. Estaba especialmente nerviosa por la opinión de Rob. Durante cinco semanas, desde que empezaran a salir oficialmente en secreto, habían logrado mantener su relación privada y la profesional al margen. Pero, si pensaba que su idea era una basura, le dolería en el orgullo.

–Lo harás bien –le dijo la señora White.

–¿Eh? –preguntó ella, convencida de que había oído mal.

–Eres lista y todo el equipo te respeta. Lo harás bien.

–Me juego mucho con esto.

–Bueno, no importa lo que pase ahí dentro. Eso no cambiará lo que Rob siente por ti.

Carrie abrió la boca para negar que hubiera algo más que una relación profesional entre ellos, pero entonces se dio cuenta de que

sería una pérdida de tiempo.

–Espero que no –contestó.

–Conozco a Rob desde que era pequeño. Nunca le había visto así.

–¿Así cómo?

–Feliz. Centrado en algo que no fuera el trabajo.

–Señora White –dijo ella. Deseaba decirle algo amable, pero la secretaria le hizo callar.

–Vete. Te está esperando.

Carrie se alejó por el pasillo hacia la sala de reuniones. La señora White no era la única que había advertido un cambio en Rob. Tony, a quien veía con frecuencia ahora que había empezado a salir con Alice, había dicho lo mismo.

Se detuvo frente a la puerta de la sala de reuniones, tomó aliento y entró. Esperaba que estuviera allí todo el equipo, pero solo estaba Rob.

–Hola –le dijo–. ¿Dónde están los demás?

–Quería hablar contigo en privado –respondió él–. Siéntate.

Aquello no podía ser bueno.

–El informe te parece una basura, ¿verdad? –preguntó ella mientras se sentaba en una silla.

–Al contrario. Me parece brillante.

–¿De verdad?

–Y te mostraré por qué –de debajo de su informe, que estaba sobre la mesa, sacó un segundo informe que le pasó. Estaba fechado seis meses atrás.

–¿Qué es esto? –le preguntó.

–El informe que elaboramos antes de que decidieran contratarte. Echa un vistazo.

Carrie abrió la carpeta y advirtió de inmediato que se parecía mucho al suyo, pero, cuando llegó a la solución propuesta, se quedó con la boca abierta.

–Oh, vaya.

–Sí –contestó él riéndose.

–¿Por qué no me habías enseñado esto antes?

–Porque tú eres la experta en marketing.

No era la única. Rob y su equipo habían llegado a las mismas conclusiones que ella y, salvo por algunas ligeras variaciones, el

plan que proponían era idéntico al suyo.

–¿Les enseñaste esto?

–Lo rechazaron –contestó él–. Me dijeron que era demasiado radical. Que debíamos ceñirnos a la tradición.

Era radical porque era lo que la empresa necesitaba para evitar un posible desastre. La tradición estaba bien en teoría, pero, para sobrevivir con la economía actual, había que cambiar con los tiempos.

–Se equivocaron –confirmó ella.

–Lo sé.

Así que acababan de pagarle una cuantiosa suma de dinero para que les dijera lo que ya les habían dicho antes.

–Dios, la he fastidiado –dijo llevándose las manos a la cabeza.

–¿Por qué? Has hecho justo lo que te pidieron que hicieras. No es culpa tuya que sean demasiado testarudos para hacer caso a su propia gente.

–¿Qué vamos a hacer?

–Elaborar un plan muy detallado para presentarles. Tal vez en esta ocasión nos hagan caso.

–¿Y si no lo hacen? ¿Y si vuelven a rechazarlo?

–Dimitiré.

–¿De verdad harías eso?

–Son mi familia y les quiero, pero todo tiene un límite. Esto son negocios. Con o sin familia, ¿cuánto tiempo te quedarías en un barco que se hunde antes de decidir saltar al agua?

Tenía razón.

–Así que les daremos el informe y esperaremos que todo salga bien.

En ese momento se abrió la puerta y Carrie esperó ver a Al, a Will y a Grant, pero fue Nick quien entró.

–Siento interrumpir. ¿Tienes un minuto?

–Claro –dijo Rob–. ¿Qué pasa?

–La noticia correrá como la pólvora, así que quería ser el primero en contártelo.

–¿Contarme qué?

–Terri está embarazada.

Al principio Rob pareció perplejo, pero después se rio y dijo:

–¡Enhorabuena!

Se puso en pie y se acercó a su primo para darle la mano y después un fuerte abrazo.

–Sé lo mucho que lo deseabais –añadió.

–De hecho lo sabemos desde hace un mes, pero Terri quería esperar para asegurarse de que todo iba bien. No sabéis lo duro que ha sido.

–¿Y va todo bien? –preguntó Rob.

–Ella se siente bien. El bebé está creciendo como debería. Sale de cuentas el veintiuno de septiembre.

–¿Está emocionada?

–Parece como si fuera la primera mujer de la historia en quedarse embarazada.

Rob se rio mientras negaba con la cabeza.

–Terri y tú. ¿Quién lo hubiera imaginado?

–Lo sé –contestó Nick–. Es la mejor decisión que he tomado nunca. Supongo que era nuestro momento.

Nick parecía muy feliz, y Terri era muy afortunada por contar con alguien que la amara tan incondicionalmente. Carrie se sentía un poco celosa. Ella siempre había dado por hecho que algún día se casaría y tendría hijos, pero solo porque era lo que la gente hacía. Ahora se daba cuenta de que era algo que deseaba de verdad.

Al, Will y Grant entraron en ese momento y Nick les contó la noticia. Hubo apretones de mano, abrazos y felicitaciones, y Carrie no pudo evitar sentirse un poco excluida. Chocolate Caroselli era una gran familia. Una familia de la que ella deseaba formar parte.

Rob la miró y sonrió. Ella intentó imaginarse lo que sería quedarse en Chicago e irse a vivir con él. Se casarían y algún día anunciarían que estaba embarazada…

Hablando de lo cual, de pronto se dio cuenta de que no recordaba la última vez que le había bajado la regla. Debería bajarle pronto. Había estado tan ocupada últimamente que ni siquiera lo había pensado.

Agarró el teléfono y abrió el calendario. Su última regla había sido poco antes de que Rob y ella comenzaran a salir oficialmente.

De pronto el corazón le dio un vuelco. Hacía ya seis semanas de eso.

No, no podía haber pasado tanto tiempo. Porque eso significaría que tenía un retraso de dos semanas. Y ella nunca tenía un retraso.

Miró a Rob y él debió de notar que algo pasaba, porque la miró con cara de preocupación.

Cerró los ojos con fuerza. Aquello no podía estar ocurriendo. No podía estar embarazada. Debía de ser el estrés del trabajo, nada más.

–¿Carrie?

Abrió los ojos y vio que Rob estaba de pie junto a su silla.

Se agachó junto a ella y bajó la voz.

–¿Estás bien? Te has quedado pálida.

Ella no podía hablar, así que negó con la cabeza.

–¿Qué sucede?

–Tenemos que hablar.

–¿Ahora?

–Sí, ahora.

–Vamos a mi despacho.

Carrie se levantó de la silla con las piernas temblorosas. La cabeza le daba vueltas y esperaba poder llegar a su despacho sin desmayarse.

Consiguieron llegar hasta el despacho de Rob, pero debía de tener peor aspecto del que pensaba porque, al verla, la señora White se puso en pie y dijo:

–¿Qué sucede?

–No se encuentra bien –respondió Rob mientras entraban en su despacho–. No me pases llamadas. Y consíguenos una botella de agua, por favor.

–Enseguida –contestó la secretaria antes de desaparecer.

Rob la sentó en su silla y se apoyó en el borde de la mesa.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

–Siento la escena.

–¿De cuánto es el retraso?

–¿Cómo lo…?

–Presto atención.

–¿A mi menstruación?

–No exactamente. Pero, cuando Nick ha anunciado que Terri estaba embarazada, me ha hecho pensar…

–¿Pensar en qué?

–Que tal vez algún día podríamos ser nosotros. Y entonces me he

dado cuenta de que, desde que salimos, no recuerdo que hayas tenido la regla. Te he mirado y estabas blanca como un fantasma mirando tu móvil.

–No puede ser –dijo ella–. Es imposible que esté embarazada.

–¿Por qué?

–Porque… porque no puede ser, por eso. Solo es un retraso, nada más. Dos semanas. Puede ser por el estrés.

–¿Puede?

–Eso es lo que dijo Terri. Además, hemos tenido mucho cuidado, ¿verdad?

–Bueno…

–¿Rob?

–Tuvimos una pequeña rotura en el preservativo.

–¿Una pequeña rotura?

–Muy pequeña, solo un agujerito.

–¿Cuándo?

–Hace como un mes.

–¿Y no me lo dijiste?

–No me pareció tan grave. Y temía que te entrara el pánico, como te está pasando ahora. Pensé que no podíamos hacer nada, así que no tenía sentido preocuparse hasta que fuera necesario. Estaba tan poco preocupado que, hasta hoy, no había vuelto a pensar en ello.

–No puedo tener un bebé.

Oyó que alguien se aclaraba la garganta y, cuando levantaron la mirada, vieron a la señora White en la puerta con la botella de agua.

–Gracias –dijo Rob.

–¿Hay algo más que pueda hacer? –preguntó ella.

–No. Pero, por favor, no digas nada.

–Carrie –dijo la señora White–, ¿necesitas algo?

–No, pero gracias.

La secretaria se marchó y cerró la puerta tras ella.

–De hecho, sí que hay algo que necesitas –murmuró Rob–. Una prueba de embarazo.

–No necesito una prueba de embarazo –dijo Carrie mientras abría la botella del agua para dar un trago.

–¿Prefieres ir al médico? –le preguntó Rob.

–Tampoco lo necesito, porque no estoy embarazada.
–¿Y por qué lo sabes?
–Porque no puedo estarlo. Por eso. No estoy preparada.
–No creo que funcione así.
–Aparte de que no me haya bajado la regla, ¿qué otros síntomas tengo? No tengo náuseas matutinas y no estoy especialmente cansada. Me siento bien. Normal.
–Tal vez sea demasiado pronto para eso.
–No estoy embarazada.
–¿No quieres saberlo con certeza?
–Ya lo sé.
Aquel descenso repentino hacia el abismo de la negación resultaba algo inquietante.
–Carrie…
–Hazme el favor, ¿quieres? Vamos a esperar un par de días más. Si para entonces no me ha bajado la regla, me haré la prueba. Todavía no estoy preparada para saberlo. Necesito unos días para procesarlo. Y, si lo estoy, pues lo estoy. Unos días más no van a cambiar nada.
–Esperaremos hasta el lunes –le dijo él–. Si para entonces no tienes la regla, compraremos una prueba.
–Me parece justo –dijo ella–. Si no te importa, creo que hoy me voy a ir a casa temprano.
–Adelante. Yo me pasaré después del trabajo.
–De hecho, le prometí a Alice que haríamos algo juntas esta noche. Tal vez tú y yo podamos hacer algo mañana.
–Claro –contestó él. Pasaban juntos casi todas las noches. ¿Sería casualidad que hubiera elegido justo aquella noche para estar lejos de él?
Probablemente necesitara tiempo para pensar.
–¿Quieres que te acompañe al coche? –le preguntó al ver que se levantaba de la silla.
–No. Estoy bien.
–¿Me llamarás si te sucede algo?
–Serás el primero en saberlo.
Rob se inclinó para besarla en la boca, pero ella giró la cabeza en el último segundo y el beso fue en la mejilla.
–Te veré mañana –le dijo ella con una sonrisa débil mientras

salía por la puerta.

Cuando se quedó solo, Rob se sentó frente a su mesa. Se sentía inquieto. Le preocupaba la absoluta falta de entusiasmo de Carrie con respecto a la idea de estar embarazada. ¿Y si realmente no deseaba tener un bebé?

Llamaron a la puerta y la señora White asomó la cabeza.

–¿Estás bien?

–Sí, eso creo. Un poco… sorprendido, supongo.

–¿Estás seguro de que no hay nada que pueda hacer por ti?

–¿Algunas sabias palabras que quieras compartir conmigo?

–Un bebé es una bendición.

–¿Nada más?

–No necesitas que te diga lo que tienes que hacer.

Era cierto. Con el poco tiempo que le quedaba a ella allí, ya había estado pensando en pedirle a Carrie que se mudase a Chicago de forma permanente, pero quería esperar al momento adecuado.

Le sorprendió darse cuenta de que no le asustaba la idea de acelerar sus planes. Sus sentimientos hacia ella no iban a cambiar. Y, si quería hacerse con los quince millones de dólares, el matrimonio tendría que formar parte del trato. No había esperado que fuese tan pronto, pero estaba preparado. ¿Qué pensaría Carrie? ¿Y si ella no estaba preparada?

Volvieron a llamar a la puerta, pero en esa ocasión fue Nick quien se asomó.

–¿Puedo entrar?

–Claro.

Entró en el despacho y cerró la puerta.

–¿Va todo bien? He visto salir a Carrie. ¿Habéis discutido o algo así?

–No exactamente.

–En otras palabras, no quieres hablar de ello.

Si alguien podía entender lo que estaba sintiendo, ese era Nick.

–¿Por qué rechazaste el dinero? –le preguntó a su primo.

–¿El dinero del bebé?

–Sí. Estabas casado y pensabas tener un hijo de todos modos. ¿Por qué no esperar a ver si por casualidad era un niño? Quiero decir que ¿qué tiene de malo?

–El dinero ya no me importaba.

–¿Cómo que no te importaba?

–Cuando te ocurra, lo sabrás. ¿Carrie está..?

–Quizá. Probablemente. Pero no se lo digas a nadie.

–Ya sabes que no lo haré.

–Esto es surrealista.

–¿Vas a casarte con ella?

–Por supuesto.

–Si es un niño, ¿te quedarás con el dinero?

–Eso es lo que no sé.

–¿La amas?

–Desde luego nunca había conocido a nadie como ella.

–¿Pero es esa razón suficiente para casarte con ella?

–Ya sabes que el abuelo dijo que teníamos que casarnos.

–Ah, o sea que quieres el bebé, pero ¿te casas con ella por el dinero?

No, aunque parecía lo contrario. Pero no era así en absoluto.

–Voy a casarme con ella porque deseo casarme con ella.

–¿Crees que se lo creerá cuando descubra que has ganado quince millones?

–¿Cómo lo va a descubrir? No lo sabe nadie salvo nosotros.

–Una mentira por omisión sigue siendo una mentira, Robby. ¿Es algo con lo que podrías vivir el resto de tu vida?

–Probablemente.

–Hasta que la respuesta a esa pregunta no sea un «no» tajante, no debes casarte con ella. Y desde luego no la amas.

Aunque aquellas palabras fuesen duras, Nick tenía razón. Con todas la veces que le había oído decir a Carrie que él se merecía a alguien mejor que ella, cuando en realidad era ella la que se merecía algo mejor.

Carrie llamó al trabajo diciendo que estaba enferma al día siguiente, le dejó el mensaje a la señora White y no le devolvió las llamadas en toda la mañana. Cuando logró localizarla después de comer, dijo que había apagado el teléfono y había estado durmiendo.

–Debo de haber pillado algún virus.

–¿Quieres que te lleve algo? –preguntó él.

–No quiero contagiarte. Lo que necesite me lo puede traer Alice.

–Deduzco que aún no lo sabemos con certeza.

–Si me estás preguntando si me ha bajado la regla, la respuesta es no.

–Tal vez, dadas las circunstancias, deberías ir al médico, si estás enferma y embarazada…

–Es un virus, Rob. Me pondré bien. Solo necesito descansar.

–Te llamaré más tarde para saber qué tal estás. Si necesitas algo, me llamas.

–Lo haré.

No le llamó y, cuando intentó llamarla aquella tarde, saltó el buzón de voz.

A la mañana siguiente volvió a llamar para decir que seguía enferma y de nuevo le dejó el mensaje a la señora White. Cuando él intentó llamarla, no contestó. Ella le escribió un mensaje poco después diciendo que se pondría bien y que le escribiera si la necesitaba. Era evidente que estaba escondiéndose de él y sabía que lo mejor que podría hacer sería dejarla en paz. Pero el lunes, después de no haber recibido noticias suyas, se le agotó la paciencia. Salió de la oficina a mediodía y fue hasta su casa. De camino paró en la farmacia.

Carrie le abrió la puerta vestida con un chándal y unas zapatillas de estar por casa. Llevaba el pelo recogido en una coleta y parecía que no se lo había cepillado en días.

–Adelante –le dijo–. Siento no haberte llamado. Sé que, si estoy embarazada, también sería tu bebé y no quería excluirte. Pero no quería ser la típica mujer dependiente que no puede afrontar las cosas sola.

–Carrie, eres la mujer más independiente que he conocido.

–Al contrario. Cuando las cosas se complican, me largo. Deberías tener eso en mente, si voy a ser la madre de tu hijo. ¿Y si estoy embarazada y, después de tener el bebé, os abandono a los dos?

–No lo harías.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo sé.

–¿Cómo?

–Porque eres mucho más fuerte de lo que crees –levantó la bolsa que llevaba en la mano–. Dijimos que el lunes, así que vamos a

averiguarlo.

–¿Y si lo estoy?

–Lo descubriremos juntos.

–Está bien.

Rob le entregó la bolsa y ella señaló hacia el pasillo.

–¿Quieres verme hacer pis en un palito?

–¿Quieres que entre?

–¿Por qué no? Si vamos a hacerlo juntos, deberíamos hacerlo todo juntos. Incluso esta parte.

Rob se sentó en el borde de la bañera mientras ella realizaba el proceso, que era bastante simple. Hacer pis y esperar cinco minutos.

Pero fueron los cinco minutos más largos de su vida.

–¿Alguna vez habías hecho esto antes? –preguntó Carrie.

–Una vez, en la universidad. ¿Y tú?

–Nunca. Así que estoy bastante asustada en este momento.

–En este caso, no se consigue la perfección con la práctica –miró el reloj y el corazón se le aceleró–. Ya han pasado los cinco minutos.

–Allá vamos –Carrie agarró el palito, le dio la vuelta y lo miró. Después volvió a dejarlo y respiró profundamente.

–Es negativo –le dijo.

–¿Negativo?

–Sí. No estoy embarazada.

–Oh –Rob no sabía qué decir–. Pensaba que sí lo estabas.

–Pero son buenas noticias, ¿no? Tú debes de estar tan aliviado como yo.

–Supongo que sí –¿por qué entonces no se sentía aliviado?

–Rob, te sientes aliviado, ¿verdad? Piénsalo bien. Noches en vela, sarpullidos con los pañales, vómitos. Matrículas de universidad.

–Ya había pensado en eso. Y no, la verdad es que no me siento aliviado. Sé que no era el mejor momento, pero, la verdad, me siento un poco decepcionado.

–Oh, gracias a Dios –dijo Carrie, y volvió a levantar el palito para que pudiera verlo–. Porque te he mentido. Es positivo.

–¿Me has mentido? –preguntó Rob–. ¿Por qué ibas a hacer eso?

–Lo siento, pero tenía que saberlo.

–¿Saber qué? –preguntó después de ver la prueba.

–Lo que sentías realmente.

–Podrías habérmelo preguntado.

–No. Por el síndrome del tipo amable.

–¿El síndrome del tipo amable?

–Eres un tipo amable, buena persona. Si te decía que el resultado era positivo, habrías dicho que te alegrabas aunque fuera mentira, ¿verdad?

–Probablemente –admitió él.

–Pero, si te ha decepcionado que fuese negativo, entonces sé que te hace ilusión de verdad.

–Es un truco muy arriesgado.

–Por curiosidad, ¿y si me hubiera sentido aliviado? ¿Qué habrías hecho entonces?

–No había llegado tan lejos. Pero al menos habría sabido lo que sentías realmente.

–Dime qué necesitas de mí.

–¿Qué tal un abrazo?

Rob la abrazó y ella tuvo la sensación de que todo saldría bien. No estaba tan asustada como había imaginado.

–¿Y si me entra el miedo y me marcho?

–No te dejaré ir muy lejos.

–¿De verdad? Porque puedo ser una persona muy difícil.

–De verdad. Y nunca tendrás que huir si te comunicas. Si hablas conmigo, te prometo que te escucharé. Y, sea lo que sea, lo solucionaremos.

Sonaba muy bien, como una relación de ensueño. Y además Rob hacía que pareciera muy fácil.

–Puede que me lleve algún tiempo, pero aprenderé –le dijo ella–. Intenta tener paciencia conmigo.

–La tendré.

Carrie cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

–Cinco días lejos de ti son demasiados.

–Yo pensaba lo mismo.

Capítulo Nueve

Cinco segundos después de saber que Carrie estaba embarazada, Rob comprendió lo que le había dicho Nick el otro día.

Tal vez su abuelo estuviera haciendo algo más que sobornarles para formar una familia. Tal vez estuviera intentando enseñarles una lección. Que aprendieran lo que era y lo que no era importante en la vida.

Carrie y él acordaron no decírselo a nadie hasta no haber ido al médico. Y el día en que el doctor les confirmó la noticia, Rob supo que tenían que elaborar un plan sobre cómo proceder. Pero lo primero era lo primero. En cuanto llegaron a su casa, se arrodilló y le pidió a Carrie que se casara con él. No fue tan romántico como le hubiera gustado, pero sí efectivo, porque ella dijo que sí. Acordaron que, hasta que se casaran, seguirían cada uno en su casa, pero empezarían a buscar una casa más grande y apta para un niño.

Después de planificar eso, decidieron anunciar su plan de marketing primero, para que nadie pensara que Carrie no era imparcial.

La sala de reuniones estaba llena de gente.

–Bueno, vamos a ver –dijo su padre mientras Al les pasaba las carpetas.

Pronto empezaron los murmullos.

–Me estoy haciendo viejo, hijo, pero sigo teniendo buena memoria –le dijo su padre–. Y por eso sé que, salvo por algunas variaciones, este es el mismo plan que me propusiste el año pasado.

–No lo es –respondió él, y le indicó a Al que les entregara las otras carpetas. Carrie había insistido en que todos vieran la diferencia entre las dos propuestas–. Este es el mío.

–El primero era mío –anunció Carrie–. Y lo elaboré sin tener conocimiento de que existía el otro.

–¿Y eso qué significa? –preguntó el tío Tony.

–Significa que yo no soy la única experta en marketing de la sala –contestó ella–. Y lo siento, caballeros, pero han malgastado su

dinero conmigo. Rob no me necesita para decirles lo que es bueno para este negocio. Y serían tontos si no le hicieran caso. Sé que algunas de las ideas son algo radicales y que siempre es agradable seguir la tradición, pero, para sobrevivir en el negocio, hay que aprender a cambiar con los tiempos.

–Bueno, hijo –dijo su padre–. Parece que te debemos una disculpa. Deberíamos haber confiado en ti y haberte hecho caso. Pero no lo hicimos y hemos pagado el precio.

–¿Y ahora? –preguntó Rob.

–Quiero tener un informe combinado sobre mi mesa el miércoles.

–Nos lo imaginábamos –dijo él–. Al, número tres.

Al les pasó las terceras carpetas.

–Aquí está el informe combinado.

–Dadnos un día para echarle un vistazo y nos reuniremos de nuevo el jueves.

Mientras todos salían de la sala, Rob apartó a su padre a un lado.

–Ya que te muestras tan indulgente, hay algo que tengo que contarte –le dijo. Carrie se estremeció cuando le hizo gestos para que se acercara y le pasó un brazo por los hombros–. No sé si lo sabes, pero Carrie y yo hemos estado viéndonos.

–¿Tengo que hacerme el sorprendido? –preguntó su padre.

–Bueno, Carrie está embarazada.

–Ahora sí que estoy sorprendido.

–Se va a quedar en Chicago, nos vamos a casar, vamos a comprar una casa y vamos a meter a los niños en la guardería porque a los dos nos gusta nuestro trabajo y no queremos renunciar a eso.

–¿Cuándo nacerá el bebé?

–En torno a Halloween –dijo Carrie. Cosa que a ambos les daba un poco de miedo teniendo en cuenta el incidente de la cuna y de la puerta del sótano.

Desde el día que habían subido la cuna al salón, la puerta había dejado de abrirse sola. La cuna tampoco había vuelto a moverse. Era como si algo o alguien supiera que iban a necesitarla.

A las veinticuatro horas, toda la familia sabía que iban a tener un bebé.

Todo iba encajando a la perfección, pero quedaba una cosa por hacer: Nick llamó a su abuelo y le dijo que no quería el dinero.

–Estoy orgulloso de ti –le dijo el abuelo, como si esa fuera la reacción que hubiese estado esperando desde el principio.

Cuando la señora White se marchó a comer, Nick asomó la cabeza por la puerta del despacho.

–Entonces, ¿vas a hacerlo de verdad?

–¿Hacer qué?

–Casarte, tener un bebé a cambio de los quince millones.

–Se te olvida que no obtengo un solo centavo si no es un niño.

–¿De verdad vas a aceptar el dinero?

–¿Qué razón tendría para no hacerlo?

–Tío, ¿en serio? ¿Por dónde empiezo?

–¿Qué te parece si te digo que la amo? ¿Es razón suficiente?

Nick lo miró con los párpados entornados.

–¿Estás tomándome el pelo?

–He llamado al abuelo y le he dicho que no hay trato. No voy a aceptar el dinero.

–¿Cuándo?

–Hace un rato. Tenías razón. Ninguna cantidad de dinero merece tanto la pena. Y puedo vivir sin el dinero, pero no puedo vivir sin ella.

–¿Qué te ha dicho el abuelo?

–Que estaba orgulloso de mí.

–A mí me dijo lo mismo. Tengo la impresión de que contaba con que no aceptásemos el dinero. Como si formara parte del plan.

–Puede que con Tony no funcione.

–Supongo que tendremos que esperar a ver –dijo Nick–. Parece estar muy a gusto con Alice, y creo que el sentimiento es mutuo.

–Tal vez el abuelo consiga casarnos a los tres antes de que acabe este año.

–Y hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que uno de nuestros hijos sea niño.

De modo que el apellido Caroselli se prolongaría al menos una generación más.

Media hora más tarde, Rob llegó a casa de Carrie justo cuando

esta estaba metiendo unas maletas en el maletero.

–¿Vas a algún lado? –le preguntó al salir del coche.

–A casa –respondió ella sin ni siquiera mirarle.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Si no puedes adivinarlo, entonces eres más imbécil de lo que pensaba.

–¿Qué diablos ha ocurrido?

–Quince millones de dólares, Rob. Quince millones para casarte y tener un hijo. ¿Te suena de algo?

–Nos has oído hablar a Nick y a mí.

–¿Me has dejado embarazada a propósito o ha sido pura coincidencia?

–Si hubieras oído la conversación entera, lo sabrías. Nos has oído cuando estaba tomándole el pelo a Nick. No pensaba quedarme con el dinero. Ya había llamado a mi abuelo para decirle que no lo quería. Si te hubieras quedado hasta el final, me habrías oído decir que puedo vivir sin el dinero, pero no sin ti.

»No confías en mí. Nunca has confiado. Si confiaras, me habrías preguntado primero. Te habrías ceñido al plan. Habríamos hablado de esto y lo habríamos solucionado juntos. Como prometiste. Pero es más fácil huir, ¿verdad?

–No es eso lo que estoy haciendo –respondió ella, aunque ya no parecía tan segura.

–Eso es exactamente lo que estás haciendo. Es lo único que sabes hacer. Pensaba que sería diferente porque te quiero de verdad. Da igual lo que haga para demostrarte que te quiero, nunca será suficiente.

Tenía razón. Era lo único que sabía hacer. Si se hubiera ceñido al plan y hubiera hablado con él, podrían haberlo resuelto.

Cerró los ojos y tomó aire, pero eso no calmó la sensación de pánico que tenía. Se había dado cuenta de que le amaba de verdad. Abrió los ojos y dio un respingo al darse cuenta de que Rob estaba de pie frente a ella.

–Te dije que, si intentabas huir, no te dejaría ir muy lejos. Estoy aquí, lucharé por nosotros.

–Tenías razón. Buscaba una razón para ahuyentarte, pero solo porque me aterroriza la idea de que puedas quererme de verdad. Pero ¿sabes qué? Te quiero, y estar asustada y enamorada es mejor

que estar sola.

–Desde hoy en adelante, para bien o para mal, estarás unida a mí.

Incluso después de todo eso, cuando Rob abrió sus brazos, tuvo que reunir todo su valor para acercarse. Para dar aquel último paso, aquel salto de fe. Pero lo hizo y, mientras se abrazaban, supo sin lugar a dudas que ninguno de los dos volvería a soltarse.